



FLYNN BERRY

UNA
DOBLE
VIDA



Lectulandia

Cuando el pasado no puede perdonarse, solo queda la venganza. Claire es una médico de familia que lleva una vida tranquila y humilde en Londres. Pero esconde un terrible secreto: es la hija de uno de los asesinos más conocidos de la historia de Inglaterra. Su padre, *lord Spenser*, mató a su niñera a sangre fría y desapareció del país. Cerca de treinta años después del crimen, la policía contacta con ella: han visto a un hombre que encaja con la descripción de su padre. A partir de ese momento, su vida empieza a desmoronarse. ¿Es la hija de un asesino o de un hombre injustamente acusado? Claire se verá obligada a descubrir hasta dónde está dispuesta a llegar para conocer la verdad y cerrar las heridas de su pasado.

Lectulandia

Flynn Berry

Una doble vida

ePub r1.0

Titivillus 18.08.2019

Título original: *A Double Life*
Flynn Berry, 2018
Traducción: Lorenzo F. Díaz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Una doble vida](#)

[Cita](#)

[UNA DOBLE VIDA](#)

[Primera parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[Segunda parte](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[Tercera parte](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Notas](#)

A Robin Dellabough y John Berry

Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.

WISLAWA SZYMBORSKA, *Fin y principio*

UNA DOBLE VIDA

Primera parte

En casa

1

Un hombre aparece en la curva del camino. Me detengo en seco al verlo. Hoy la calma reina en el parque, en el cielo hay nubes oscuras que amenazan nieve y estamos solos en un sendero donde los robles forman un túnel.

El hombre lleva un sombrero y un abrigo de lana con el cuello alzado. Cuando se detiene para encender un cigarrillo, estoy lo bastante cerca como para ver que los nudillos se le marcan bajo los guantes, pero el ala del sombrero le tapa la cara.

El perro está en alguna parte detrás de mí. No lo llamo, no quiero que el hombre lo oiga. Sobre nuestras cabezas, los gorriones vuelan hasta posarse en los robles, atraídos por las ramas como limaduras a un imán. No se le enciende el mechero y el metal rechina cuando vuelve a intentarlo.

Jasper me roza al pasar e intento agarrarlo del collar, pero se me escapa y eso casi me hace perder el equilibrio. El mechero se enciende finalmente y el hombre inclina la cabeza para acercar el cigarrillo a la llama. Luego se mete el mechero en un bolsillo y alarga el puño hacia el perro para que lo huela. Jasper gimotea y, por primera vez, el hombre me mira desde el otro lado del camino.

No es él. Llamo a Jasper y me disculpo con voz tensa. Este tramo del camino es estrecho, tenemos que pasar a pocos centímetros el uno del otro y vuelvo a mirarlo para asegurarme. Entonces, engancho la correa al collar del perro y me apresuro hacia las casas y la gente de Well Walk. Ojalá hubiera sido él; habría buscado por el suelo alguna rama grande para seguirlo hasta el bosque.

Llevo así los últimos tres días, desde la visita de la inspectora. Lo veo en todas partes.

El jueves por la noche volví a casa del trabajo y abrí el grifo de la bañera antes de quitarme el abrigo. Mientras el agua la llenaba, saludé a Jasper con un beso en la cabeza. El pelo siempre le huele a humo limpio, como si viniera de estar junto a una fogata. Llené una copa de vino blanco y me la bebí de pie junto a la encimera.

En el cuarto de baño, llené una pequeña pala de madera con sales de Epsom y la vacié en el agua. Mi amiga Nell me envió las sales porque dice que alivian el dolor y siempre estoy agotada tras el trabajo. Me desvestí y

escuché el goteo del grifo en el silencio del piso. Dejé la puerta del baño abierta porque al perro a veces le gusta venir a sentarse al lado de la bañera.

Me dejé caer bajo la superficie y sentí que el agua resbalaba por todo mi cuerpo. «Tengo que recomendar a Agnes masajes para tratar la artritis», se me ocurrió, y luego intenté dejar de pensar en los pacientes. También le vendría bien para la soledad. Relajó los hombros cuando le examiné el corazón y se quedó quieta, como si absorbiera mi roce.

Permanecí inmóvil, asomando la cara por encima de la superficie lo justo para respirar, el agua me resbalaba por la barbilla. Decidí que cenaría pasta al pesto. A través del líquido me llegó un sonido y levanté la cabeza para escuchar mientras el agua se derramaba por mis oídos. Alguien llamaba al timbre.

«Por fin ha llegado el pedido», pensé. Hacía dos días que debía haberme llegado el libro. Me puse una sudadera y unos pantalones de chándal sobre la piel mojada, empujé a *Jasper* para que se quitara de en medio y bajé corriendo las escaleras.

Hay dos puertas hasta llegar a la calle y yo me encontraba en el gélido espacio entre ellas cuando vi quién era. No se trataba de un mensajero. La puerta interior estaba cerrada a mi espalda. Cuando abrí la otra, la mujer alzó la placa.

—¿Tiene un momento para hablar, Claire?

Me siguió escaleras arriba, lo que pareció llevar mucho tiempo. Los dedos se me habían quedado rígidos y me costó abrir con la llave. Jasper la saludó y le ofreció un palo que había cogido en el camino de sirga. Yo llevaba el pecho desnudo bajo el jersey y la dejé en el sofá para ir a ponerme un sujetador.

Cuando volví, tenía una expresión neutra en el rostro, pero me percaté de que había estado estudiando la habitación. Me pregunté qué habría deducido de ella y si se esperaba algo peor, teniendo en cuenta mi pasado. Era acogedora y tenía las lámparas encendidas. Había libros en los estantes, invitaciones en la nevera y una corona navideña en la repisa de la chimenea. Quizá pensaba que había sacado lo que había podido de lo perdido.

O puede que se hubiera fijado en la botella de vino abierta sobre la encimera. En el pastor alemán mestizo y en los cerrojos de la puerta. Solo es en casa, quise decirle. No soy tan precavida fuera. Paseo de noche con los cascos puestos. A veces me duermo en los taxis, aunque no muy a menudo, la verdad.

—¿Quién es usted? —pregunté.

—Soy la inspectora Louisa Tiernan —dijo mientras se desenrollaba la bufanda. Hablaba en tono claro y sosegado, con acento irlandés. Las tuberías chirriaron cuando el vecino de arriba cerró un grifo—. Lo han visto.

—¿Aquí?

—En Namibia.

La inspectora Tiernan se sujetó las rodillas, pero no siguió hablando. No entendía por qué había venido. Eso no era noticia; lo habían visto miles de veces.

—¿Por qué cree que esta vez es cierto?

Me entregó una vieja foto de mi padre sujetando una petaca plateada con un escudo grabado.

—Su padre la compró en una tienda de Mayfair hace cuarenta años. Han visto a un hombre con ella en Windhoek. Tenía sesenta y tantos, medía metro ochenta y hablaba inglés sin acento.

—¿Lo han detenido?

—Lo estamos coordinando con la Interpol —respondió.

Tiernan debía de tener unos cuarenta años, lo que significaba que era una adolescente cuando sucedió. Debió de oír hablar del caso; salió varias semanas en las noticias y después se hizo todavía más famoso. El primer lord al que se acusaba de asesinato desde el siglo XVIII.

—¿A qué esperan?

—La llamarán si se presentan cargos —dijo.

Me pregunté si le sorprendía investigar un caso como este después de tanto tiempo.

—¿Quién le habló de la petaca?

—Nuestra fuente quiere permanecer en el anonimato.

«Para evitar la vergüenza si resultaba estar equivocada», pensé. Mi padre lleva veintiséis años desaparecido. La gente afirma haberlo visto en casi todas las partes del mundo y en los foros en los que se habla de él hay descripciones detalladas de esos encuentros.

—Esperamos que pueda ayudarnos a confirmar si es él —añadió.

Necesitaban una muestra de mi ADN. La inspectora empezó a explicar el proceso mientras el pelo mojado me goteaba sobre la sudadera. Pensé en la bañera llena de la otra habitación. Había salido hacía poco tiempo, el agua seguiría caliente y la superficie estaría completamente lisa.

La inspectora se puso unos guantes quirúrgicos. Abrí la boca y me pasó el hisopo por el interior de la mejilla para luego guardarlo en un vial de plástico estéril.

—Siento tener que preguntarlo —dijo—, pero ¿se ha puesto su padre en contacto con usted?

—No. Claro que no.

A su espalda, las cortinas estaban descorridas y vi un árbol de Navidad en el piso de enfrente. La boca aún me sabía a la goma del guante. Quería preguntarle qué haría a continuación, qué más necesitaba preparar.

Cuando se marchó, quité el tapón de la bañera, me sequé el pelo y me puse ropa seca. Herví agua para la pasta y abrí un bote de pesto bueno. No había motivo para no comer bien, no ver un programa y no dormir. No necesitaba cambiar mis planes, porque no era él; no lo había sido ninguna de las otras veces.

Pero esa petaca era el tipo de cosa que habría conservado, algo que le recordase el club Clermont. El chasquido del mechero, inclinar la cabeza con un cigarrillo en la boca, apostar a una mano de *chemin de fer*.

Es un hedonista. En parte, eso es lo que me enfurece: el hecho de que durante todo este tiempo, incluso ahora, pueda estar divirtiéndose en alguna parte.



La última vez que vi a mi padre fue el fin de semana anterior al ataque. Me llevó al Luxardo, en Notting Hill. Tomé un cucurucho de helado cubierto de coco, que parecía una bola de nieve, y mi padre pidió uno de menta. Se lo sirvieron con un palo de caramelo blanco y rojo que me dio a mí.

Aquel día alguien se había enfadado conmigo, una amiga del colegio. Ya no recuerdo por qué, pero sí lo mucho que me dolió, lo traumático que me pareció, y me acuerdo de lo tranquilizador que fue estar con mi padre.

He repasado ese recuerdo muchas veces. Él, con su traje oscuro, contra las paredes verdes con rayas de la heladería. Tenía un arañazo en el dorso de la mano. ¿Cómo se lo habría hecho? ¿Habría sido durante los preparativos? En uno de los foros leí que la policía encontró en su piso un melón destrozado. Desde entonces, me lo imagino colocando un melón en la encimera y golpeándolo una y otra vez con la tubería, calculando la fuerza con que debía golpear. La idea parece absurda, pero no más que el resto. ¿Hubo algún momento —quizá mientras tiraba al cubo de la basura el melón destrozado o

cuándo se dirigía a nuestra casa— en que se dio cuenta de lo que estaba haciendo? ¿Estuvo a punto de cambiar de idea?

Lo he repasado todo, su trabajo, sus pasatiempos y sus intereses, en busca de algo que lo delatara. Le gustaban las corridas de toros; una vez llevó a mamá a una en Madrid. ¿Debería haber sido eso motivo de alarma?

También veía películas de terror, pero solo las que tenían buenas críticas, las que la mayoría de la gente acababa viendo. Que yo sepa, no las buscaba. Me decía que no tenía por qué asustarme con ellas, me explicaba los diferentes efectos especiales y me decía que no era sangre de verdad.

Ahora todo parece indicarlo, pero podría hacerse lo mismo con cualquiera: elegir algunos intereses peculiares y un par de días malos y construir una teoría alrededor de eso. Podría hacerse conmigo. Considerar el hecho de que no me haya marchado como una prueba de que me pasa algo. Tengo treinta y cuatro años y soy médica en una clínica de Archway. No debería seguir atormentándome, pero lo hace. Es como vivir en un país donde ha habido una guerra. A veces se te olvida y otras vas por una calle cualquiera, a plena luz del día, y tienes tanto miedo que no puedes ni respirar; a veces te enfurece que te haya tocado a ti ser quien deba entender lo que ocurrió, quien deba arreglarlo.

Pero fue él quien lo planeó. Aquella noche, vino a nuestra casa con una tubería y unos guantes puestos. Había utilizado una sierra para cortar la tubería del tamaño adecuado y envolvió la base con cinta de cámara para que no se le resbalase de la mano.

Puede que cuando nos sentamos en Luxardo ya tuviera el arma hecha. Me cuesta pensar en aquella visita. No porque hubiera podido detenerlo, claro. Yo tenía ocho años. Pero la escena resulta grotesca. Una niña pequeña aceptando de su mano un dulce rojo y blanco. Es como si me hubiera convertido en su cómplice.

2

Mis padres se conocieron en el hotel Lanesborough una noche de sábado de 1978. El restaurante del hotel tenía bancos curvos y paredes forradas de terciopelo y en cada mesa había una lamparita con una pantalla plisada roja. Los dos acudieron allí con otras personas. Mamá y su prometido, Henry, estaban discutiendo mientras miraban los grandes menús.

Sus compañeras de piso irían a una fiesta en Covent Garden y luego a Annabel s, una discoteca. Las había visto arreglarse sentada en la cama. Christy se había planchado el pelo y Sabrina se había puesto unas botas de ante de color borgoña que le llegaban al muslo y dejaban al descubierto tres centímetros de pierna bajo la falda.

—Dígame: entre el solomillo y el turnedó, ¿usted qué elegiría? — preguntó Henry al camarero.

Faye lo miraba sin sonreír. Bajo la mesa, se tocó la rodilla, decepcionantemente cubierta por medias de diez deniers. Una vez el camarero se hubo marchado, Henry se volvió hacia ella, expectante, como si mereciera una felicitación por ser amable con el hombre.

En ese momento, sus compañeras de piso estarían riendo y bebiendo prosecco barato; Sabrina estaría pellizcándose el puente de la nariz, como hacía siempre que se reía. Habían puesto a Lou Reed mientras se vestían y no podía quitarse la canción de la cabeza. *I said, hey, babe. Take a walk on the wild side*. Faye tamborileó con los dedos sobre la pierna. En el restaurante sonaba jazz a bajo volumen. «¿Cuándo fue la última vez que salí de alguna parte con un zumbido en los oídos?», se preguntó.

Pidió lenguado y, cuando se lo sirvieron, pensó: «No quiero esto. Quiero patatas fritas en el autobús nocturno de camino a casa, quiero ir a mi aire».

Ante ella, Henry se retorció en la silla mientras intentaba llamar al camarero. La discusión había empezado en el taxi. Henry le había enumerado, otra vez, los pros y los contras de dejar su trabajo.

—En el fondo da igual —le había dicho ella—. No volverás a capacitarte para ser piloto de la RAF, no dirigirás ninguna película, ¿qué más da para qué banco trabajes?

No había querido decir eso.

—Tú eres una asistente. Tampoco es que vayas a cambiar el mundo — respondió él.

«Todavía no», había pensado ella. Trabajaba para un contable titulado, pero quería trabajar en una discográfica. Como preparación, asistía sola a conciertos por todo Londres, cuatro noches por semana. Miró el reloj. Solo eran las nueve y media. Se preguntó si podría entrar en Annabel's vestida así. Quizá, si no se quitaba el abrigo. Henry la miraba.

—¿Otra botella? —preguntó.

«¿Para qué?», no dijo ella.

Su prometido pidió el Chablis. Ella le había dicho en una ocasión que era su preferido. Pero era para hacerse la graciosa, nunca lo había probado. «No soy como tú», quiso decir, «me crié encima de un *pub*, mi bebida favorita es el cubalibre». Pero Henry ya sabía eso. Sospechaba que se sentía orgulloso de sí mismo por que le gustase a pesar de eso.

—¿Quieres ir mañana en coche a Arundel? —preguntó él.

No era rencoroso. «No es lo bastante fogoso y apasionado», pensó ella y siguió bebiendo vino, respondiendo a sus propias preguntas. Se preguntó con quién estarían ligando ahora sus compañeras de piso. Imaginó a Christy bailando mientras buscaba una copa limpia en la cocina y a Sabrina asomándose al alféizar de la ventana con un hombre pegado a ella, compartiendo un cigarrillo. Metió las manos entre los muslos, cruzados, y balanceó un pie. Notaba el estómago ligero y la piel acalorada.

—Voy al tocador —le dijo a Henry tras mirarlo.

Cruzó la sala y entró en un pasillo moquetado. Fue hasta el guardarropa.

—Lo siento, no tengo el *ticket*. Es un abrigo de cuadros y una bufanda blanca —dijo.

El chico se lo entregó sin tener que convencerlo.

No se sorprendió cuando un hombre se materializó a su lado, ni de que estuviera solo. Se había fijado antes en él; estaba sentado en la mesa de enfrente. No había visto la cara de su acompañante, solo la nuca: una lisa cortina rubia.

El hombre entregó un *ticket* mientras ella se abotonaba el abrigo. La alcanzó al subir las escaleras.

—Soy Colin —dijo él.

—Faye.

En la puerta giratoria, él entró en el compartimento posterior al suyo. Al salir, se detuvo en seco. Llovía con muchísima fuerza y se detuvieron juntos bajo el chorreante pórtico. No había taxis delante del hotel, ni en ninguna parte de la húmeda calle.

—Hay un bar aquí al lado —comentó él.

—La verdad es que voy a Annabel's —respondió Faye.



¿Lo habré reflejado bien? He investigado mucho y hay material de sobra. El inspector que llevaba la investigación escribió un libro, los amigos de mi padre concedieron entrevistas y la policía entregó pruebas al juez instructor. Mamá había escrito diarios, de forma ocasional, desde que era una adolescente hasta que murió. Durante su primer año juntos, escribió en su diario todos los días, entradas largas, como si no quisiera perderse nada, ni siquiera las partes en que no estaban juntos.

El resto me lo he imaginado. Y he ajustado mi reconstrucción con cada nuevo retazo de información. Tengo que ser metódica, porque la explicación debe de estar en alguna parte de mi investigación.

Gracias a los usuarios de los foros, he descubierto muchas cosas sobre la noche en que se conocieron mis padres. Saben muchísimo sobre mi familia. Saben qué perfume llevaba mi madre, qué programa de televisión vieron la noche del asesinato y hasta cuál de las bombillas de la cocina estaba fundida.

Saben que la chica con la que mi padre estaba en el restaurante se llamaba Isabel. Le dijo que iba al lavabo y nunca volvió; la dejó con la cuenta por pagar. Por aquel entonces, la chica trabajaba para un marchante de arte y tenía un sueldo miserable. Concedió una entrevista al saberse la noticia. Debía de querer hablar de ello, de lo cerca que había estado.

Mamá nunca le vio la cara a Isabel, solo la nuca. Me imagino a la chica volviéndose y a mamá viendo desde el otro lado de la sala que tenía el rostro cubierto de moratones. Pero no pudo ser así. La policía entrevistó a centenares de personas que conocieron a mi padre. A no ser que alguno mintiera, no tenía antecedentes violentos.



En su primera cita, fueron a una taberna griega. Mamá todavía vestía la ropa que había llevado al Lanesborough; no había vuelto a casa. Comieron hojas de parra rellenas y canelones y bebieron jarras de vino tinto. Ella añadió la taberna a su lista de cosas que la entusiasmaban, entre las que se contaba nadar en agua fría, las motocicletas y el malinés belga, una raza de perros muy grandes.

Hablaron de sus amigos y familias. Él empezó a contarle una historia de su adolescencia, y ella supuso que lo irritaría o que se mostraría muy complacido consigo mismo por haber hecho algo que no era especialmente difícil, como beber mucho, vomitar en un lugar inapropiado o suspender un examen.

En su lugar, Faye rompió a carcajadas cuando Colin se imitó a sí mismo borracho a los diecisiete años recogiendo de la carretera los cristales rotos de su parabrisas. No parecía vanidoso ni engreído, solo cálido y sincero. Acabó su anécdota y se concentró en el último de los canelones.

Intentó buscar algo negativo en él, como lo que encontraba tan fácilmente en Henry. «Tienes que cortarte el pelo», pensó, pero no funcionó. No podía desarmarlo, como había hecho con otros.

Pero tampoco era perfecto. Era impaciente, desde luego. Y ansioso. De comida, claramente, y de otras cosas: de alcohol, de cigarrillos, de sexo. De experiencias. Pero no de dinero, si su piso era un indicio.

Me sorprendió la forma en que mamá describía su piso. Mis abuelos tenían mucho dinero; nunca habría adivinado que mi padre pudiera vivir en un sitio así. Su apartamento estaba encima de un estudio de tatuajes de Dean Street. Cuando abrían las ventanas, oían la máquina de tatuar. Era pequeño, con el suelo de madera desigual, grifos oxidados, cajones que ni se abrían bien ni se cerraban del todo, pero era muy luminoso y estaba en el centro de todo.

A mi madre le gustaba el póster que había colgado en la pared de un ciclista comiendo un cuenco de pasta en la bicicleta durante el Giro d'Italia. Pienso a menudo en ese póster. Parece muy inocente, como una prueba de que no siempre hubo algo malo en él.

3

En Farrington Road, busco en el bolso las llaves y la cartera, convencida de que he olvidado algo. Que me he dejado el gas encendido, no le he dado de comer al perro o no he cerrado la puerta. No veo llegar al autobús; quizá tengo tiempo de volver para comprobarlo.

Pero tenemos una reunión para contratar a un nuevo gerente para la clínica y no puedo llegar tarde. Miro el barrio de Clerkenwell, en dirección a mi casa, como si desde aquí pudiera ver si algo va mal allí dentro. Llega el autobús y me pongo a la cola para subir.

Enseguida cruza el canal. Camden Lock está a un kilómetro y medio al oeste, pero aquí el canal está tranquilo. Los estrechos barcos están anclados en el hielo y algunos tienen coronas de pino en la proa.

Sostengo el teléfono en la mano durante todo el viaje para oírlo si llama la inspectora. Ya es lunes. Han pasado cuatro días, estarán a punto de arrestarlo. Bajo del autobús en Junction Road, a la altura de Archway, y paso por delante del quiosco, la casa de apuestas y el club de *striptease*. En el siguiente escaparate, un hombre se reclina en una silla mientras un barbero le acerca una navaja al cuello.

El aire frío atraviesa la fina tela del jersey y me subo la cremallera del abrigo. Vuelvo a mirar el teléfono. En Windhoek hay un hombre y la policía irá a verlo; podría ser mi padre. No sé cómo asumir esa posibilidad. Dicen que es una ciudad bonita, lo cual aumenta las probabilidades. Él habría elegido un lugar agradable.

Cuando llego, Laila está en la puerta de la clínica, atando la bicicleta con una cadena. Espero a que termine de poner el candado.

—¿Te apetece tomar una cerveza luego? —pregunta.

—Esta noche no puedo. ¿Qué tal el miércoles?

Ella asiente. Para entonces todo habrá acabado y solo será otra falsa alarma. La policía habrá asustado a un hombre inocente y yo estaré en el Old Crown con Laila. Me pasa el casco mientras se quita el chaleco amarillo de ciclista y subimos los escalones.

La clínica está en un feo edificio de mediados de siglo con moquetas sucias y radiadores con fugas. Me complace lo poco que me molesta eso. Mi padre lo odiaría; no me parezco a él en absoluto.

Rahul y Harriet están en la sala del personal preparando el café. Ninguno de ellos sabe quién soy de verdad. Mi madre, mi hermano y yo nos cambiamos el nombre antes de mudarnos a Escocia. Elegimos el apellido Alden; lo sacamos de las carreteras de un mapa. Mi hermano se llamaba Christopher y a veces lo llamo así por accidente, cuando estoy cansada o distraída. Él también me llama a veces por mi antiguo nombre, pero no por error. Solo era un bebé cuando nos mudamos y creció con los nuevos nombres. Creo que lo hace a propósito porque sabe que lo echo de menos.

Miro a mi alrededor en la sala del personal. Rahul ríe, Harriet niega con la cabeza y Laurence entra por la puerta. «¿Cuál de vosotros vendería mi historia?». Si encuentran a mi padre y lo juzgan, mi nombre saldrá a la luz. Irían a por todos ellos. Les ofrecerían diez mil, veinte mil libras.

Una vez un tabloide me ofreció cien mil libras por una entrevista, prometían no revelar mi nueva identidad. Yo estaba en mi año de prácticas en el St. George Hospital y apenas tenía dinero para la comida y el alojamiento. Habría donado la mitad a la beneficencia y gastado la otra mitad en una Vespa color verde menta, un abrigo de invierno, comida para un año y el alquiler de un piso menos lúgubre. Me costó mucho rechazarlo.

Todos mis compañeros de la clínica también se sentirían tentados. Pero hemos pasado mucho tiempo juntos. Conozco a los hijos de Rahul desde que nacieron y el mes pasado asistí a la boda de Harriet. Creo que rechazarían a la prensa, pero hablarían del tema en casa y con sus amigos.

Llega Anton y lo seguimos a la sala de reuniones. He pensado en contárselo a Laila, pero he esperado demasiado; le dolería que no se lo hubiera dicho antes en todos estos años. De mis amigos, solo Nell lo sabe, pero ella nunca se lo contará a nadie.

Tras la reunión tengo cuarenta y cinco minutos de papeleo. Repaso los resultados de radiología y los análisis de sangre y de orina del hospital, los marco como normales o anómalos y anoto a quién hay que llamar para informarle sobre los resultados. Leo los resúmenes de las altas, me pongo en contacto con el hospital para encargar más pruebas para tres pacientes y envío un historial médico al alergólogo. Repaso los mensajes de farmacéuticos, trabajadores sociales y enfermeras de dispensario y decido quién necesita una respuesta inmediata y quién puede esperar unas horas. Para entonces, son las ocho y media y abro la puerta de mi consulta.

El primer paciente tiene bronquitis. Después veo a un niño con infección de oído y una madre primeriza que tiene dolores mientras da el pecho. El siguiente paciente es el primero de los nuevos que atiendo esta mañana, un

hombre de cuarenta y ocho años que dice que se siente cansado. Hablamos sobre la fatiga y le abro un historial. Empiezo preguntando por su familia. Es entonces cuando dice que su hermana murió hace tres meses.

—Vaya —le digo—. Lo siento mucho.

Se le suaviza la expresión y permanecemos sentados hasta que es capaz de volver a hablar. A partir de esa cita, voy con retraso, aunque esta mañana todos parecen de lo más tolerantes.

Ninguno de mis pacientes puede saber nada de mi familia. Sé cómo es eso. Recuerdo el patio del colegio cuando las demás niñas se enteraron. Ahora somos adultos, pero la respuesta, esencialmente, sería la misma. Algunos quizá se negarían a que fuera su médica.

Solo se lo conté a un novio que tuve en la universidad. Estábamos en una cafetería de Edimburgo, en una mesa exterior, al sol. No sé por qué empecé a contárselo. Habíamos pasado juntos todas las noches de esa semana y bajé la guardia.

Al principio se rio, pero luego, se envaró a medida que yo hablaba. El camarero llegó con el desayuno. Dos cafés con leche y un plato de cruasanes rellenos de mermelada de albaricoque. Yo empecé a comer, él no. El hojaldre se rompió y la mermelada se derramó en mi plato. Continué hablando entre bocado y bocado. En un momento dado, la mermelada me goteaba del pulgar y me lo lamí. Él me miró con desagrado, como si ya no se me permitiera hacer ese gesto.

Después del trabajo, camino en dirección al metro y cojo la línea negra en lugar del autobús para volver a casa. En el andén, busco a mi padre en la página de la Interpol. Su nombre aparece en la lista de fugitivos, junto a viejas fotos suyas y una reconstrucción facial de su rostro envejecido. Lo estudio pese a los años que hace que tengo memorizado su perfil.

No le he dicho a mi hermano que lo han visto. No necesita saberlo si es una falsa alarma; no encajaría bien la decepción.

El metro sigue sin aparecer, pero lo oigo llegar por el túnel y me acerco al borde del andén. Las vías empiezan a vibrar como si cientos de agujas cayeran sobre ellas.

Hago transbordo en Euston y sigo hasta Victoria. Cuando el metro entra en la estación, me quedo de pie ante la puerta, contemplando mi reflejo: rostro cansado, flequillo y el resto del pelo oscuro recogido en un moño.

No vuelvo a menudo a nuestra antigua casa. No es difícil evitarla, está en una tranquila calle de Belgravia. Me detengo al principio y recorro con la mirada la hilera de casas adosadas. Parece que nada ha cambiado. Farolas

ganchudas, casas altas y blancas, todas ellas con el número pintado en negro junto a la puerta. Paso por delante de la nuestra. Alguien vive allí ahora. La propiedad siempre se ha vendido con rapidez, a pesar de su historia.

La entrada está algunos escalones por encima del nivel de la calle y bajo ellos hay una ventana que da a la planta baja. La cocina está en la parte de atrás de esa planta y tiene puertas que dan al jardín trasero.

Camino hasta el *pub* de la esquina, el Blacksmiths Arms. Sobre la ventana todavía están la misma hilera de lámparas y el mismo letrero colgante.

Aquella noche, hace veintiséis años, la puerta del *pub* se abrió y una mujer entró corriendo. El lugar se quedó en silencio mientras ella jadeaba en el umbral. La mujer llevaba un vestido con medias y estaba cubierta de sangre.

Tenía el cuello y el pecho de un rojo brillante. Llevaba una diadema y tenía manchados tanto esta como su claro cabello. Había huellas de manos húmedas en su vestido y parte de la tela estaba empapada; se le pegaba al estómago lo bastante para que se notasen sus jadeos. Cuando abrió la boca, tenía los dientes negros y la sangre le corría por la barbilla.

Ninguno de los presentes en el *pub* se movió. La mujer intentó hablar pero no pudo.

Durante el ataque, mi padre golpeó a mi madre en el cuello. En aquel momento le dolió tanto que creyó que se lo había perforado y, cuando iba en la ambulancia, se lo palpaba en busca de la herida.

Se había defendido. Él estuvo a punto de matarla, pero mi madre escapó y corrió al *pub* de la esquina. Entonces no sabía lo que mi padre ya había hecho.

Hacía nueve meses que Emma vivía con nosotros. Cuando nuestro padre se marchó, mamá la contrató para que la ayudara a cuidarnos. Las dos se parecían. Eran delgadas y de cabello claro, aunque el de Emma era castaño claro y el de mi madre, rubio ceniza.

Una de las bombillas de la cocina se había fundido. Mi padre no debió de ver con claridad a la mujer antes de empezar a golpearla.

Me gustaría saber cuándo se dio cuenta del error. Y por qué no se detuvo.

Debió de sentir algo de culpa por atacar a Emma. Planeaba matar a mamá, no a ella. Me pregunto qué habrá hecho para expiarlo. Si se habrá confesado ante un sacerdote, dondequiera que esté. Creo que mi padre disfrutaría con todo el proceso de la expiación. Supongo que pensaba que se le podría perdonar, que ya estaba perdonado.

Los amigos de mi padre dijeron que lo que mi madre afirmaba no era cierto. El recibidor estaba a oscuras, le habían pegado en la cabeza, estaba en *shock*. No le vio la cara al hombre. Afirmaban que mi padre era inocente y que quien entró en la casa era un ladrón, quizá, o uno de los exnovios de Emma.

O que mamá no se había confundido y que mintió y preparó el ataque para inculpar a mi padre. Iban a empezar los trámites del divorcio y habría perdido la casa, la custodia y el acceso al dinero de él. «Era una mujer inestable», dijo James en una entrevista para el *Telegraph*. «Tiene que entenderlo. Ninguno de nosotros comprendía por qué se casó con ella».

4

A las pocas semanas de empezar a salir, mi padre invitó a mamá a pasar el fin de semana con él para que conociese a sus amigos. James los esperaba en la estación del pueblo de Sussex, recostado contra un castigado Land Rover y limpiándose las gafas con la camisa.

—Hola —la saludó—. Tú debes de ser Faye.

Ella se rio. Creyó que forzaba el acento para hacerse el gracioso. El chico frunció el ceño.

—Sí, sí, encantado de conocerte.

Cruzaron el pueblo, pasaron ante una iglesia y unas cuantas casas y entraron en una estrecha carretera bordeada por setos. No era lo bastante ancha como para que cupiesen dos coches, pero James no frenaba en las curvas. Pasaron ante un rebaño de ovejas de lomos marcados con pintura roja. La pintura se utilizaba para indicar a quién pertenecían, pero hacía que parecieran tiroteadas.

—¿Cómo va todo por ahora? —preguntó Colin.

—Sam ya ha echado a alguien.

«Sigue poniendo ese acento», pensó Faye. «Puede que hable así de verdad».

—¿A quién?

—A Michael. Sam bromeó con su novia. Ella todavía no se ha ido.

Las ramas arañaban la puerta. Un coche tuvo que desviarse hacia el seto para evitarlos y su conductor tocó el claxon. Empezó a llover. Cruzaron un bosque y James se detuvo delante de la puerta de una verja con dos leones de piedra a los lados. Una vez la atravesaron, Faye miró atrás para ver cómo se cerraba. Recorrieron un largo camino con hectáreas de terreno a ambos lados. Ante ellos aparecía y desaparecía una casa a medida que los limpiaparabrisas se desplazaban a uno y otro lado.

Nunca había visto una casa semejante. O quizá sí. Había ido de excursión con su clase a Chatsworth House. Esta era una mansión casi igual de grande y construida con la misma piedra amarilla. «Mi amigo tiene una casa en Sussex», había dicho él, y ella había imaginado una casita pequeña en las afueras. Faye se echó la bolsa de viaje al hombro y siguió a Colin hasta la puerta. La grava húmeda rodaba bajo sus pies y los árboles del césped se sacudían con el viento. Por encima de sus cabezas, muy arriba, el agua bajaba

a torrentes por el tejado plano para caer durante un largo rato ante ventanas y columnas, hasta tocar el suelo.

Faye se detuvo empapada en el vestíbulo. Había maletas y cajas de vino apiladas contra la pared. Ella también llevaba una botella de vino, pero la había comprado en una gasolinera.

A sus espaldas se abrió la puerta principal y Faye se volvió. Vio a una mujer con una gabardina clara.

—¿Dónde estabas? —preguntó James.

—Nos habíamos quedado sin tónica —contestó—. Hola, Colin.

Se besaron en la mejilla. Tenía el cabello rubio, claro y brillante y el rostro delicado y maquillado. Faye dio un paso adelante.

—Hola, soy Rose —dijo la mujer.

—Gracias por invitarme.

Rose se volvió hacia los hombres y dijo:

—¿Podéis sacar las maletas de mi coche? —Entonces se dirigió a Faye—: Comeremos en una hora. ¿Quieres dejar la bolsa arriba?

Faye la siguió por unas amplias escaleras hasta una gran habitación para invitados. No se le ocurrió nada que decir, aunque quería causar buena impresión. Colin le había dicho que Rose era como una hermana y que estaba con James desde que todos tenían catorce años.

Cuando Rose salió de la habitación, Faye apagó las luces para mirar por la ventana. Hectáreas de oscuro césped, seguido de bosque y de una colina en la distancia. No había más casas alrededor. Divisaba un granero y una piscina. La piscina tenía encendidas las luces del fondo, que se atenuaban o brillaban con las gotas de lluvia.

Estudió el pequeño grabado en madera de la casa que colgaba sobre el vestidor. «Ashdown», ponía en el marco. Probó el edredón. Abrió la botella de aceite de flores de naranjo que había junto a la cama —«No me suena de nada», se dijo— y lo olió. Luego entró en el lavabo, que tenía una bañera victoriana con patas colocada frente a una ventana, se quitó el abrigo y los calcetines, húmedos, y abrió los grifos.

Desde la cálida bañera, oía la lluvia fría del exterior. Aún seguía en la bañera cuando Colin entró. La besó y volvió al dormitorio a rebuscar en su propia bolsa.

—Colin. ¿Te criaste en una casa como esta? —preguntó ella desde el baño.

—Sí.

—Tú no tienes ese acento.

—Antes sí.

Colin le había dicho que estudió en un internado, pero ella había supuesto que lo habían becado. No recordaba qué le había hecho pensar eso. Quizá su piso. También le había hablado un poco de sus padres y ahora tenía que actualizar la imagen que se había hecho de ellos. Le costaba cambiar el trasfondo de las historias de infancia que le había contado, y no lo consiguió. No podía imaginárselo con cuatro años, o con once o con quince, en una casa como aquella. Sería una persona completamente distinta.

Utilizó el pie para abrir el grifo y llenar la bañera con más agua caliente. Probablemente había ido a una escuela de esas; Harrow, Rugby o Westminster.

—Colin. ¿A qué escuela fuiste?

—A Eton.

Faye arqueó las cejas.

—¿Y te gustó?

—Sí. Mucho.

Él se apoyó en el marco de la puerta.

—¿Cómo fue?

—Divertido. ¿A ti te gustaba tu escuela?

—No.

Colin se puso a hablarle de Eton, pero una parte de ella todavía esperaba que dijera que era broma.

—Me sorprende que no nos expulsaran —comentó él—. Una vez nos llevamos todos los muebles de la sala del director y los dejamos en el césped.

—¿En serio? —preguntó ella. En su colegio habían expulsado a dos chicos por prender fuego al ala de ciencias.

En la habitación contigua, el cinturón de Colin repiqueteó contra el suelo cuando se quitó los pantalones. Le había dicho que su padre daba clases de Historia, y así era, pero al parecer lo hacía por afición, no por el sueldo. Faye pensaba que Colin estaba tan seguro de sí mismo porque se había visto obligado a vivir en un mundo diferente al suyo en el internado. Pero resultaba que no era un mundo diferente, sino el suyo propio.

Cenaron en un comedor formal. Nueve personas en una larga mesa con candelabros y todos los cubiertos, la mayoría de los cuales no utilizaron. Rose colocó bandejas de lasaña en el centro de la mesa. El ruido de la conversación llenaba la estancia. Faye habló sobre todo con Rose, que no trabajaba en una casa de subastas, sino que era abogada. Y más divertida de lo que esperaba; tenía un humor mordaz.

Después de cenar, dejaron los platos sucios en la mesa. Faye había visto por la casa a mujeres vestidas con camisas de lino azul. Cogió el plato para llevarlo a la cocina, pero Colin dijo:

—Déjalo, no pasa nada.

Por la mañana, Faye se dio la vuelta en la cama y miró por la ventana. Todavía era temprano. La bruma cubría el césped, la piscina y el bosque, pero el cielo estaba despejado y sería un día caluroso. La propiedad era aún mayor de lo que había creído la noche anterior, en la oscuridad. Era como un feudo. Con ovejas blancas dispersas por el vasto césped verde.

Cada parte del paisaje parecía estar en el lugar adecuado, como en el mapa del frontispicio de un libro. Había incluso un dolmen neolítico en una colina lejana. Al ver el paisaje, se puso nerviosa, como si hubiera hecho algo indebido y estuvieran a punto de sorprenderla.

Frente a los establos de piedra de abajo había ponis de las Shetland pastando en un prado. Claro que tenían caballos. ¿Colín sabría montar? ¿Habría cazado alguna vez? No se parecía al hombre que conocía, que la había acompañado dos noches antes a beber sidra con cerveza en un *pub* de Camden. Se volvió para preguntárselo, pero seguía dormido.

La niebla empezaba a despejarse y la luz del sol se reflejó en una copa de vino que alguien había dejado junto a la piscina. Vio más copas, botellas y toallas húmedas. La noche anterior debían de haber salido a nadar bajo la lluvia después de que ella se fuera a la cama.

Tras el desayuno, Faye paseó con Colin y James por el césped. Atravesaron una abertura en el seto y llegaron a una pista de tenis que había oculta detrás. James cogió raquetas de una caseta a rayas blancas y rojas.

Faye los vio jugar durante un rato, hasta que las manchas de sudor empezaron a cubrirles la camiseta, y luego se alejó de la pista. Algunos de los demás invitados estaban en la piscina, leyendo o dormidos en tumbonas al sol. Oía la pelota de tenis, golpeada a uno y otro lado.

«No está tan mal», pensó. La mayoría de las veces no notaba la diferencia. Pero se había dado cuenta de que, cuando hablaban de viajes, no conversaban sobre países ni ciudades, ni siquiera sobre restaurantes, sino sobre platos o bebidas concretas, ya que todos habían estado muchas veces en los mismos lugares. Los cócteles Bellini de un restaurante concreto de Positano, por ejemplo. Al parecer, se hacían con un puré frío de melocotón.

Todos se mareaban en las alturas, lo cual le resultó raro. Hablaron de ello en la cena, de los extraños sueños que les producía el mareo. No había imaginado que a tantos les gustase ir de escalada.

—¿Adónde vais a escalar? —preguntó.

—No escalamos —dijo James, tras una pausa—. Esquiamos.

Nadie le dio importancia. Todos se mostraron cordiales con ella. «Por Colín», pensó. Se había fijado en que, cuando alguno de sus amigos se dirigía al grupo, miraba a Colin. Y nunca lo interrumpían, a diferencia de a Sam, que rara vez acababa una frase. Antes de la cena, todos titubearon un instante, lo suficiente como para dejar que Colin eligiera primero su asiento. Antes de eso, él le había dicho que le gustaba sentarse mirando a todo el restaurante.

—Como a todo el mundo —contestó ella.

Al principio creyó que actuaban así por deferencia a Colin, porque era el más listo, divertido y magnético, pero quizá fuese porque los superaba en rango. Esa mañana le había dicho que, cuando su tío muriera, sería conde. James sería vizconde, lo cual no estaba tan bien, y los demás no heredarían ningún título.

—¿Utilizarás tu título? ¿Harás que todo el mundo te llame lord Spenser? —le preguntó Faye.

—¿De verdad crees que haría eso? —dijo él entre risas.

Faye se apoyó en la verja del prado y miró a los ponis. Rose le había dicho antes que había aprendido a montar a los tres años, con su madre cabalgando al lado. Con un poni Clydesdale en miniatura. En ese momento, Faye miró alrededor de la mesa del desayuno y se preguntó cómo te afectaba criarte con todo lo que deseabas. Por lo que ella sabía, Colin nunca había montado un Clydesdale en miniatura, pero, tras el desayuno, le había contado que sí había tenido una cabaña en un árbol, en un rincón de la finca familiar. Tenía ventanas, un techo y dos pisos. Así que era una casa de verdad.

Se alejó del prado y se dirigió a la piscina. Había crecido con criados. Se refería a ellos como «el personal». Alguien le hacía la cama. Colin había supuesto todo un alivio después de Harry; creía que era igual que ella.

Orla, la amiga de Rose, estaba sentada en el borde del trampolín, con un bañador de color naranja, y hablaba con Sam. Faye recelaba de Sam. Era simpático, pero a menudo decía cosas crueles y denigrantes, sobre todo cuando bebía. Siguió caminando hasta el seto. Al otro lado, Colin discutía con James sobre un servicio. Estaba lo bastante cerca como para oír sus jadeos. «Puedo tomar una decisión», pensó. «No tengo por qué imaginármelo con criados ni en la zona de primera clase de un avión. Puedo imaginarlo

criándose en una casita de Norfolk, yendo en bicicleta, haciendo recados, aburriéndose, pidiendo fideos chinos para su cumpleaños, estudiando para obtener una beca o poniéndose nervioso durante una entrevista. Nadie sabrá que me atengo a esta versión. De todos modos, encaja con quien es ahora. No es un malcriado, por lo que mi versión podría ser cierta».

5

Recuerdo a mi madre nadando en la piscina de Ashdown y ayudando a llevar botellas de vino a la gran mesa de la terraza. Nunca daba muestras de incomodidad. Siempre pareció estar cómoda en el grupo de los adultos, aunque su acento difiriera del de ellos.

Visitábamos Ashdown a menudo. En el primer piso, había veinte dormitorios. Me recuerdo esperando al final del pasillo, convencida de que una de las puertas se abriría. Allí había vivido tanta gente que bien podía haber fantasmas.

Los terrenos que rodeaban la casa también eran mágicos. Los establos, el bosque y el jardín cercado con sus perales, membrillos y ciruelos. Cien años antes, encendían hogueras dentro de los muros para mantener los árboles frutales calientes en invierno. Yo me sentaba dentro de los hogares sin usar para leer o jugar a juegos inventados, siempre ambientados en un otoño medieval, con Alice, la hija de James y Rose, que tenía casi la misma edad que yo.

Ahora me gustaría no haber pasado tanto tiempo sola, en el jardín o en el bosque. Quisiera haber estado en la casa, con los adultos, escuchando. Puede que entonces entendiera por qué odiaban a mi madre. Porque Rose, James y Sam debían de odiar a mi madre; de lo contrario, no habrían ayudado a mi padre a que escapara.

Una vez vi a Rose por la calle, una cálida tarde de junio, tres semanas después de acabar la carrera de Medicina. Llevaba tacones y un vestido suelto, con la chaqueta doblada sobre el brazo. Parecía una más de los cientos de mujeres que regresaban a casa del trabajo.

La seguí. Había pasado mucho tiempo pensando en ella y, ahora, allí estaba, con una botella de agua mineral en la mano y esperando a cruzar la calle. Se volvió para ver los coches que venían y quedó de perfil. Yo estaba justo detrás de ella, lo bastante cerca como para verle la rojez del hombro causada por la correa del bolso.

La seguí por Cadogan Street y me pregunté si aquel día habría estado en los tribunales. Le miré la nuca y el cierre de los pendientes. Aún no se habían encendido las farolas, pero la luz vespertina se reflejaba en las cúpulas de

cristal esmerilado y las hacía brillar. Rose alzó la cabeza como si ella también lo hubiera notado.

Le sonó el teléfono mientras cruzábamos Sloane Square.

—Ah, hola, cariño. ¿Qué tal los exámenes...? ¿Sí...? Vale... Vale... ¿Vendrás entonces a las siete...? Tailandés, lo ha elegido tu padre... No, el sitio nuevo. Llámale y dile lo que te apetece. —Sabía que Alice estaba haciendo un máster en California, debía de haber vuelto de visita. Rose soltó una carcajada—. No digas eso. Hasta ahora.

Se metió por St. Leonard's Terrace. La zona estaba tranquila y me detuve en la esquina mientras ella sacaba una llave y abría una puerta. Esperé a que desapareciera en el interior de la casa y me quedé un rato mirándola. Era grande, estaba cubierta de hiedra y tenía un montante de abanico encima de la puerta. Desde entonces, he pensado mucho en eso: en los tres cenando en casa, en el resto de cosas que harían en familia.

Durante mucho tiempo después, fantaseé con unirme a su personal. Tenían una casa en Londres y la mansión de Sussex. Ambas residencias eran grandes; necesitarían mucho servicio. Podría entrar en todas las habitaciones como limpiadora. Cotillear, descubrir adónde había ido mi padre. Pero nunca habría vacantes ni en la ciudad ni en el campo. Los Fraser tenían empleados fijos que llevaban años trabajando para ellos.

En vez de eso, decidí centrarme en James. Cuando mi padre desapareció y sus amigos salían a menudo en la prensa, corrieron rumores de que James se acostaba con prostitutas. Durante la investigación, una mujer que trabajaba en un piso detrás de King's Cross dijo que era un antiguo cliente y la policía encontró en la agenda de James la dirección de un edificio de King's Cross declarado en ruinas.

James dijo que un amigo suyo que era promotor inmobiliario se había planteado comprarlo. Afirmó que no utilizaba el edificio para verse con prostitutas. Jamás había pagado por mantener relaciones sexuales.

He dedicado muchas horas a encontrar a esa mujer. Solo se publicó su nombre de pila y quizá no fuera el auténtico. Afirmaba que fue un cliente habitual hasta que James empezó a ponerla nerviosa. Sabía que ella no vivía en ese piso de King's Cross y quería averiguar su dirección real. La mujer sospechaba que un día la había seguido hasta casa. Él empezó a hacerle regalos, cosas que quería que se pusiera o comida, como un juego muy caro de mermeladas.

No sé cómo encontrarla. Pero si alguna vez lo consigo, si llego a reunir pruebas, James podría aceptar decirme adónde huyó mi padre. Lleva el tipo de vida pública que no resistiría esa publicidad. Es un gran contribuyente del Partido Conservador, que se distanciaría de él, las causas privadas que apoya lo expulsarían de sus juntas y su empresa lo despediría.

Aquel verano, después de clase, seguía a James hasta su club privado, en Mayfair, y hasta la estación de Waterloo donde tomaba el tren a Sussex. Lo veía comprar ropa, leer el periódico y cortándose el pelo. Iba al masajista a menudo, pero siempre en el mismo y caro *spa* de día.

Lo seguí hasta su despacho en una empresa de seguros cerca del Royal Exchange, la antigua bolsa de comercio de Londres. Se tomaba una hora entera para almorzar, a menudo en Sweetings. El restaurante siempre estaba lleno de hombres trajeados. La pintura de las paredes estaba cuarteada, las molduras eran de madera y en las paredes había caricaturas de políticos. Resultaba un lugar grotesco con aquella naturaleza muerta compuesta por faisanes colgados del cuello, el olor a pescado y las brillantes luces que iluminaban a todos esos hombres que comían sándwiches de reluciente y blanca carne de cangrejo. Solía ir con el mismo colega. Pedían sándwiches de cangrejo y una botella de Meursault. Me senté lo bastante cerca para escucharlos; conversaban sobre todo acerca del trabajo, la política o viajes, nada útil. Lo malo era que James viajaba a menudo por trabajo y no podía seguirlo en sus viajes de negocios. No tenía forma de saber qué hacía cuando estaba fuera de la ciudad.

Una mañana lo vi salir a primera hora de un taxi negro y empujar una maleta hasta la puerta. Había estado en Hong Kong por trabajo. Le había oído mencionar el viaje a su colega. La maleta aún llevaba la pegatina amarilla de la aerolínea. Le costó encontrar la llave y lo oí suspirar. Debía de tener *jet lag*. Yo estaba muy cansada de esperar. Quise acercarme a él y decirle: «¿Has tenido buen viaje? ¿Qué hiciste para relajarte?».

Poco después de eso, dejé de vigilarlo, por frustración y porque mi horario cambió drásticamente. Cuando empecé con las prácticas, no salía nunca del hospital y después de los turnos de noche, me desplomaba en la cama.

Sam y Orla se separaron hace seis años. Esperaba que entonces ella se decidiera a contar la verdad; había leído en una entrevista a un inspector de la Metropolitana que la mitad de sus casos abiertos se habían resuelto tras un

divorcio. Pero, que yo sepa, Orla no fue a la policía. Aunque sí se convirtió al catolicismo.

Sam ha salido con muchas mujeres desde entonces. Yo no soy su tipo, pero podría aproximarme a él si me esforzase lo bastante. Algo en mi mente se desconecta cuando me da por planteármelo.

Hace años que no sigo a ninguno de los amigos de mi padre, pero todavía los vigilo. Recorto sus fotos cuando aparecen en el periódico tras una fiesta, una cena de beneficencia o la inauguración de una exposición. Hace poco vi un vídeo breve y borroso de Sam en una boda en el que abría una botella de champán con un sable.

Conozco el nombre y la dirección de los clubes privados de todos. Sé cómo se llaman todos sus hijos y ahijados, de los que cada uno tiene alrededor de diez, algunos con perfiles públicos en redes. Gracias al *Times* sé que los vecinos de Sam en Chelsea se molestaron con él por las constantes obras para unir dos casas adyacentes en una. En la foto, el número de la casa estaba borroso, pero di vueltas por Chelsea hasta encontrar la calle. Vigilarlos se ha convertido en un hábito más que en otra cosa. No sé qué podría cambiar y permitirme crear una brecha por la que acceder a ellos.

6

El domingo necesito salir del piso. La inspectora sigue sin llamar y la espera me está poniendo nerviosa. He dedicado demasiado tiempo a imaginar cómo detendrán a ese hombre que podría ser mi padre, cómo entrarán en su casa, encontrarán la habitación en la que está y harán que se tumbe en el suelo. No pregunté a la inspectora Tiernan si el hombre vivía solo. Mi padre podría tener ahora una esposa, u otros hijos, que quizá estén a punto de descubrir quién es.

No dejan de temblarme las manos. Esta mañana estaba demasiado asustada como para cerrar los ojos mientras me duchaba, algo que hace años que no me pasa. Tengo que recordarme que debo tragar saliva y, cuando lo hago, el sonido me sobresalta. No sé por qué me pasa. No corro ningún peligro. Pero ya se me han caído y roto dos tazas y, mientras estaba arrodillada, recogiendo los trozos y fregando el líquido derramado, tuve que comprobar que no había nadie detrás de mí, a punto de volver a tirarme al suelo si intentaba levantarme.

Todavía creo que se pegará un tiro. Cerrará la puerta, irá a otra habitación y agarrará un arma antes de que puedan detenerlo. En parte es por eso por lo que ahora no me tranquilizo. El disparo puede tener lugar en cualquier momento. Puede que haya sucedido ya. La idea me enfurece, siento la ira frustrada y agitada de una rabieta.

Llamo a Laila.

—¿Estás libre hoy? —pregunto en tono desesperado—. ¿Nos vemos?

—Claro —dice ella con un bostezo y relajo los hombros.

Quedamos en el Holly Bush, en Hampstead. Acabo de salir de casa y todavía estoy en Sekforde Street cuando suena el teléfono. No lo encuentro y me acuclillo en la acera para buscarlo en el bolso con las dos manos. Es Rahul, me pregunta si puedo sustituirlo en la guardia de esta semana. Le digo que sí y me quedo en cuclillas, con el rostro cubierto por las manos.

En el metro, me siento con los ojos cerrados. El vagón traquetea debajo de mí y pienso que no es él, que no lo ha sido ninguna de las otras veces.

Cuando salgo de la estación de Hampstead, la calle está atestada de personas que miran escaparates, cargan con trajes recién salidos de la tintorería y hacen largas colas para comprar *crêpes* en el puesto de enfrente. La imagen me deja aturdida tras el silencio de mi piso. Más gente se detiene a

mi lado en el cruce. Retrocedo ante los autobuses que pasan, como si alguien pudiera arrojarme a ellos.

El Holly Bush está escondido en la curva de la cuesta que parte de la calle principal. Laila está sentada en una mesa junto a la chimenea. Me saluda con un beso.

—¿Qué te pasa? —pregunta cuando me siento.

—Nada. ¿Por qué?

—Pareces... —dice, pero se interrumpe y clava la mirada en mi cara.

—¿Cansada? Anoche no dormí bien.

—¿Por Robbie?

—No —contesto, lo cual no es del todo cierto. Siempre estoy preocupada por mi hermano. Y me siento mal por no haberle contado la visita de la inspectora; se enfadará conmigo si descubre que se lo he ocultado—. Es que no conseguía dormirme. ¿Tienes hambre?

Ella pide pollo asado y yo un solomillo Wellington vegetariano. Pregunto a Laila por su fin de semana y hablamos de trabajo. Está pensando en abrir su propia clínica en algún pueblo del campo o convertirse en doctora suplente. Cuando sale para contestar una llamada de una enfermera, miro el *pub* que me rodea, las vigas de madera del techo, el fuego, a los demás clientes, las bayas blancas del muérdago, que son como perlas de fina piel.

Pedimos *pudding* de ciruela, que viene con una cazuelita de mantequilla con *brandy* para echarlo por encima. Me concentro en esta tarea, pero los pensamientos —¿Lo tendrán? ¿Lo habrán arrestado?— son tan insistentes como cuando estaba sola en mi piso. Siempre me sorprende que sea posible estar completamente ocupado con dos cosas a la vez y lo poco que pueden tener estas en común.

Nos despedimos delante de la boca de metro. En vez de volver directamente a casa, decido cruzar el parque y tomar el autobús en Highgate. Los desnudos árboles negros se comban sobre el camino y el suelo está congelado y lleno de baches. Envuelta por el aire gélido, siento la cálida punta de la nariz.

Highgate se encuentra en lo alto de una colina al otro lado del parque. Entre los árboles, se ve el capitel de la torre de una iglesia y algunos techos y chimeneas, como si fuera un pueblo en medio del campo. Sigo caminando hacia la torre y el suelo helado cruje bajo mis botas. Estoy segura de que me sonará el teléfono aquí.

Empieza a nevar. Muy poco, pero lo suficiente para cubrir de blanco campos y caminos. Sigo caminando mientras la nieve desciende sobre los árboles y noto el rostro tenso y limpio en el frío. Me pongo a pensar en qué le diré.

—Todavía puedes cambiar de idea —le dijo mi abuelo a mi madre por encima del canto de los grillos y el trino de los pájaros. El motor de un tractor se detuvo y arrancó en algún lugar lejano.

Ella bostezó.

—¿Tú crees que hay tiempo?

Un acomodador abriría pronto la puerta. Dentro, ya había doscientos invitados y estaban sentando a las familias. Cuando Colin le dijo que en la finca familiar había una capilla, había imaginado algo pequeño, pero aquel sitio era tan grande como la iglesia de su pueblo. La puerta estaba tachonada de clavos y Faye la había palpado con el dedo en busca de alguno que sobresaliera. Gene se tiró de la corbata. Vestía su propio traje en vez de un esmoquin alquilado.

—Ay, por Dios —había dicho Deborah, la madre de Colin, al verlo.

Faye se golpeó la pierna con el ramo. Sentía los cálidos rayos de sol en la espalda y los hombros y las mariposas revoloteaban por el prado. En una valla había colgada una silla de montar.

—¿Cazan? —preguntó Gene.

—¿Tú qué crees?

Los parientes de Colin eran «amantes de los caballos», sobre todo Deborah. En su primera visita, Faye había cogido un objeto pulido de una mesilla.

—¿Qué es esto?

—Lo hizo mi abuelo —contestó Deborah—. Cuando murió su caballo favorito, convirtió sus pezuñas en tinteros.

Faye intentó no pensar en los mecanismos implícitos del proceso.

El acomodador abrió la puerta y les hizo una seña con la cabeza. Faye se pasó el velo sobre la cabeza para cubrirse el rostro. El borde le llegaba al pecho, rematado por una hilera de bordado inglés. No quería ponérselo, pero lo habían llevado todas las novias de la familia Spenser durante los últimos doscientos años. Su padre la tomó del brazo y subieron los escalones de piedra. Faye notó el sol en la espalda y el frío aire de la iglesia ante ella. El velo chocaba contra su rostro al caminar y se imaginó que debía de parecer que salía de las profundidades del agua.

Cuando llegó al altar, Colin le sonreía y supo que él pensaba lo mismo, que nadie lo había descubierto. Ya llevaban un año casados. Contrajeron matrimonio en el registro civil de Chelsea, dos meses después de conocerse en el Lanesborough. Faye vistió una minifalda de ante y botas altas y llevó un ramo de lirios de los valles, cuyas campanillas doblaban al caminar.

—Ahora soy realmente bígamo, ¿no? —dijo Colin tras la segunda ceremonia.

La comitiva de la boda cruzó el gran prado hasta la carpa. La tienda era blanca y tenía tres gallardetes. Faye cogió una flauta de champán. Los gallardetes daban a la tienda la apariencia del campamento de un ejército invasor. Supuso que ese era ella.

Rose la besó.

—Bien hecho —susurró, y se abrazaron entre los camareros que daban vueltas cargados con copas de langostinos helados y patas de centollo.

Faye bebió más champán y disfrutó de la fiesta como si fuera una invitada. En un momento determinado, entró en la casa con Sabrina y Christy y las tres se tumbaron en una cama con dosel y bebieron *brandy* Alexander.

—El primer año de matrimonio es el más difícil —había dicho James durante su brindis—, pero creo que hay muchas posibilidades de que al final seas tan feliz como lo eres ahora.

Él lo sabía, claro. Había sido uno de los testigos en la oficina del registro civil de Chelsea.

Los camareros sirvieron pollo escalfado en leche y, luego, una tarta con *fondant* que imitaba la apariencia del encaje. En su verdadera boda habían tomado *croquembouche*, una torre de profiteroles con un pegajoso glaseado de caramelo.

En la cena, Faye se sintió sola y apartada. Se fijó en la puerta de una valla que alguien había dejado sin cerrar y contempló cómo el viento la movía a uno y otro lado.

—¿Estudiaste en Bedales? —preguntó una de las invitadas.

—No —contestó Faye—. Fui a un instituto de Stafford.

—Oh, bien hecho —respondió la mujer—. ¿También fuiste a la universidad en las Midlands?

—No fui a la universidad. Quería trabajar.

—¿Y dónde trabajas?

Faye la miró y pensó: «Quiere saber si hemos firmado un acuerdo prematrimonial». Se planteó decírselo. La familia de Colin había insistido en

ello, pero él se había negado, lo cual estaba bien, ya que llevaban un año casados sin haberlo firmado.

Un grupo de invitados la rodeó y le pidieron que contara cómo se habían conocido. «Esperaban más», pensó Faye. Esperaban a una gran belleza.

—Me conoció en un restaurante —dijo ella.

—Y lleváis juntos desde entonces —respondió uno de ellos con un tono de sorpresa tras una pausa.

La noche siguiente regresarían al piso de Dean Street. Se acostarían y se ducharían. Él pondría un disco de música y ella se vestiría con uno de los jerséis de Colin y unos calcetines largos que le llegaban hasta la rodilla que él le había regalado para llevarlos en casa. Prepararían pasta con salsa de tomate y beberían una botella de vino. Leerían, hablarían o proyectarían una película en la pared y ella se sentaría contra él, con la copa apoyada en el estómago y las piernas dobladas.

Faye dejó que los invitados buscasen a su padre y se sentaron a solas en un rincón para hablar de su *pub*.

—He hecho algunas mejoras —comentó Gene.

—Oh, Dios, no —dijo Faye. Durante un tiempo había tenido en el *pub* una promoción de Martes Gratis. No había sido una buena idea.

Colin estaba al otro lado de la carpa con las manos en los bolsillos. Hablaba con James. Este negó con la cabeza y se pasó la mano por el pelo. A Faye le habría gustado oír lo que decían. Colin cerró los ojos, como si hiciera una mueca de dolor. No era la única persona que los observaba. Lo había notado antes. En las comidas multitudinarias, la gente a pocos asientos de él dejaba de comer y se inclinaba para escucharlo.

Colin se apartó de James y, al cabo de un instante, apareció a su lado con una botella de vino y copas para ella y su padre. La besó, miró el reloj y dijo:

—¿Podemos pedirles que se vayan ya?

—Bueno —comentó Deborah una vez se marcharon los invitados—. Ha sido todo un éxito.

Había pedido a una amiga que les prestara su casa de la Provenza para la luna de miel. «Lo cierto es que vamos a la India», le había dicho Faye.

Y una semana después, en la luna de miel, en un bote de mimbre y cuero que giraba en un río de Hampi, Faye se agarró a los bordes de paja de la barca y río, río y río.



Después de la boda, mis padres viajaban a menudo al extranjero con los amigos de él, a villas alquiladas en Francia, Cerdeña o Mallorca. Cuando cumplí veintidós años, visité la de Mallorca, después de ahorrar durante meses para comprar el billete de avión.

Fue en septiembre, cuando la villa a la que fueron quedó desocupada. En la valla había un cartel que alertaba de un sistema de seguridad, pero abrí la puerta y rodeé la casa hasta llegar a la piscina. Las cigarras cantaban entre los altos tallos. Dispersos por la hierba, había limones caídos de los árboles.

Estaba mareada por el viaje en autobús por la isla y cogí un limón de un árbol junto a la piscina. Mamá estaba embarazada de mí cuando estuvieron allí y tenía unas náuseas terribles por las mañanas. Escribió en su diario que abría los limones con las manos y sorbía el jugo. Parece ser que eso la aliviaba. Clavé los incisivos en la corteza; el jugo corrió hasta las manos y me quemó los padrastrós. Aparté los dientes de la corteza y me sentí como un vampiro. Tenía razón, sí que aliviaba.

La villa se encontraba en un risco sobre el agua. Bajé unos escalones empinados hasta un desvencijado muelle de madera. Cuando terminé de beberme el jugo del limón, lo tiré al agua y se quedó flotando en la superficie, atrapado en la espuma que rompía contra las rocas.

Mamá no tuvo un embarazo fácil, entre las náuseas matutinas, que fueron lo bastante fuertes como para ser hospitalizada un par de veces por deshidratación, y su miedo a lo mucho que cambiaría su vida. Se había quedado embarazada por accidente: el antibiótico que le recetaron para la faringitis hizo que las píldoras anticonceptivas fallasen. Mi padre estaba emocionado. En ese viaje, fue al mercado de Deyá y compró un sonajero de madera con caballos pintados para mí.

Yo estaba muy cansada. Había comprado un billete para el vuelo más barato que había, lo cual significaba estar en el aeropuerto a las cuatro de la madrugada. Antes de ir a la villa, había hecho una parada en el hostel pata ducharme y cambiarme de ropa. Llevaba un vestido marinero de manga corta. Había elegido aquel atuendo con cuidado, porque una parte de mí esperaba volver a ver a mamá aquí, como si eso fuera mi recompensa por haber llegado tan lejos. La imaginaba alzando la mirada al oírme, sonriendo, diciendo mi

nombre, mi verdadero nombre, levantándose en el muelle y extendiendo las manos hacia mí.

El muelle estaba vacío y crujía cuando las olas pasaban bajo él. Estaba llorando, pero una parte de mí todavía esperaba que, pese a no verla, sintiera algo allí, una presencia, que pudiera consolarme de algún modo. Al cabo de un largo rato, me sequé la cara, húmeda, y me agaché para hundir las manos en el agua fría. Era inútil; había muerto.

En el muelle, el agua era tan clara que parecía gelatinosa. Las dos barcas ancladas en la cala parecían suspendidas en el aire, sobre sus sombras en el lecho marino. Veía los mejillones verdes y blancos en las rocas bajo la superficie.

Mamá hizo submarinismo allí. Una vez me dijo que le encantaba nadar cuando estaba embarazada y hundir la barriga en el agua, como un submarino.

De haber estado yo en aquel muelle, veintitrés años antes, habría podido verla. Con el *snorkel* asomando del agua mientras se adentraba nadando en la cala con las aletas negras, el cuerpo extendido y seguida por su sombra mientras se deslizaba sobre las rocas.

Aquella noche fui al bar del hostel. Unos mochileros sentados en una mesa me invitaron a unirme a ellos y, luego, fuimos a otro bar. Caminé junto a Nick, que era de Australia. Llevaba una camiseta amarilla desteñida y me vacilaba de la forma adecuada, afectuosamente, como si nos conociéramos de hace mucho. Yo simulé que no me había fijado en su grupo, que no había bajado a la zona común con la esperanza de encontrarlos allí.

En el segundo bar bebimos cerveza y chupitos de tequila. Nick me puso la mano en la pierna mientras argumentaba algo y la dejó allí cuando se volvió hacia el otro lado de la mesa para contestar a uno de sus amigos. Cuando fuimos a la barra a pedir más bebidas, me agarró por la cintura y yo me lo llevé al baño.

En el trayecto en autobús hasta el aeropuerto pensé una y otra vez en el sexo, como si ese hubiera sido el auténtico objetivo del viaje.

8

No me ha sonado el móvil en el parque. Cuando llego a casa, estoy aterida y temblando. Jasper empieza a gemir en cuanto oye mis llaves. Me arrodillo y él inclina la cabeza contra mi pecho mientras le rasco el suave pelaje tras las orejas. Los radiadores sisean y expulsan vapor. Fuera, ha dejado de nevar y se ven nubes amaratas y bajas suspendidas sobre toda la ciudad. Preparo una ducha caliente y todavía estoy bajo el agua cuando suena el teléfono.

—Claire —dice la inspectora Tiernan con un tono cuidadoso y mesurado mientras espero goteando en la salita, de pie.

Me he llevado la mano a la boca y estoy casi sonriendo. Noto una ligereza que me sube desde las piernas y estoy a punto de inclinar la cabeza, llevarme una mano al pecho, decir gracias y preguntar: «¿Qué pasará ahora?».

—Lo siento mucho —añade.

Al acabar la llamada, dejé el teléfono y miré mi piso.

—Se parecía mucho a su padre —había dicho—. No lo confirmamos hasta que no llegaron los resultados del ADN.

La correa de Jasper está enrollada en la mesa. Mañana tengo que acordarme de pagar a la paseadora de perros. Esta es la peor parte, siempre. Resulta difícil volver a mi vida diaria tras una falsa alarma, es imposible encajar en ella. Sé, por experiencia, que todo me supondrá un esfuerzo las próximas semanas. Tendré que hacer listas para acordarme de que debo hacer hasta las cosas más obvias. Y creo que en esta ocasión será peor. Hace más tiempo de la última vez que entré en los foros o busqué los nombres de sus amigos. Creía que había progresado.

Vuelvo al baño y saco el spray de pimienta de su escondite, tras una hilera de champús y jabones. Aquí es ilegal. Lo pido por internet una vez al año y llega en una caja sin información. A menudo me he preguntado si sería capaz de cogerlo a tiempo. Si, tras oír a alguien abrir la puerta del baño, podría apuntar antes de que me golpeasen la cabeza contra la pared. Agarro el bote y lo aporreo contra el lateral de la bañera hasta que el metal se mella y se deforma.



Hoy ha sido un día duro en el trabajo. La primera paciente de la mañana tenía apendicitis y tuve que esperar a la ambulancia con ella, hablar con un doctor del hospital y enviar su historial. Todo eso retrasó veinte minutos las demás citas de la mañana. El gerente me dijo que un paciente había puesto una queja porque siempre lo atendía tarde. Y mi último paciente se enfadó conmigo porque el especialista al que lo derivé tenía una larga lista de espera. Gritó y me señaló con el dedo. Yo lo miré y pensé: «Yo me voy, me voy de aquí».

El papeleo me lleva el doble de lo normal.

Cuando acabo con los informes de patología, los repaso, convencida de haber cometido un error por estar distraída. La conversación telefónica sigue presente en mi cabeza. La inspectora Tiernan dijo que el hombre había comprado la petaca hace veinte años, en una casa de empeños de Dorset. Así que mi padre nunca la sacó del país. Estaría en las cajas que enviamos a mi abuela con sus pertenencias y se perdería por el camino o alguien la robaría.

Me pregunto si los periódicos se enterarán de esto y pensar en su morbosidad, en su incesante gusto por recrearse en la historia, me agota.

Fue un caso de violencia doméstica. No tuvo nada de especial, nada misterioso, salvo su incompetencia. En este país, cada semana mueren dos mujeres asesinadas por su pareja. Ocho al mes, más de un centenar al año. Nadie se habría interesado por mi padre, nadie habría conocido su nombre de no haber sido rico.

Tras acabar con los informes, apago las luces y salgo de la clínica. Si hubiera sido inocente —como si necesitara destacar esto—, ¿sería médica ahora? No soy como Laila o Rahul. Los dos tienen una intuición de la que carezco. Laila se preparó para administrar primeros auxilios en el campo cuando era adolescente y vivía en Northumbria; Rahul se hizo técnico de emergencias cuando todavía iba a la universidad. Ninguno de los dos se ha planteado ni siquiera hacer otra cosa.

Cuando llego a casa del trabajo, llevo a Jasper al canal. Nos detenemos en la oscuridad y observamos las barcas atrapadas en el hielo. No quiero seguir viviendo aquí.

Después de graduarme, me aceptaron en dos hospitales para hacer prácticas. Uno en Londres y otro en Edimburgo. Tras el asesinato nos mudamos a Escocia, a Crail, un pueblo en la costa oeste, y estudié en la Universidad de Edimburgo. Tuve que decidir entre quedarme en aquella ciudad, que adoraba, o mudarme a Londres, donde, al vivir en la misma

ciudad que los amigos de mi padre y los policías que llevaron la investigación del caso, podría descubrir adónde se había marchado.

Me equivoqué al tomar la decisión. Debería haberme quedado en Edimburgo. De haberlo hecho, ahora viviría en una de las casas adosadas de Easter Road. Trabajaría de periodista o editora en una oficina de Merchiston. Por las tardes, a veces iría al cine y, a veces, me reuniría con los amigos de mi hermano en una pizzería al lado de los embarcaderos de Leith.

Pienso estas cosas desde los doce años. Sé que resultan algo patéticas, que entonces se basaban en cosas que había visto en mi primera visita a la ciudad: una luminosa oficina sin tabiques, un restaurante atestado y una mujer que estudiaba bajo la marquesina de un cine.

Londres es una ciudad dura comparada con Edimburgo. No es tortuosa ni misteriosa. No tiene gente silueteada en la cumbre del Arthur's Seat^[1] ni casas manchadas de hollín ni las tormentas acechan desde el fiordo de Forth. No tiene las mismas tiendas cutres mal iluminadas con neones de letras en cursiva, ni las *trattorie* abiertas hace décadas por inmigrantes italianos. En verano, las luces no están encendidas hasta las once, no está cerca de las montañas ni tiene tanta nieve. Pero la verdad es que Londres nunca tuvo ninguna oportunidad. Me recuerda a mi padre y Escocia, a mi madre.

9

Mi padre dejó el periódico y le pidió a mamá que saliera a pasear con él. Dieron dos vueltas por St. James's Park y pararon para sentarse en un banco junto al estanque helado.

—Ya no nos divertimos —dijo él.

—¿Y qué hay del último fin de semana? —respondió Faye entre risas.

Habían alquilado en grupo una villa en Miconos y habían dejado a sus hijos en casa con las niñeras o los abuelos.

Colin se encogió de hombros.

—Pues parecías divertirte —contestó ella.

La villa contaba con piscina y tenían *scooters* para ir al pueblo y una hamaca en la que se durmieron al terminarse una botella de ouzo.

—Nunca hacemos nada nuevo —respondió él con un suspiro.

Sam había llevado a unas cuantas chicas a Miconos. El primer día, se detuvo en el borde de la parte profunda de la piscina con una botella de champán abierta. Las chicas nadaron hasta él y Sam dijo: «Abrid la boca». Ellas inclinaron la cabeza hacia atrás. Sam vació el champán en sus bocas, en un chorro largo y blanco, para luego inclinar la botella y cubrirles los pechos de espuma.

—¿Como qué? —preguntó Faye.

—Cualquier cosa.

—¿Lo dices por lo de anoche?

Un socio mayoritario del banco los había invitado a una cena informal en su casa de Barnes. Había sido una noche larga y aburrida. «Solo está asustado», pensó Faye. Colin diría: «No quiero que nos convirtamos en eso nunca».

—No —contestó—. La cena estuvo bien. Edward me cae bien.

—Ya.

Robbie solo tenía cinco meses. «Es por eso», se dijo ella, «por la responsabilidad de tener un segundo hijo, por las dificultades de su nacimiento». Fueron dos días de parto; luego, le bajó la tensión y tuvieron que hacerle una cesárea de urgencia. Faye estaba al otro lado de la cortina, despierta, mientras la destripaban temporalmente. Nadie le explicó esa parte hasta después. También había sido difícil para Colin. Había visto ambos lados

de la cortina, había observado lo que ocurría mientras el bebé y ella estaban al borde de la muerte.

En el parque hacía frío y se preguntó cuándo volverían dentro.

—Las cosas mejorarán en primavera —añadió Faye y dio patadas en el suelo para calentarse los pies.

Colin la miró y ella sintió que le fallaban las piernas. Sin el ruido de las botas contra el suelo, el aire que los rodeaba se tornó silencio. Notó que el corazón le latía contra la espalda.

—¿Me quieres? —preguntó ella.

—Sí, pero ya no es como antes.

Cerca de fin de mes, cuando él seguía sin volver a casa, Faye se sentó en una silla con los ojos cerrados mientras un dentista trabajaba en su boca. Tenía la mandíbula dormida, pero sentía los tirones. Había dos muelas del juicio que chocaban con otros dientes y no acababan de salir, por lo que debía extraérselas. Nunca había tenido ni una caries, pero no le sorprendió. Se le había acabado la suerte.

Bajó por Belgrave Street con la boca sangrante y en carne viva. Llevaba discos de algodón en el bolso para cambiarse el de la boca cuando la sangre lo empapara. El dentista le había advertido de que empezaría a dolerle la boca en cuanto se le pasara la anestesia. Ya notaba pinchazos, finos calambrazos de dolor en lo profundo de la mandíbula.

La casa estaría vacía cuando volviera, cuando entrase en el baño y se cambiara el algodón empapado, cuando la mandíbula recuperara la sensibilidad e intentara distraerse del dolor con una película antigua.

Siempre le había preocupado que él pudiera conocer a otra, pero eso habría sido mejor. Colin no se había enamorado de otra mujer, al menos que ella supiera, solo había empezado a aburrirse de ella.

Quería estar sola para pensar en él. En ese sentido, era como al principio. Todas las noches esperaba impaciente el momento de irse a la cama para hacerlo sin interrupciones.

Unas semanas después, Rose abrió la puerta principal de su casa. Llevaba medias y un vestido entallado. Tenía la maleta en el vestíbulo, detrás de ella; debía de haber vuelto a casa poco antes. Había pasado seis semanas trabajando en un caso en Belfast y Faye había esperado para hablar con ella

de Colin. Respiró su aroma a jabón perfumado con almendras. Había echado de menos quedar con ella; solían cenar una vez a la semana en el *pub* junto a Cheyne Walk.

—¿Qué tal en Irlanda?

—Bien —contestó Rose, lo que significaba que habían ganado el caso.

Faye miró los ojos claros e inteligentes de Rose. Era una buena abogada. Comprendía por qué la gente se comportaba de cierta manera, incluso cuando lo hacía contra sus propios intereses. Ella debía de entender por qué Colin se había marchado y, en cuanto Faye lo supiera, podría arreglar las cosas.

—¿Quieres ir al Cross Keys? —preguntó.

Rose negó con la cabeza.

—Claro, estarás cansada del viaje. Mejor nos quedamos en casa. ¿Quieres que vaya a por una botella de vino?

—No puedo —contestó Rose.

Faye se rio. Miró la pálida boca sin pintar de Rose y el ángulo cortante de su clavícula, que se rompió en un accidente de bicicleta.

—¿Lo dices en serio?

—Lo siento —dijo Rose—. A él lo conozco desde hace más tiempo.

10

Pasé las Navidades en Escocia con Nell. Habría invitado a Robbie, pero dijo que no le apetecía. Intenté no pensar en cómo las pasaría. Ahora Nell vive en Crail. Se mudó allí con su marido en cuanto tuvieron a su hijo. Dimos largos paseos por el sendero de la costa y le hablé del hombre al que habían detenido, que no era mi padre.

—No lo encontrarán nunca —dijo. Nell me lo viene diciendo desde que teníamos dieciséis años—. Solo te estás haciendo daño.

Empezaron a escocerme los ojos e intenté discutirse, pero tenía razón. Resultaba muy evidente allí, en el sendero de la costa, con Rory por delante persiguiendo a Jasper, las olas y el denso aire salado. Deseé haber acabado, haberme librado de ello.

En los últimos cinco meses, he estado trabajando, he visto a mis amigos, he tenido citas y he visitado a Robbie en su piso de Peckham. Me apunté a clases de boxeo por sugerencia de Nell y a cerámica por consejo de Laila. Descubrí que se me da bastante bien el boxeo y horriblemente mal la alfarería, aunque me encantó. El último día festivo fui a Brighton con Laila y Harriet y no pensé en mi padre en absoluto. Ha sido una buena primavera, por lo que, ahora, procuro no pensar mucho en lo que hago.

Pero lo cierto es que ha venido a mí. Vino a mi piso, a mi hogar. Soy suscriptora del Royal Court Theatre y la primera semana de abril recibí una invitación para la función benéfica de primavera. Al principio, no le hice mucho caso, incluso la habría reciclado sin leerla, pero mientras esperaba a que hirviese el agua de la tetera, vi que la invitación estaba en la encimera de la cocina y la cogí. Contenía una lista de los benefactores del evento y el tercero era James Fraser.

Entré en internet y compré una entrada, con la invitación todavía en la mano. Me preocupaba que se hubieran agotado ya. Costaba doscientas libras, más de lo que suelo gastar en una semana, pero tecleé el número de mi tarjeta de crédito y mi dirección. Lo hice todo automáticamente, como si ni siquiera hubiera decidido si iría o no, y luego volví a la cocina y terminé de prepararme el té.

Hoy es 5 de mayo y estoy en Sloane Square, delante del teatro, imaginando lo que diría Nell si se enterara. Me diría que me fuera a casa, me preguntaría si quería volver a sentirme como lo había hecho durante semanas después del falso avistamiento, embotada, exánime y derrotada. Un autobús se acerca por King's Road. Si doy un paso al frente, el conductor parará. Podría detenerme ahora. Pero entonces pienso en mi padre envolviendo la tubería con cinta de cámara y cruzo la plaza para unirme a la multitud a las puertas del teatro.

Enseño la entrada digital en el móvil y sigo a los demás escaleras abajo. El ruido aumenta hasta que llegamos a un gran salón subterráneo. Lo cruzo en dirección a la barra, pero no veo a James. Doy vueltas entre la multitud mientras va llegando más gente y cada vez resulta más difícil moverse. Caigo en la cuenta de que es posible que no venga. Que quizá solo haya enviado un cheque.

En la planta de arriba, abren las puertas de una pequeña sala de teatro experimental con paredes negras y me siento con la vista fija en el escenario arañado y vacío mientras trato de decidir qué voy a hacer. Creo que si mi padre pudiera verme, sentiría pena por mí. Creería que todo esto es patético. Sacudo la cabeza, como si así pudiera despejar esa idea. La primera vez que tuve la sensación de que mi padre me observaba y se avergonzaba de mí fue en la escuela primaria de Crail, cuando dije una tontería en clase y algunos niños se rieron. Estoy harta de sentirme así ahora que soy adulta.

Salgo para echar un vistazo en el callejón, aunque James no fuma, y luego busco el lavabo de caballeros. Estoy al final de un pasillo, junto a las oficinas del teatro, cuando por una puerta abierta oigo voces y cacharros que entrechocan.

Un hombre sale de la habitación con una bandeja de pasteles de limón y pego la espalda a la pared para que pase. Me acerco hasta la puerta abierta y miro dentro. Es un gran espacio industrial iluminado por luces fluorescentes. Puede que la sala se utilice normalmente para guardar vestuario o como almacén, pero ahora está lleno de largas mesas sobre caballetes cubiertas de bandejas para hornear y cubetas con ingredientes. En una de ellas veo frutos rojos, cuyo jugo presiona el plástico. Tres personas trabajan en diferentes puestos, dos hombres y una mujer; todos se mueven ordenadamente. Los miro sin pensar cuando la mujer de la mesa del centro se vuelve y se me tensan los músculos de la nuca.

No sabía que había vuelto. Alice se mudó a San Francisco al terminar la universidad. La última vez que busqué información seguía en Estados Unidos.

Debe de haber vuelto hace poco. Inclina la cabeza y no me ve cruzar la sala. Está inclinada sobre una mesa y rellena unos *éclair*s de crema pastelera con movimientos elegantes y expertos.

—Hola —saludo y ella se endereza—. Siento interrumpir.

Alice sonrío, esperando a que continúe. Tiene el mismo aspecto. Nunca se pareció a su madre. Rose parece que pertenece a un lugar interior y Alice, a uno exterior. Tiene las mejillas sonrosadas, pecas pálidas y el pelo, rubio y oscuro, recogido en una trenza. Tiene los dientes blancos y todavía algo desiguales.

—Soy Claire.

He dejado de respirar. No sé qué diré si me reconoce.

—Alice —contesta ella.

No nos damos la mano, ella todavía sostiene la manga pastelera. Imagino que estará ansiosa por acabar la bandeja, pero oculta su impaciencia. Lleva una camisa vaquera de trabajo con un delantal de loneta encima. Se ha remangado, pero no se ha quitado las joyas: finas pulseras de oro y anillos. Su expresión educada no se ha alterado; no me ha reconocido. Es dos años más joven que yo, solo tenía seis la última vez que nos vimos y mi aspecto ha cambiado más que el suyo. Una parte de mí sigue decepcionada, como si hubiera alguna posibilidad de que estuviera esperándome.

—La comida es excelente.

—Vaya, gracias —contesta con una voz cálida y ligeramente ronca.

—¿Tienes una tarjeta?

Mientras busca una, recuerdo, por primera vez en años, el espejo que había en Ashdown con un marco hecho de cuernos blancos. Alice y yo nos retábamos a ponernos de pie frente a él. Resultaba extraño ver tu reflejo en el cristal, como si el espejo fuera a enseñarte algo diferente.

11

Tras la separación, mi padre se mudó a un piso de Ebury Street. Solo estaba a la vuelta de la esquina y mamá siempre esperaba verlo por el barrio, pero la primera vez que se encontraron fue dos meses después, en un bar de Covent Garden, donde una amiga de Sabrina daba una fiesta de cumpleaños.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó ella.

—Sam sale con Catherine —contestó él.

—¿Quién?

—Una amiga de Paula. ¿Por qué estás tú aquí?

—Es una compañera de trabajo de Sabrina.

Colin asintió.

—¿Qué estás tomando?

—Ron con Coca-Cola.

Él sonrió.

—Cómo no.

Se volvió para pedir, pero no apartó la mano de la cintura de ella. La música estaba alta y le hablaba acercando la boca a la cabeza, por lo que ella notó su calidez en el pelo.

Faye le hizo reír un par de veces y él agachó la cabeza con una sonrisa. Volvía a ser él. No ese hombre extraño y sardónico que había ido a su casa a llenar cajas con sus cosas. Ese que, cuando ella preguntó por qué había decidido marcharse de repente, suspiró y dijo:

—No, llevaba un tiempo dándole vueltas.

—Vamos —dijo ella—. Deberíamos hablar con más gente.

—¿Por qué?

«Mi marido», pensó Faye. Ni siquiera se habían separado formalmente, solo llevaba dos meses fuera de casa.

Siguieron hablando y ella continuó replicando como debía, con frases divertidas, agudas o atractivas. Colin era el lugar más cálido del mundo y ella se iluminaba en respuesta. También podía ser magnética, como lo era en ese momento; podía dominar sus propios poderes.

—Ya no soy capaz de hacer esto, no hablo así con nadie —dijo él.

Faye lo sopesó. Podía irse, en pocos minutos estaría en un taxi camino de casa. Algún día, no pensaría en él a todas horas y tendría la mente despejada. Intentó hacer que esta fuera la salida más atractiva.

Él le dio la mano fuera del bar y levantó la otra para pedir un taxi.

—¿Has estado con alguien más? —preguntó Faye.

—No. ¿Y tú?

Ella negó con la cabeza. Un taxi se acercó a ellos. Para cuando llegaron al piso de él, los dos estaban acelerados, se callaban el uno al otro en las escaleras y abrieron apresuradamente la puerta cuando él giró la llave, como si se hubieran separado contra su voluntad.

Después, Faye se miró al espejo. Tenía las pupilas grandes y negras bajo aquella luz extraña y parecía que volvía a tener diecinueve años. Colin puso un disco. Ella encogió las piernas en el sofá y él le besó la coronilla.

A las tres de la madrugada, tostó una *baguette* y metió dentro onzas de chocolate negro para que se derritieran en el pan. Era su aperitivo favorito desde el viaje a Perpignan en que se habían alojado encima de una panadería y él se lo preparaba a menudo. La comieron de pie en la cocina, tirando del pan que sujetaba el otro y derramando el chocolate fundido.

Faye se despertó primero. Cuando puso los pies en el suelo frío, había algo junto a su pie derecho, casi debajo de la cama. Apartó las sábanas y se agachó para cogerlo. Era una goma para el pelo negra, con algunos cabellos rubios pegados a ella.

Se dirigió a la cocina. En la encimera todavía estaba el envoltorio del pan y había gotas de chocolate en el suelo. Abrió el lavavajillas y vio dos tazas blancas con sus platillos y dos platos manchados de chocolate. Pero no eran los que habían usado. Los suyos seguían en el fregadero. Lo había hecho para otra persona.

Faye se quedó en la cocina hasta que oyó que Colin entraba en la ducha. Entonces se vistió y esperó a que saliera.

—¿Estás libre esta noche? —preguntó ella, solo por maldad.

—Ojalá. Pero tengo una cena de negocios.

Su voz sonaba de forma diferente a la habitual y miraba hacia abajo mientras se secaba el pelo con la toalla.

—Bueno —contestó ella—. Me voy.

Él la besó. Tenía la mejilla fría y húmeda por la ducha y no la miró a los ojos. Faye bajó las escaleras. El coche de Colin estaba aparcado delante del edificio y lo pensó un momento. Podía tirarle un ladrillo. Pero eso no le haría suficiente daño, ¿verdad? Ni de lejos.

12

Después de la función del Royal Court me quedo hasta tarde buscando información sobre Alice. Ahora tiene una empresa de *catering*. James debió de recomendarla para el evento. Busco en la página del negocio, leo una entrevista que le hicieron para una revista y estudio fotos de una boda de la que se encargó la semana pasada. Sus perfiles en redes sociales son privados, pero veo que tenemos seis amigos en común. Cuatro conocidos de la universidad, un neurocirujano con el que he trabajado en St. George y Reza, el primo de Laila.

Antes de que lleguen los primeros pacientes, llamo a la puerta de la consulta de Laila.

—¿Te apetece tomar algo esta noche?

—Dios, no —contesta y señala el expreso doble de la mesa—. Estoy destrozada. ¿Te vienes a casa y vemos algo?

Después del trabajo compramos *sushi* de camino a su piso.

—Me arrastraron a un club de Stoke Newington —dice Laila mientras se pone unas mallas y una sudadera—. No volví a casa hasta las cuatro.

Anoche fue el cumpleaños de su hermana.

—¿Se lo pasó bien Yasmin? —pregunto y Laila asiente.

Nos sentamos con las piernas cruzadas en el sofá y abrimos las cajas de *sushi*.

—¿Podemos ver *The Great British Bake Off*^[2]?

—¿Tan mal estás?

—Sí. —Encuentra el canal—. Mira, hoy hacen pavlovas.

—¿Conoces a Alice Fraser? —pregunto. Laila niega con la cabeza—. Es amiga de Reza.

—Ah, esa Alice. Sí, salió con un amigo de Reza. ¿Por qué?

—La vi anoche en un evento.

—¿Qué evento?

—Una función benéfica en el Royal Court.

—¿Qué hacías en una gala benéfica?

—Me gusta el Royal Court. ¿La conoces bien?

—No, salieron juntos hace siglos, cuando estaban en el colegio. ¿Hay más wasabi?

Le paso el envase.

—¿Crees que reconocería tu nombre?

Laila se encoge de hombros.

—Reconocería mi apellido por Reza.

—¿Puedo seguirla desde tu cuenta?

—¿De qué conoces a Alice? —pregunta mientras mira fijamente la pantalla sin soltar el contenedor de sopa de miso que tiene en la mano.

—Sus padres eran amigos de mi padre —digo.

Laila frunce la boca cuando sopla el caldo para enfriarlo. No le he contado nada sobre mi padre, salvo que nos abandonó hace años y que no sé dónde está ahora.

—¿En qué puede ayudarte Alice?

—Todavía no lo sé. Creo que sus padres podrían estar en contacto con él.

—Dame tu teléfono —dice Laila.

Me lo devuelve al cabo de un momento. Ha descargado la aplicación y tecleado su nombre de usuaria y la contraseña.

Le doy las gracias y hace un gesto con la mano.

—De nada. De todos modos, nunca la uso. —Extiende una manta sobre las dos y dice—: Esta parte va a tener mucho suspense. No se les pueden quemar los merengues.

Para cuando acaba el programa, Alice sigue sin aceptar la solicitud de amistad.

—Te veo mañana —se despide Laila mientras se estira.

Entonces, tomo el autobús nocturno rumbo a casa, con su cuenta abierta en el teléfono.

Es posible que Alice oyera algo. Puede que sus padres se relajasen lo bastante como para hablar del tema, sobre todo en su propia casa. Puede que hasta lo hayan visitado. Han pasado décadas, ya no los vigilan.

En casa, saco a Jasper para darle su paseo nocturno y me cambio para irme a la cama cuando suena el teléfono.

—¿Claire Alden? —dice un hombre.

Mientras se presenta, me muevo por la habitación, agarro un vaso y lo dejo. El piso se ha vuelto pequeño y extraño y yo me siento aturdida y ajena a él.

—Su hermano ha sufrido un ataque —dice el médico.

Sigue con vida. Nunca sé cuánto debo asustarme cuando recibo estas llamadas, como si alguien fuese a darme las peores noticias en persona. Cierro los ojos, sin apartar el auricular de la oreja, mientras el doctor me pregunta si necesito indicaciones para llegar al hospital St. Thomas, en

Lambeth. Me pongo unos vaqueros y una sudadera y corro escaleras abajo hasta Farrington Road a por un taxi.

Es pasada medianoche y no hay tráfico. Dieciséis minutos después cruzamos el puente de Blackfriars.

—¿A qué entrada va? —pregunta el taxista.

—A urgencias, por favor —digo, y mi voz suena distante, como si tuviera los oídos taponados con agua.

Me presento en urgencias y espero al médico de mi hermano, que me explica las circunstancias del ataque epiléptico que ha sufrido. Robbie se desplomó a las puertas de una estación de autobuses. Una testigo llamó a una ambulancia. Tuvo una crisis tónicoclónica generalizada.

—¿Le han hecho un electrocardiograma?

El doctor asiente.

—Los resultados son normales.

—¿Cuánto tiempo estuvo inconsciente?

—Tres minutos.

Hago una mueca de dolor. No puedo dejar de imaginarlo convulsionándose. Al menos había alguien con él. La testigo se quedó a su lado hasta que llegó la ambulancia. Cuando aparecieron los técnicos de emergencias, la mujer lo cogía de la mano.

—¿Le han dicho que ingrese en un programa de desintoxicación?

—Aún no ha aceptado hacerlo —contesta el doctor.

Cuando encuentro su habitación, mi hermano está sentado en la cama. Está lo bastante delgado como para que se le vean los tendones del cuello.

—Hola, Robbie.

—Hola.

Lo abrazo y lo beso en un lado de la cabeza.

—¿Estás dolorido?

—Un poco.

Esta noche no hablaremos del programa de desintoxicación. Necesita descansar. Le han dado un tranquilizante para ayudarlo con el síndrome de abstinencia, pero todavía suda y, desde que he entrado en la habitación, se rasca el brazo.

Se hace a un lado para me sienta en la cama junto a él y vemos un concurso de cantantes. Robbie hace chistes sobre la actuación. Todavía es gracioso, sigue siendo un buen imitador. Todo lo que conforma su personalidad —su bondad, gentileza e inteligencia— sigue presente, pero el tramadol ha cambiado su aspecto y su sonido. Ya no huele como él.

Cuando termina el programa, me levanto para irme.

—¿Estás cómodo? ¿Necesitas más agua?

—Estoy bien.

—Vendré mañana por la mañana. ¿Seguro que tienes todo lo que necesitas?

Asiente.

—Me han traído mi mochila.

Al lado de su cama, al alcance de la mano, hay una mochila roja.

Bajo en el ascensor. Espero el autobús nocturno. Abro la puerta de mi piso, de vuelta a mi cálida cama, mi nevera llena, mi trabajo, mis amigos y mis compromisos. Pienso en mi hermano intentando dormir en el hospital abrazado a su mochila.

Hace tres años, cuando tenía veinticuatro, Robbie me llamó al trabajo.

—Creo que me he hecho algo en la rodilla.

Se había doblado la pierna mientras jugaba a fútbol sala.

—¿Te duele?

—Mmm —masculló—. No mucho. —Lo que significaba que era insoportable.

—Tienes que ir a urgencias.

—Esta tarde tengo clase.

Estaba en un programa de posdoctorado de ingeniería mecánica en la Universidad de Bristol. Quería diseñar robots para fabricar prótesis ortopédicas.

—Ya la recuperarás.

Esa noche conduje hasta Bristol. Se había desgarrado un ligamento cruzado de la rodilla derecha y tenían que operarlo. El primer hueco libre era en seis días. Me recuerdo en su cuarto de baño, cepillándome los dientes y diciendo:

—¿Qué te han dado para el dolor?

—Tramadol —contestó.

Le pedí que me enseñara la caja. Su médico le había recetado cincuenta miligramos al día. El tramadol es un opioide, como la codeína o el fentanilo, y es adictivo. Le pregunté si había leído el prospecto, si comprendía los riesgos, y entonces —y esta es la parte que nunca comprenderé, ni me perdonaré— le devolví la caja.

Debería ser sencillo. Le recetaron un medicamento para el dolor. Ya no le duele y debería ser capaz de dejarlo.

Lo ha intentado. Cuando deja de tomar tramadol, tiene mono. Le zumban los oídos y el zumbido se hace cada vez más fuerte. Siente pinchazos en piernas y brazos. No puede dormir. Tiene náuseas, como si se mareara, y no se le pasan ni siquiera después de vomitar hasta que solo escupe bilis. Se vuelve torpe, le moquea la nariz y le suda la piel. Una voz constante le dice al oído que en realidad no es buena persona y que es patético. Él quiere ignorarla, pero está cansado.

Ha intentado dejarlo cuatro veces, que yo sepa. Probablemente habrán sido más. Le he concertado citas en centros de desintoxicación y rehabilitación y ha estado a punto de ir, pero siempre se echa atrás.

Ahora me cuesta creer lo normal que fue todo la noche de la lesión, en su casa de Bristol. Recuerdo a Robbie decepcionado por no poder jugar al fútbol en verano y a mí preocupada por pedir días libres en el trabajo para ayudarlo después de la operación. Hablamos, pusimos el lavavajillas y nos fuimos a dormir, con la caja de tramadol en la encimera de la cocina.

Tendría que haberlo sabido. Nunca se le había dado muy bien cuidarse. Se olvidaba de comer, se pasaba las noches en vela estudiando y no usaba el inhalador ni siquiera cuando el asma le dificultaba la respiración.

Robbie se parece a nuestro padre. A veces me pregunto si esa no será la razón por la que se maltrata. Es la única forma de venganza que puede llevar a cabo.

Han pasado tres años. Ahora compra el tramadol por internet y toma seiscientos miligramos al día. Tendrá más ataques si no para, o le pasará algo peor.

El año pasado le compré un lápiz de naloxona. En caso de sobredosis, tiene que colocarlo contra el muslo y presionar; la naloxona impedirá que se quede sin respiración. Yo también llevo uno, aunque hay muy pocas posibilidades de que esté presente cuando tenga una sobredosis.

Cuando vuelvo al hospital por la mañana, Robbie está en la cama, bebiendo zumo de un vaso con una tapa de papel de plata.

—Te he traído unos libros.

Le gustan las novelas gráficas desde que era pequeño. Le pedí al librero que me recomendase alguna.

—Gracias —contesta mientras las examina—. Oh, quería leer esta. Tuvo muy buenas críticas.

Le miro la pierna bajo la sábana. Hizo fisioterapia para la rodilla y se ha curado bien. Puede caminar y correr sin problemas. Esa lesión apenas debería haber afectado a su vida.

—Quieren que te quedes setenta y dos horas.

—Lo sé.

Le entrego el folleto de Penbridge y espero a que lo abra. Es un programa de veintiocho días en una vieja casa de ladrillo en Oxfordshire. Con un gran jardín y buena comida. Sé que eso en realidad da igual, pero quizá me ayude a convencerlo.

—¿Lo pensarás?

—Sí.

Mi hermano solo tenía catorce meses cuando tuvo lugar el asesinato. No recuerda nada. Se lo contamos cuando cumplió dieciséis. Creo que se lo tomó peor. Está muy enfadado. Los dos lo estamos, pero a él se le nota más.

13

Alice aceptó la solicitud de amistad cuando estaba en el hospital con Robbie. No comparte publicaciones a menudo, quizá una o dos veces por semana, pero hace cuatro años que tiene la cuenta. No sé cómo registrar toda la información, el contenido de las fotos, los lugares, los pies de foto, los comentarios y sus réplicas. Abro una hoja de cálculo, etiqueto las columnas y empiezo a llenarlas. No tardo en rellenar una docena de columnas y solo he mirado las dos primeras semanas de fotos.

Alice tenía veintiocho años cuando se abrió el perfil. Aún vivía en San Francisco y trabajaba en un restaurante de Presidio. La mayoría de las fotos se hicieron en exteriores, durante excursiones y acampadas en Big Sur, Point Reyes y Bolinas. Hay una foto suya nadando en el lago Mirror, en el parque nacional de Yosemite. La siguiente muestra a una amiga suya —creo que la más íntima, una mujer llamada Amelia— al otro lado de una fogata. Luego, aparece la misma amiga en una boda. Invitan a Alicia a muchas bodas. Una en Cumbria, otra en Provence y otra en Ashdown, la de su primo.

La foto de Ashdown muestra ovejas pastando en el césped al fondo de la ceremonia. Todas las ovejas llevan guirnaldas verdes que alguien ha entretejido y se las ha puesto para la boda. Qué manera más demencial de gastar el dinero, aunque lo cierto es que son bonitas.

Hace dos años, publicó la foto de un hombre llamado Matthew vestido con botas de esquí y camiseta térmica. Desde ese momento, sale mucho en sus fotos. Una de ellas es en un mercado nocturno de Hong Kong. Debía de hacer calor; ella lleva un vestido corto blanco y sandalias y le sonrío mientras Matthew le rodea los hombros con el brazo. Unos meses después, hay una foto de él en un sofá, con un árbol de Navidad detrás y montones de papel de regalo en el suelo. No se ve mucho más, pero basta para saber que es la sala de estar de Ashdown. En la última foto de él, Matthew sostiene una botella de jerez con una etiqueta escrita a mano que dice: «Bébeme».

Alice volvió a Inglaterra hace cerca de un año. Colgó una foto de sus nuevas llaves y de la comida china que pidió mientras deshacía las maletas, pero no dijo por qué se mudó ni por qué Matthew no la acompañó. Abrió la empresa de *catering* poco después de regresar a Londres y empezó a publicar más fotos de comida. Langostinos con mantequilla, *linguine alle vongole* y paella. Una mesa de madera en un prado con un portátil, un cuaderno y una

porción de bizcocho de aceite de oliva. «Mi despacho», dice el pie. Es algo que había hecho antes: colgó una foto de su ordenador en el sur de Francia, con una copa de rosado y una bandeja plateada con hielo y ostras. «Almuerzo de trabajo», ponía en el pie.

Su amiga Amelia aparece pocas veces tras la mudanza, aunque hay una foto de su bebé, el ahijado de Alice, con un mono a rayas, los ojos arrugados y cerrados y una naricilla respingona.

El verano pasado, Alice publicó una foto de dos amigas, con mallas y jerséis, en la terraza de Ashdown, rodeadas de tazas de té y periódicos. Parecía que acabaran de despertarse. Estudio la foto y se me acelera el pulso. Conque invita a sus amigas a casa de sus padres.

A las cuatro hago una pausa para pasear a Jasper. Me meto por la calle principal. Hay pilas de basura fuera de los cubos y octavillas de un servicio de reparto esparcidas por las puertas o pisoteadas por el suelo. En la carretera, hay una caja de comida a domicilio aplanada y un hueso de pollo con algo de ternilla.

Veo mi reflejo en la ventana de un *pub* y pienso: «Mira en qué estado estás». Llevo un impermeable, abultado encima del jersey, y unos vaqueros demasiado ceñidos y tengo el pelo encrespado por la lluvia. Intento alisar el impermeable y el pelo. Paso ante la gente que se resguarda bajo la marquesina del *pub* sin mirar a nadie a los ojos.

Sé lo que Alice fotografiaría aquí: la hilera de viejas farolas de hierro forjado de Clerkenwell Green. Aunque, probablemente, no lo publicaría.

Seguimos caminando casi una hora en la llovizna y, poco a poco, el efecto se me pasa. Es como salir del cine por la tarde.

El domingo por la mañana vuelvo al hospital a ver a Robbie. Parece mejor, aunque no ha pasado buena noche, a pesar de los somníferos que le dan. De vez en cuando, un temblor le recorre el rostro. Hace meses que no pasaba tanto tiempo sin tramadol.

Hablamos, vemos un partido del Arsenal y jugamos a las cartas. Quiero hablarle de Alice, del plan que está tomando forma, pero sería egoísta; no debe pensar en eso ahora. Ha aceptado ir a Penbridge en cuanto pasen las setenta y dos horas. Puede que esté a punto de acabar, que casi lo haya superado.

El fundador de una de las empresas que vende tramadol tiene una mansión en Maida Vale. La pasada primavera, la madre de un chico de Irlanda del

Norte que murió por una sobredosis de tramadol hizo una sentada durante tres semanas delante de su casa en protesta. Le llevé un termo con té y sándwiches, aunque dijo que no lo necesitaba, que la gente le llevaba más comida casera de la que podía comer.

El lunes por la mañana envió a Alice un correo tras reescribirlo mentalmente una docena de veces a lo largo del fin de semana. Digo que nos conocimos en la función del Royal Court y le pregunto si estaría disponible a finales del verano para encargarse de la fiesta de aniversario de mis padres.

Hasta las dos no tengo un hueco entre pacientes para mirar el móvil. Alice ha contestado de forma breve y educada; agradece mi correo y me pregunta si podemos hablar por teléfono sobre la fiesta. Le respondo cuál es mi horario y luego escribo: «O podría pasar por sus oficinas».

«Aún no tenemos oficinas», dice. «Pruebo todas las recetas en casa. Vivo en Chelsea. ¿Te vendría bien?».

Acordamos vernos el jueves a las siete y media y me da la dirección de su casa.

Después de trabajar, compro una lata de betún y escucho la radio mientras limpio mis botines. No dejo de pensar en una foto del perfil de Alice. No sé por qué me enfada tanto esa, no es peor que las otras.

Muestra una bañera en Ashdown cruzada por un tablero de madera. Sobre el tablero hay una gruesa novela y una taza de té verde. La bañera está ante una ventana con la persiana subida. Fuera, se ve un paisaje de tarde invernal, con árboles sin hojas y nubes oscuras. En el césped se distinguen algunas ovejas. Debió de hacer la foto desde dentro de la bañera, aunque no se le ve el cuerpo. «¿Cuánto tiempo estarás por ahí?», preguntó un amigo, y Alice escribió: «Solo he venido a pasar el día».

No estoy exactamente enfadada. Tengo celos. Puede ver a su madre siempre que quiera.

Mamá me esperaba en la puerta del colegio, con Robbie en el cochecito. Llevaba medias y un abrigo de lana. El cochecito era un Silver Cross, alto, pesado y «completamente inútil en la ciudad», decía mi madre a menudo. Cuando llegamos a nuestra calle, Robbie empezó a llorar y ella dijo: «Ya casi hemos llegado». Yo caminé a su lado con mi uniforme, falda y chaqueta de color azul marino, delante de la hilera de altas casas blancas con números negros.

Mamá tomó a Robbie en brazos y subió corriendo la escalera de la entrada. Lo dejó en el vestíbulo, llorando, y yo me agaché a su lado hasta que ella volvió a aparecer, chocando el carrito contra los escalones. Una vez cerró la puerta, estrelló el carrito contra la pared. No era la primera vez; había marcas en la escayola de todo el vestíbulo.

Mamá subió a Robbie al piso de arriba y yo bajé a la cocina a ver a Emma.

—Hola —dijo y me dio un beso—. ¿Me ayudas a cocinar?

Emma era nuestra niñera, aunque se parecía tanto a mamá que mucha gente daba por hecho que era nuestra tía, cosa que me gustaba.

—Estoy preparando una tarta tatín —comentó Emma.

Llevaba un delantal azul marino y una camisa blanca debajo. El delantal era de ella; la camisa, de mamá.

Emma solía tomarle prestado a mamá tanto ropa como casetes. Se servía vino de la bodega, cogía libros de las estanterías y comía de lo que había en nuestra nevera. Cada vez que preguntaba, mamá se encogía de hombros y decía: «Adelante. No lo he pagado yo». Parecía que le gustaba la idea de que Emma y ella saquearan el contenido de la casa, pagado por mi padre o por mi abuela.

Emma había llegado a casa nueve meses antes, poco después de que nuestro padre se marchara, y mi madre y ella se habían hecho muy amigas en ese tiempo.

—Vivir bajo el mismo techo es un acelerante —dijo mamá.

—Como la universidad —añadió Emma, y mamá estuvo de acuerdo, aunque ninguna de las dos había ido.

Se peleaban con frecuencia y se gritaban por las escaleras, suspiraban sonoramente y musitaban «Esta mujer es imposible». Y a menudo se reían

tanto que tenían que apoyarse en la encimera de la cocina entre resuellos y con lágrimas en los ojos.

Emma cocinaba y mamá limpiaba. Se turnaban para sacar la basura. A Emma se le daba mejor hacer que Robbie durmiera la siesta, pero él todavía quería que mi madre lo tomara en brazos o la seguía con la mirada en cuanto entraba en la habitación.

Durante la semana, cuando no se ocupaba de nosotros, Emma iba a audiciones y a ensayos y, a veces, compraba entradas de oferta para el teatro. Su dramaturga favorita era Caryl Churchill; había visto *Fen* en el Almeida doce veces. Dejaba guiones encuadernados por toda la casa y en ocasiones me leía algunas partes en voz alta.

Esa noche, Emma esperaba noticias de una audición. Siempre cocinaba en exceso cuando esperaba. Los productores se estaban decidiendo entre otra actriz y ella y ese fin de semana anunciarían su decisión.

—Se toman su tiempo, ¿eh? —dijo Emma.

Yo asentí. Ella suspiró, se pasó el dorso de la mano por la frente y se despeinó. Tenía los ojos color avellana y un anillo negro alrededor del iris.

Había pasado las semanas anteriores a la audición hablando con el acento del personaje. Siempre se preparaba mucho cada papel y había aprendido a tocar el piano para un personaje.

—¿Tienes que tocar el piano en el escenario? —preguntó mamá.

—No —contestó Emma—. Lo hago por mí. Para construir el personaje.

Al final de la planta baja, unas puertas de cristal daban al jardín trasero y al apagado cielo gris. Pegué la cara al frío cristal. Alguien se movía detrás de la puerta de la valla. Daba a un callejón que solía estar vacío. Miré un rato, pero no vi más movimientos.

—¿Puedes lavar las manzanas para la tarta? —preguntó Emma, y las llevé al fregadero.

Dejé las manzanas mojadas en la tabla y Emma las cortó con un pesado cuchillo para trinchar. Mamá bajó enseguida con Robbie y lo puso en la trona. Él se revolvió bajo las correas y movió la cabeza de un lado a otro mientras ella intentaba darle de comer un potito con la cuchara. Le dio pasta, que tiró al suelo, y luego un poco de plátano. Robbie se echó a llorar e inclinó sobre la bandeja su cuerpo rechoncho mientras aplastaba el plátano con las manos.

—Muy bien —dijo mamá y lo sacó de la trona para volvérselo a llevar arriba. Minutos después, oímos que el agua golpeaba la toalla.

Puse un trapo bajo el grifo y limpié la trona.

Mientras la tarta se enfriaba en la nevera, Emma calentó la sopa de pollo que había preparado antes. La cazuela burbujeó y llenó la cocina con el aroma del caldo. Comimos en la larga mesa de roble del comedor. Era para ocho personas, pero nunca se llenaba, no desde que nuestro padre se había ido de casa.

Vivía en un piso a pocos minutos de camino y lo veíamos los fines de semana. Mamá siempre se iba de casa antes de que viniera a recogernos. A veces me preguntaba qué habíamos hecho o de qué habíamos hablado con él y escuchaba con expresión serena mientras se hurgaba con las uñas la piel de alrededor de los pulgares.

Mamá bajó con el vestido salpicado de agua y Emma le señaló la cazuela en el fogón.

—Queda un poco —dijo.

—Gracias —contestó mamá, pero no se sirvió ni se unió a nosotras en la mesa.

Llenó una copa de vino blanco y salió. El jardín estaba oscuro, pero la veía gracias a la luz de la cocina, de pie y abrazándose. Las cucharas tintineaban contra los cuencos mientras Emma y yo hablábamos del concierto de invierno de la escuela y de una amiga suya que ese fin de semana rodaba un corto en Battersea Park; me preguntó si quería que fuésemos a verlo. Oímos un llanto procedente del cuarto de Robbie hasta que se calló.

—Debe de haberse cansado —comentó Emma.

Apagó la vela y, de ella, se elevó un hilillo torcido de humo.

Mientras la tarta tarín se horneaba, yo hacía los deberes y Emma leía *La fiesta de cumpleaños* con los pies cruzados encima de la mesa. Tenía la parte inferior de las medias cubierta de polvo y las suelas grises. Había dejado la luz del horno encendida y, bajo ella, la bandeja y las paredes chamuscadas brillaban. Sonó la alarma del temporizador y Emma puso un disco de Nick Cave. Nos comimos la tarta mientras lo oíamos cantar.

Daisy bajó las escaleras saltando. La coneja enana holandesa, blanca con manchas marrones, era un regalo de mi padre. El día anterior, Emma había vuelto del jardín con el conejo en brazos. Lo había encontrado en el callejón. Alguien había dejado la puerta abierta. Daisy se paró sobre las patas traseras, con las patitas delanteras dobladas sobre el pecho y moviendo los bigotes. Me puse una gota de extracto de vainilla en el dedo y ella la lamió.

—Ya empieza —gritó mamá desde arriba y subimos a ver *House of Eliott*.

En el sofá, me recosté contra mamá. Cuando ella bostezaba, la caja torácica se le expandía y me tocaba. Me rodeó con el brazo, entrechocando las

pulseras, y yo me pegué a ella, con el oído en su pecho. La oía tragar saliva y aclararse la garganta. Olía a vino blanco y naranjas.

Apoyé la cabeza en su regazo y ella me acarició el pelo. En la pantalla, Charles seguía a Bea al tejado del hotel. Mamá dejó de acariciarme con la mano y, luego, continuó.

Dos horas después, Emma leía un guión en la encimera de la cocina. Los demás nos habíamos ido a la cama y todo estaba en penumbra; la única luz que había provenía de una lámpara del techo. Un hombre entró en la cocina. Llevaba guantes y empuñaba una tubería de acero.

Cuando Emma lo vio, extendió la mano sobre la encimera para coger el pesado cuchillo de trinchar del escurrerplatos. Estaba demasiado lejos. Intentó acercarlo, pero se inclinó, cayó al otro lado de la encimera y el cuchillo quedó fuera de su alcance.

El hombre golpeó a Emma en la cabeza y a ella le fallaron las piernas. La chica le dio patadas y lo arañó y el intruso retrocedió hasta que dejó de estar atrapada tras la encimera. La puerta del jardín seguía abierta y Emma forcejeó con él para llegar hasta ella. El suelo estaba cada vez más resbaladizo. Estaba a punto de llegar a la puerta. Se defendió de él, en un intento de bloquear sus golpes. El hombre volvió a pegarle y ella siguió forcejeando incluso mientras el cráneo se le inundaba de sangre.

Mama oyó ruidos en la planta baja y, cuando salió de su cuarto, se lo encontró en el descansillo. Intentó pasar por su lado y huir por la puerta principal, pero él la agarró del brazo y le arañó el pecho con el borde cortante de la tubería. Lo apartó de un empujón, pero él le estrelló la cabeza contra la pared. Cuando recuperó el conocimiento, la tenía acorralada y le daba puñetazos.

El hombre llevó la mano al cuello de mi madre. No podía respirar, la estaba asfixiando. Le golpeó con la rodilla en la entrepierna y él se apartó.

Faye se tambaleó hacia la puerta, hasta llegar a la calle, y corrió al Blacksmith Arms. Entró en el *pub* descalza, con el vestido y las medias bañadas en sangre, y dijo:

—Socorro.

Arriba, en mi cuarto, oí un sonido ronco y desgarrado. Como si alguien tratara de respirar con dificultad. Al principio, pensé que eran imaginaciones mías.

Entonces se oyó un golpe, lo bastante fuerte como para hacer temblar la pared de mi habitación, y el sonido se detuvo. Cerré los ojos, pero el cuerpo me temblaba bajo las sábanas.

Primero fui al cuarto de mamá, pero su cama estaba vacía y las sábanas estaban retiradas. Bajé las escaleras en la oscuridad. La puerta principal estaba abierta y el aire frío entraba en la casa. Me castañeteaban los dientes.

Mamá nunca habría dejado la puerta abierta. Pensé que debía cerrarla, por si había alguien fuera, pero no conseguí animarme a hacerlo. Junto a la puerta había algo húmedo. No lo veía bien en la oscuridad, pero se desplazaba y goteaba por la pared.

Sentía los latidos del corazón en la piel de todo el cuerpo. Conseguí bajar a la cocina. El tenue círculo de luz de la lámpara colgante iluminaba el guión de Emma y la copa de vino tinto, y todo estaba inmóvil y silencioso.

Alguien había tirado el escurrplatos al suelo y uno de los cuchillos estaba junto a mi pie. Noté en el aire un espantoso olor a óxido. Rodeé la encimera. Emma estaba en el suelo, bocarriba, con el brazo doblado encima cerca de la cara. La cocina estaba a oscuras, pero advertí que tenía la cabeza húmeda.

Gateé hasta ella. El suelo estaba resbaladizo bajo mis manos y rodillas. Le aparté el pelo húmedo del rostro, pero tenía los dedos gruesos y torpes. Me acerqué más, hasta que vi las manchas de vino tinto que tenía en las comisuras de la boca. Olía a sándalo.

Oí voces y pensé que los que le habían hecho daño a Emma habían regresado, así que corrí para esconderme en la habitación contigua. Me arrastré tras un sillón y miré fijamente la tela mientras me tapaba la boca con las dos manos. En lo alto de las escaleras, alguien encendió las luces de la cocina y yo escondí la cabeza bajo los brazos.

Un hombre se agachó para cogerme. Yo no paraba de emitir el mismo sonido agudo y él me dijo:

—Ya ha pasado todo, cariño, estás a salvo, estás a salvo.

Me levantó y yo le rodeé el cuello con los brazos y pegué la boca abierta a su abrigo. Me dijo que cerrase los ojos.

—Contaré hasta cero y, entonces, podrás abrirlos.

Pero los abrí demasiado pronto y, por encima de su hombro, vi a Emma bocarriba, con la luz encendida. Se le había saltado el esmalte dorado de una uña y en el dorso de una mano aún se veía el sello de un concierto al que había ido la noche anterior. A su alrededor, el suelo estaba cubierto de rojo, al igual que yo. Tenía manchadas las piernas, los brazos y el camisón.

Por la mañana, la policía encontró el coche de mi padre a unos cien kilómetros al sur de Londres, abandonado en un campo junto al canal. Tenía una puerta abierta y había manchas en el asiento delantero, como si el conductor hubiera estado empapado de sangre de los pies a la cabeza.

Segunda parte

En el extranjero

Empezaron la búsqueda en el campo junto al canal, donde encontraron el coche. Enseguida hubo docenas de agentes buscándolo. La policía no sabía si parte de la sangre era de él, si lo habían herido en el ataque o si se había arrastrado hasta algún lugar cercano para morir.

El campo daba a un risco, con una caída a pico hasta el agua. Una lancha neumática con buzos de la policía peinó los alrededores del promontorio. Existía la posibilidad de que hubiera saltado. Encontraron su cartera en el coche, con dinero dentro. No había intentado limpiar las manchas de sangre del asiento y el coche estaba en un campo a la vista del pueblo, donde lo verían fácilmente.

Si no saltó, puede que bajase andando hasta el pueblo, Newhaven, y subido a un transbordador que cruzase el canal hasta Francia. Quizá dejara el coche junto al risco de forma deliberada, para hacer que pareciese un suicidio. Para cuando encontraron el vehículo, ya habían salido dos barcos. Los agentes de policía interrogaron a todos los que se encontraban en el puerto e inspectores franceses esperaron en Dieppe para registrar los transbordadores cuando llegasen.

La búsqueda se extendió por todo Newhaven. La policía llamó a puertas, subió a áticos y registró la hilera de casetas pintadas de la playa. El pueblo rodea un puerto y los oficiales del muelle buscaron manchas o huellas bajo amasijos de redes y boyas. Se ordenó a todo el que tenía un barco en Newhaven que comprobara si se lo habían robado. Mi padre tenía experiencia con barcos, se había criado navegando en los ríos y lagos de los Broads de Norfolk.

Un centenar de reservistas del ejército se unió a la búsqueda. Concedieron a la policía más recursos de lo habitual. No querían cometer ningún error; la noticia aparecería en la primera página de todos los periódicos de la nación.

Los soldados y la policía peinaron toda la zona de Newhaven hasta llegar a las colinas del South Downs, donde utilizaron guadañas para abrirse paso a través de las aulagas. Buscaron toda la noche mientras la lluvia se tornaba aguanieve.

El segundo día de búsqueda se denunció la desaparición de una lancha motora. Una pequeña barca de madera, blanca y con una franja verde. Un hombre de la localidad tenía seis, que alquilaba a los turistas, y ahora solo había cinco.

La barca tenía un motor fueraborda y un timón. Era para trayectos cortos, pero en teoría podía cruzar el canal. El propietario no sabía cuándo había desaparecido, ya que no alquilaba ninguna desde agosto. Unas semanas antes había caído una fuerte tormenta, por lo que era posible que la barca se desamarrase entonces.

Se parecía a la barca que mi padre y mamá alquilaron en Positano varios años antes. Navegaron en ella con una botella de vino y *grissini*. Me contaron que mi padre se quedó dormido y que no se dieron cuenta de lo fuerte que era la corriente. La barca se alejó tanto de la costa que no volvieron hasta que hubo oscurecido. Yo creo que estaba borracho, pero se saltaron esa parte. Debió de sucederle más rápido de lo habitual, ya que había pasado todo el día al sol. Mamá podría haber reaccionado de haberse dado cuenta. Pero estaba a su lado, dejándose rodear por sus brazos y permitiendo que el barco se alejara demasiado de la costa.



Cuando leo sobre la búsqueda me ocurre algo extraño. No me parece que tenga algo que ver con los días inmediatamente posteriores que pasamos en Londres, ni con lo que sucedió en la casa, ni con la persona que soy ahora.

La búsqueda parece organizada. Miro una fotografía de los policías en el campo y no me creo que esperasen encontrarlo en ningún momento.

Hace seis años, conduje hasta Newhaven. Recorrí el campo donde encontraron el coche y me asomé al risco. Abajo había muchas rocas. Habría que tener mucho cuidado para evitarlas si se quería aterrizar en el agua. Pero sé que no saltó. Sus amigos no se habrían arriesgado tanto para protegerlo de no saber que estaba vivo.

Los días posteriores fueron tranquilos y apagados. Llovía, yo no podía comer y dormía mucho. Mamá seguía en el hospital y nos quedamos con Sabrina en su piso de Edgware. No recuerdo haber salido de allí. Sabrina me leía y jugábamos con Robbie. No tenía ni idea de lo que sucedía mientras tanto. De la enorme y frenética búsqueda. Sabrina me ocultaba las noticias, pero no recuerdo haber sentido curiosidad. No sabía que mi padre fuera sospechoso. Creía que había sido cosa de unos ladrones.

Mientras la policía registraba los Downs en busca de mi padre, Sabrina me envolvía las manos en una toalla caliente. Me secaba la palma de las manos y entre los dedos. Yo esperaba que, al acabar, hubiera manchas rojas y marrones en la toalla, pero ya no quedaba nada. La noche anterior, Sabrina me había metido bajo la ducha en cuanto llegamos a su piso.

Me frotó los nudillos y la piel entre los dedos y, luego, llenó un cuenco con guijarros y agua caliente.

—¿Para qué son? —pregunté.

—Ni idea —contestó.

Cuando agitaba los dedos, las piedras chocaban entre sí. Era un sonido agradable, como el de los guijarros de la playa, y volví a hacerlo.

Me había preparado un nido con edredones y un oso de terciopelo en un lado de su cama. En algún momento de la noche, grité tan fuerte que me reventé las venas de encima de un ojo, que dejaron una hilera de brillantes puntos rojos.

Sabrina agitó un bote de esmalte de color coral. Las pintó con cuidado, pasando el pincel por cada uña. El olor del esmalte me invadió la nariz y quemó los aromas de la noche anterior.

Aún no se me habían secado las uñas cuando Sabrina me llevó en coche al hospital para ver a mamá. Una enfermera nos condujo por el pasillo hasta una habitación donde mamá escupía sangre en una taza. Al vernos, se limpió el líquido rojo de la boca con el dorso de la mano. No me aparté de la puerta. Sabrina ya estaba al lado de mamá. La besó, cogió la taza sucia y pidió agua a la enfermera.

Mamá miró más allá de Sabrina, en mi dirección, primero esperanzada y, luego, entristecida al darse cuenta de que le tenía miedo. Aún tenía sangre alrededor de la boca y Sabrina le pasó un pañuelo de papel. Me acerqué a ella.

Tenía las mejillas amoratadas e hinchadas, como si le hubieran metido manzanas por debajo. Intentó ocultar un lado de la cara, pero vi dónde le habían afeitado el pelo rubio y tenía el cuero cabelludo agujereado por puntos negros. El camisón de hospital era tan fino que se le veían los vendajes del pecho y el estómago. Se llevó la mano a uno como si le pasara algo debajo o le doliese.

Me senté en la cama a su lado y ella me dio la mano, pese a tener dos dedos entablillados.

—Lo siento —dijo—. Sé que no es fácil verme así, pero tengo que decirte algo. —Hablabas despacio, intentando no farfullar—. Tu padre estaba enfadado conmigo. No contigo.

No entendí por qué me decía eso. No se me había ocurrido que pudiera estar enfadado conmigo, aunque yo sí que estaba furiosa con él. No debería haberse mudado al piso de Ebury Street, debería haber estado en casa para ayudar a Emma y a mamá a luchar contra los intrusos.

—Te quería mucho —añadió. Luego, se interrumpió y bajó la mirada a su regazo. Le costaba respirar. Sabrina lloraba detrás de ella, con la cara levantada y los ojos cerrados—. Tu padre nos hizo daño a Emma y a mí.

—¿Lo obligaron? —pregunté.

—¿Quiénes?

—Los ladrones.

—No. No había ladrones. El único que vino a casa fue él.

Yo asentí, pero solo para que se callara. No la creí.

Al día siguiente, mientras Sabrina bañaba a Robbie, llamé a mi abuela. Respondió otra persona —alguien del servicio— y esperé, con la mirada en la puerta y escuchando el agua que corría en la bañera.

—¿Dónde está papá? —pregunté cuando se puso.

—No lo sabemos —contestó mi abuela. Su voz sonaba aún más crispada por teléfono.

—Mamá dice que le hizo daño.

—Está confundida. Cualquiera lo estaría en su estado. Tu padre pasaba por delante de casa cuando vio una pelea en la planta baja. Entró para ayudar y el hombre huyó.

No me tranquilizó, no del todo; ya sabía que mamá se equivocaba.

—Se ha ido de viaje para aclararse. Volverá pronto y todo se solucionará.

Dijo que lo sabía porque le había escrito una carta.

—¿Me ha enviado una carta a mí? —pregunté.

—No lo sé —respondió mi abuela—. ¿Dónde estás? Miré por la ventana e intenté inventarme una mentira. —En el piso de Sabrina.

Mi abuela suspiró.

—Deberías estar con tu familia. —Había hecho mal al llamarla y ese sería mi castigo: la fría casa de Norfolk—. Me gustaría hablar con Sabrina.

En el baño, Sabrina colocó a Robbie encima de una toalla y me cogió el teléfono mientras lo acunaba con un brazo.

—Hola, Deborah —saludó. Me miró y yo bajé la mirada, avergonzada—. Mmm, no. Faye quiere que los niños se queden aquí. —Se marchó a la salita, pero aún la oía—. ¿Quieres venir a verlos? —Hubo una larga pausa y, entonces, dijo—: Creo que mientras Faye esté en el hospital sería mejor no meter a los abogados, ¿no te parece?

Cuando terminó la llamada, Sabrina se dirigió a la cocina y empezó a golpear una bolsa de fresas congeladas contra la encimera.

—Perdona —dije.

—No pasa nada. Es tu abuela, puedes llamarla. —Sabrina echó un puñado de fresas en el vaso de la batidora y añadió leche—. ¿Quieres miel? —Como no respondí, dijo—: Cariño, tienes que intentar comer algo.

—Papá le envió una carta. —Pareció que a Sabrina le llevó mucho tiempo cruzar la habitación para detenerse delante de mí—. Se ha confundido. Mamá cree que fue él, pero no es así.

Sabrina se quedó paralizada.

—¿Desde dónde le envió esa carta?



Cuando mi abuela me lo contó, ya había llevado la carta a la policía. Mi padre debió de incluir instrucciones para que ella la convirtiera en una prueba exculpatoria. El matasellos indicaba que la había enviado desde Sussex, desde el pueblo donde vivían Rose y James Fraser.

En sus memorias, el inspector que dirigió la investigación describió el interrogatorio a Rose.

—¿Fue Colin Spenser a su casa el 18 de noviembre?

—Sí.

—¿Por qué no nos lo dijo?

—No me pareció relevante.

Aquella noche, Rose se encontraba sola en la casa. James trabajaba en Londres y Alice estaba en el internado. Tal como lo contó, se sorprendió al ver el coche de mi padre en la puerta. «Estaba muy afectado», dijo Rose. «Hablabla casi de forma incoherente».

Mi padre le dijo que había visto algo por la ventana y que había entrado para ayudar. El atacante huyó, pero mamá estaba muy malherida y confundida y lo acusó de haber intentado matarla.

—¿Por qué no llamó a la policía? —preguntó el inspector.

—Se asustó —respondió Rose—. Pensó que no lo creerían si era su palabra contra la de ella. Faye sabe ganarse a la gente.

Cuando el detective mencionó las manchas del coche de Colin, Rose dijo que sí, que cuando llegó a su casa tenía sangre en la ropa, que había intentado reanimar a Emma, que había mucha sangre y que no era consciente de haberse manchado. Rose le dio algo de *brandy* para que se recuperara de la conmoción y él prometió que llamaría a la policía por la mañana para explicar lo ocurrido. La esposa de James dijo que Colin se fue a la cama, pero que, cuando ella despertó por la mañana, ya no estaba.

Rose es abogada. Debió de medir cada palabra para evitar que la acusaran de obstrucción a la justicia.

La policía fue a Ashdown. He visto fotos aéreas de la búsqueda; el camino estaba lleno de vehículos y algunos tuvieron que aparcar en el césped. Docenas de agentes con trajes desechables blancos registraban a gatas la terraza y el césped. Junto a los establos había más agentes y dos aparecen quitando la cubierta de la piscina. Uno estaba de pie en el jardín vallado; tenía una apariencia fantasmal con el mono blanco. Resultaba muy extraño. Estaba lejos de los demás, como si se hubiera perdido.

Ya habían pasado cuarenta y ocho horas del asesinato y la policía pensaba que mi padre nunca había estado en Newhaven, que uno de sus amigos había dejado el coche en el campo como señuelo, que todo el registro de South Downs había sido inútil. Rose negó haber llevado el coche de mi padre a Newhaven.

—¿Adónde fue lord Spenser cuando se marchó de su casa? —preguntó el inspector.

—No lo sé. Pero espero que vuelva pronto.

Dos inspectores aislaron a los trabajadores del servicio y los interrogaron dentro de una de las furgonetas aparcadas en el césped. Llevaron fotografías.

La primera era de Emma en el puente Marie, sentada en el muro con un jersey y los vaqueros remangados. Tras ella se ve un hotel de la isla de San Luis, con pequeños toldos amarillos en cada ventana. Llevaba el pelo suelto sobre los hombros y sus ojos eran cálidos y brillantes.

En la segunda se la ve tumbada, con el pelo húmedo y apartado del rostro. Tiene moretones en los hombros, por donde la sujetó mi padre para que no se moviera, y una marca roja donde la abofeteó. Algunos miembros del servicio lloraron, pero ninguno admitió haberlo visto.

Al día siguiente, Rose mantuvo su rutina dominical mientras los agentes seguían registrando la casa. Fue a una leñera en el bosque de detrás de la casa y dedicó tiempo a cepillar su caballo. Se dio un baño. No detuvieron ni a James ni a ella, por lo que esa noche cenaron en casa, en la mesa de la cocina, como hacían todos los domingos.

Por nuestras visitas, recuerdo las cenas que pedía Rose para el fin de semana. Pastel de carne picada y patata, pastel de pescado y una pierna de cordero asada. El tipo de comida que ella consideraba sencilla, aunque llevase horas prepararla. Comieron en la cálida cocina, con las cortinas echadas para no tener que ver las linternas de la policía del exterior.

—Te recogeré a las siete —le digo a Robbie, intentando dilucidar cómo llegar a tiempo desde la clínica al hospital St. Thomas—. Llegaremos a Penbridge hacia las ocho y media. Dijeron que les parecía bien.

—He hablado con mi jefe —dice Robbie.

Trabaja como perito de seguros. Su empresa lo envía después de una tormenta, una inundación o un incendio, para tasar los daños y decidir cuánto debe pagarse a los propietarios de la casa. Creo que hace este trabajo no porque le guste, sino para que no lo haga otro menos compasivo, alguien que intentase ahorrar dinero a la compañía de seguros. Lo contrataron el invierno pasado tras las inundaciones de Yorkshire. Le hicieron una entrevista y asistió a un cursillo; la empresa lo necesitaba urgentemente. Por lo general, trabaja durante unos meses seguidos y, luego, pasa mucho tiempo hasta el próximo encargo.

—Bien —contesté—. Seguramente haya sido lo mejor decirles que no podrán contactar contigo este mes.

—Quieren que vaya a Lancashire.

—No.

—Me irá bien, será un cambio de aires.

—Robbie, prueba Penbridge una noche. Podrás irte si quieres.

—Necesito este trabajo.

—No te despedirán por cogerte la baja. No tienes que explicarles el porqué.

—No puedo. Adiós, Claire.

Llamo al móvil de Robbie, que está apagado, y luego al hospital. Una recepcionista me pasa con su planta y otra me pone en espera. Miro al reloj de pared de mi consulta. Seis minutos de espera; luego, nueve.

—Siento la espera —dice—. ¿En qué puedo ayudarla?

—¿Puedo hablar con Robbie Alden, por favor? Soy su hermana.

Deja el teléfono. Espero y golpeteo la mesa con el lápiz.

—Acaba de darse de alta —responde la enfermera.

Me inclino hacia delante y miro fijamente la alfombra, abrazándome por la cintura. Pienso en Robbie ayer en el hospital, leyendo concentrado, como ha hecho siempre desde pequeño, con un mechón de pelo sobre la frente. Intento recordarlo con claridad, por si es la última vez que lo veo.



En los meses posteriores al asesinato, todas las mañanas, de camino a la escuela, esperaba ver a mi padre al otro lado de la calle. Esperaba que se llevara el dedo a la boca y me dijera que guardase silencio y que paseáramos hasta el parque. Tendría otro aspecto. Un abrigo más áspero. Llevaría barba. Estaría más flaco. Me diría que todo había sido un terrible error. Me llamaría por mi antiguo nombre. Mi padre siempre lo pronunciaba de forma diferente a los demás. Hacía que pareciera una palabra más larga o más importante, como si tuviera más sílabas.

Me llevó mucho tiempo dejar de quererlo. Me preocupa que una parte de mí todavía lo haga y que solo ansíe encontrarlo para decirle que no estoy enfadada con él, que no tiene por qué mantenerse alejado.

Lo veo en los bajíos de la costa de Dorset, ajustando la correa de una máscara de buceo antes de entregármela y decir: «Pruébatela ahora, a ver si te va bien».

Con dos bufandas en un puesto de un mercado navideño. «A ver, ¿cuál crees que le gustará a tu madre?».

A mamá contestando al teléfono y riéndose mientras se lleva la mano al pecho y dice: «Oh, gracias a Dios, creí que habías tenido un accidente».

A él tomando en brazos a Robbie en el jardín y señalando a una fila de gansos que emigran.

Todo esto sucedió, pero de algún modo se acabó. Unos meses antes de lesionarse la rodilla, antes de que tomase tramadol por primera vez, Robbie me miró en el metro y me dijo:

—¿No te cansas de pensar en él? Yo estoy muy harto de hacerlo.



Llego a la calle de Alice durante un cálido crepúsculo primaveral de jueves. Vive en Chelsea, cerca del final de Fulham. Nunca he estado aquí. El cielo está veteado de nubes rosas y lo invade todo, pues los edificios son lo bastante

bajos como para que se vea con claridad. Bajo las nubes, hay hileras de casas con puertas brillantes, dos iglesias y un *pub* con sillas de mimbre en la puerta. Las casas, cuadradas, con tejados planos y molduras pintadas, parecen corrientes y asequibles, pero estamos en Chelsea, así que no lo son.

Toco el timbre, me aliso la ropa y el pelo. Llevo vaqueros, botines y un jersey nuevo de cachemir gris pizarra que he comprado para la ocasión. Una abeja flota a mi alrededor y la estoy apartando cuando se abre el cerrojo y la puerta chirría sobre sus goznes. Alice viste una camisa a rayas y vaqueros con los bajos doblados sobre los pies desnudos.

—Hola —saluda y se inclina hacia delante para besarme la mejilla. Un pequeño pastor alemán me olfatea las piernas.

—Esta es Stella. Perdona, olvidé preguntar si te molestan los perros.

—En absoluto. Debe de oler al mío —contestó, como la gente siempre hace.

Sigo a Alice por el vestíbulo hasta la cocina, que tiene grandes ventanales, encimeras brillantes y un antiguo horno con mandos de latón.

—¿Quieres un té? ¿O café?

—Té, gracias.

Alice llena el hervidor de agua y lo enciende. Reconozco el horno por la foto que colgó el domingo de un pollo asado con limón.

—¿Te gustó el acto de la semana pasada? —pregunta ella.

—Es mi teatro favorito —digo y asiento.

—Y el mío. ¿Viste *Hangmen*^[3]?

—Me encantó.

Hablamos de la obra mientras coge dos tazas de un estante. Le digo que me impactó tanto que, tras verla, anduve los seis kilómetros que hay hasta mi casa, cosa que es cierta, y Alice dice que la noche siguiente volvió a ver la representación por segunda vez.

Cierra las tapas de algunos botes de harina y azúcar.

—Perdona el desorden.

—En absoluto.

En la encimera hay cuencos de piedra y, sobre ellos, armarios abiertos y repletos de vasos y platos. Cada parte de la cocina es ingeniosa, hasta el lavavajillas. Los mandos de latón del horno tienen radios, como el timón de un barco. Es muy diferente a mi piso y los de mis amigas. No hay menús a domicilio manchados ni chocolatinas Mars a medio comer y dudo que las haya metido en los cajones antes de que yo llegara.

Despeja un espacio para las dos en la mesa del comedor. Aparta un portátil y una agenda y busca una página en blanco en un cuaderno.

—Bueno, háblame de tu fiesta.

—Es el aniversario de mis padres.

—Ah, sí, me lo dijiste. ¿Cuánto hace que se casaron?

—Cuarenta años. Será una fiesta sorpresa.

Nuestro acento es similar. Intenté cambiar el mío cuando nos mudamos al norte, pero no lo conseguí del todo.

Me pregunta por la fecha y el lugar. Mientras toma notas, me fijo en las flores y las hierbas del jardín trasero. Podríamos estar en el campo. Hay una raqueta de tenis apoyada en la valla y una hamaca con flecos atada entre dos árboles. Creo que es la que compró en un viaje a la isla de Hydra.

Suena el timbre y Stella ladra al oírlo. Es una perra preciosa, como un husky en miniatura, con el pelo crema y gris y ojos de diferente color.

—Un momento —dice Alice.

Oigo que abre la puerta y habla con voz alegre cuando firma para recibir una entrega. Giro su agenda hacia mí y leo un garabateo de reuniones y citas. Cuando sus pisadas cruzan el vestíbulo, devuelvo la agenda a su posición inicial.

—Perdona —dice—. ¿Tus padres tienen alguna comida favorita?

—A mi madre le encantan los *crêpes*.

En ocasiones especiales, nos preparaba *crêpes* de mantequilla *noisette*.

—¿Y a tu padre?

—Le gusta lo clásico: filetes, patatas y asados.

También le gustaban las tarrinas de *mousse* de conejo. Algo no anda bien si a una persona le gusta algo así.

Alice asiente. Tiene una marca sobre la ceja, una pequeña cicatriz blanca, quizá de la varicela. No se ve en las fotos, solo a esta distancia. Me habla de actos de los que se ha encargado, pregunta por mi presupuesto, me explica los términos del contrato y se ofrece a enviarme un menú de muestra. Una vez hemos repasado todos los detalles, le doy las gracias y arrastro la silla hacia atrás.

—¿Y tú? —pregunta mientras me acompaña fuera—. ¿A qué te dedicas?

—Soy médica de familia.

Cuando me pregunta por mi trabajo, yo estoy parada en el escalón de la calle y ella, recostada contra el umbral. Hablamos el tiempo suficiente como para que salga la perra y se siente sobre las patas traseras a nuestro lado.

Alice parece amable. Lo advertí en la fiesta de la semana pasada y también esta noche. Si es sincera, todo esto podría ser innecesario. No necesitaría inventarme una fiesta, ni mentirle. Le diría quién soy y quizá me ayudaría.

Alice se arrodilla para quitarle una pelusa a la perra. Creo que se lo diré la próxima vez que nos veamos, en cuanto sepa por dónde empezar.

—Bueno, debería irme a casa —digo.

—Sí, perdona que te haya entretenido. Te llamaré pronto.

En la esquina, me vuelvo y veo a Alice en la puerta, con el brazo extendido, haciendo gestos a la perra para que entre.

De camino al metro, llamo al móvil de Robbie. Ayer me envió un mensaje para decirme que había llegado a Lancashire pero que estaba demasiado liado para hablar.

Trabaja por contrato. La mayoría de las veces examina las casas dañadas, entrevista a gente y rellena montañas de impresos por cada reclamación. Nadie en su empresa sabe que toma seiscientos miligramos de tramadol al día. No es como el alcohol; no lo notas ni lo hueles, a no ser que sepas qué buscar. Disimularlo debe de resultarle agotador.

No lo tomó en los tres días que pasó en el hospital. Quizá no ha recaído. Todavía es joven. Puede que siga tomándolo el resto de su vida o puede que lo deje. Hay gente que lo deja.

Doblo por Fulham Road mientras la llamada se desvía al buzón de voz. Minutos después, me muevo entre la multitud que hay ante un Tesco cuando suena el teléfono.

—Hola, Claire —dice Robbie, y yo sonrío, inclinando la cabeza hacia la voz.

—Hola. ¿Qué tal por Lancashire?

—Bien —dice—. Bueno, más o menos. Hay partes que siguen cubiertas por un metro de agua.

Su tono es alegre, pero soy consciente. Hay algo ligeramente artificial en su voz, como si estuviera haciendo una imitación muy buena de las conversaciones que antes manteníamos. Se me hiela la piel en cuanto lo noto.

Robbie me habla de una de las casas que ha tasado ya y de sus dueños y yo me detengo para escuchar mientras me presiono la frente con la base de la mano.

—Tengo que colgar —dice—. He llegado a la siguiente casa.

—¿Qué pinta tiene? —pregunto para entretenerlo.

—Está junto a un río, así que no muy buena.

Camino el resto del trayecto a la estación, paso por la máquina el abono de transportes y bajo en ascensor al andén. Cuando llega el metro, mi vagón está casi vacío. Encuentro un asiento y cierro los ojos.

Una vez en casa, busco tratamientos para la adicción, antiguos y nuevos. Leo sobre electroacupuntura, metadona, desensibilización ocular, terapia equina y ceremonias de ayahuasca.

Las ceremonias de ayahuasca son interesantes. Viajas a un retiro chamánico en Perú o México y bebes un té hecho con hojas de ayahuasca, te purgas durante horas, entre vómitos y fiebre, y luego sufres alucinaciones. Vuelves cambiado, según las docenas de personas cuyas historias leo y que acudieron allí para tratar su adicción a la heroína, los calmantes y el alcohol. Afirman que no han recaído desde la ceremonia.

Lo malo es que Robbie no quiere ir. Ojalá pudiera hacerlo yo por él. Pasaría por todo lo desagradable, me purgaría a todas horas durante un año si eso lo ayudase. No es justo que a él le pase eso y a mí no. Soy siete años mayor que mi hermano. Quizá sea porque ahora me va mejor que a él, como si el amor de mamá fuera una incubadora que se apagó demasiado pronto para él.



Estoy en el trabajo cuando recibo un correo de Alice con un presupuesto para un menú y un contrato. Ha incluido una tarta a base de capas de *crêpes*, imagino que para mamá. Firmo el contrato y sigo sus indicaciones para transferirle la fianza. Decirle la verdad y pedir ayuda parecía muy razonable cuando estuve en su casa el jueves, pero tiene una relación muy íntima con sus padres; habrá crecido con su propia versión de los hechos. No tiene motivos para creerme a mí en vez de a ellos.

Acabo de enviarle la fianza cuando aparece un hombre en la puerta de mi consulta.

—Gil, pase, ¿cómo está?

—Creo que he pillado un catarro —dice y apoya el bastón en una silla.

—¿Tiene fiebre?

—No.

—¿Puede levantarse? Tengo que auscultarle los pulmones.

En mis citas de la mañana, examino el sarpullido de un bebé y le receto una crema con esteroides, preparo un parte de baja para un hombre con un tirón muscular en la espalda, hablo con una estudiante sobre sus ataques de pánico y le doy el teléfono de una terapeuta. Examino la próstata hinchada de un hombre y lo derivo al hospital para que le hagan unas pruebas y echo un vistazo al oído enrojecido de un bebé y le receto un antibiótico.

La última paciente de la mañana es Maeve. Se sienta muy derecha, con las manos en el regazo y los labios tan fruncidos que se ponen blancos. Lleva un anillo de oro con forma de liebre y me pregunto si se lo ha puesto esta mañana para que le diera buena suerte.

—Buenas noticias, Maeve, es benigno. —Se le saltan las lágrimas. Yo sonrío y le paso los pañuelos de papel. Me pongo a mirar su historial para darle tiempo a asimilar la noticia—. Si quieres que extirpemos el quiste porque te molesta, podemos planteárnoslo, pero no hay de que preocuparse.

En cuanto Maeve se marcha, voy a la sala de médicos y consulto los mensajes mientras me preparo un café. Robbie no me ha llamado, pero Alice sí. Me parece imposible hablar con ella aquí, como si hubiera alguna regla que me lo impidiera, pero ya he pulsado la tecla de llamada y ella me ha saludado.

—He recibido tu contrato. ¿Te gusta el menú?

—Se me ha ocurrido una cosa. A mi padre le gustan los donuts rellenos de crema del St. John. ¿Podrías hacer algo parecido?

—Claro —contesta, y oigo un bolígrafo escribiendo—, pero no los he probado. Nunca he estado en ese restaurante.

Yo ya lo sabía, claro; lo leí en un comentario de una de sus fotos.

—Está al lado de mi casa, ¿quieres que vayamos?

—Me encantaría —dice Alice—. ¿Qué tal si quedamos para almorzar este fin de semana?

Laila y Anton entran en la sala mientras nos despedimos. Me guardo el teléfono en el bolsillo del cárdigan y me siento a la mesa con ellos. Hablamos hasta que la idea de ver a Alice me parece lejana, nada que deba ponerme nerviosa.

A las doce y media del sábado, bajo por St. John Street. Acaba en el mercado de Smithfield, el antiguo matadero que ahora es una enorme carnicería. Alice me espera en la puerta del restaurante, con unas sandalias y un vestido rojo de

algodón. Sobre ella cuelga el cartel del restaurante, de hojalata blanca marcada por el óxido. Nos saludamos con un beso.

—¿Hay que esperar?

—No, tienen mesa.

El comedor tiene paredes de ladrillo encaladas y lámparas negras de tiempos de la Guerra Fría. En el techo hay una claraboya cerrada con cadenas metálicas. Alice mira a su alrededor con una expresión de aprobación.

—¿Te apetece beber una copa? —pregunta.

Me encojo de hombros.

—No estoy de servicio.

—Entonces, pidamos una botella de vino —contesta con una voz tan relajada que me pregunto si no habrá una parte de ella que me recuerde.

No puede tener muchos recuerdos de mí, pero quizá le resulte familiar. Mientras esperamos a que llegue la comida, hablamos sobre su barrio y el mío.

—¿Hace mucho que vives en Chelsea?

—Solo un año. Antes vivía en California.

Arranco un pedazo de pan y me recuerdo que se supone que eso no lo sé.

—¿De verdad? ¿Dónde?

—En San Francisco.

Me cuenta lo mucho que echa de menos el norte de California y acampar en la costa o en las montañas. Yo le hablo sobre las acampadas en Glen Coe, en las Highlands, cosa que Nell y yo hacemos cada verano desde que teníamos diecisiete años.

—¿Por qué has vuelto? —pregunto.

—Para estar cerca de mis padres. Era duro estar tan lejos. —Alza la copa de vino—. Y la primavera pasada mi madre se puso enferma.

—Oh, lo siento mucho. ¿Cómo está ahora?

—Creemos que bien. Tuvo cáncer de mama, pero las dos últimas pruebas han salido negativas.

Siento un vuelco en el estómago. Imagino a Rose durante y después de las sesiones de quimioterapia. Imagino lo asustada que estaría Alice, que todavía debe de estarlo. Pienso en Maeve y en mis otros pacientes, esperando a oír los resultados de su biopsia, con la espalda recta y los nudillos blancos. Miro a mi regazo, a la claraboya y a Alice.

—Debió de ser duro.

—Ya ha vuelto al trabajo. Para ella, eso fue lo peor, tener que quedarse en casa.

—¿De qué trabaja?

—Es abogada.

Una vez me senté en un banco delante de sus oficinas, en Inner Temple, y observé a Rose, que llevaba a su despacho la caja de un expediente. Vestía una camisa blanca recién planchada y llevaba unas gafas de carey para leer. Me quedé mirándola mientras sacaba papeles de la caja y tomaba notas en ellos.

—¿Siempre quisiste ser médica? —pregunta Alice.

—No. Fue una decisión repentina.

Hablamos de la facultad de Medicina y de la universidad. Me pregunta por amigos suyos que estudiaron en la Universidad de Edimburgo y que eran de mi misma promoción.

—No, pero se me dan mejor las caras que los nombres.

Probablemente evité a sus amigos. Rehuí a los estudiantes de Eton, y a los de Harroe, Bedales y Cheltenham. No fue muy difícil; de todos modos, solo querían pasar el tiempo unos con otros.

Me pregunta si tengo hermanos y le digo que tengo un hermano menor, que en este momento está trabajando en Lancashire, que me suena a otra mentira, aunque es lo que digo a todos los que preguntan por él.

Pedimos dos donuts de crema y, tras probar uno, Alice asiente.

—Podemos hacerlos.

—Vaya, qué bien.

Ella bosteza.

—Perdona. Me le levantado temprano para una clase de pilates.

Le pregunto si le gusta el pilates.

—No, es horrible. Echo de menos hacer ejercicio en el campo.

Recuerdo la raqueta apoyada en su valla.

—Yo también. Antes jugaba al tenis, pero, por lo visto, todas mis amigas lo han dejado.

—En casa de mis padres hay una pista. ¿Te apetece que juguemos juntas alguna vez?

—La verdad es que sí.

Nos despedimos en la puerta del restaurante. El aire húmedo transporta un olor ferroso procedente del mercado de Smithfield. Alice da la espalda a la carnicería. Tras ella hay un hombre con botas de goma regando la calzada.

En el camino de vuelta a casa me pregunto si Alice vería el documental sobre mi padre que se emitió hace dos años. Rose aparecía en él, en las imágenes de un antiguo telediario, saliendo del tribunal con una falda de

tweed, una blusa de seda y el pelo recogido con un pasador dorado. Alice debió de sentir curiosidad, seguramente quiso saber por qué sus padres estaban implicados en el caso.

Me llevó mucho tiempo acabar de ver el documental. Tuve que hacer muchas pausas. Lo peor fue ver la foto de Emma en el escenario del crimen. Tumbada bocarriba, con la cabeza ladeada y el suelo que la rodeaba salpicado de manchas negras. Algunas de las manchas eran pequeñas y regulares. Me di cuenta de que las había hecho yo. Eran las huellas de mis pies.

Nunca se juzgó a mi padre —había desaparecido, y no se puede juzgar a un hombre ausente—, pero sí que se llevó a cabo una investigación forense para determinar las circunstancias de la muerte de Emma. En mi segundo año de universidad, solicité una transcripción de la investigación al registro civil de Londres. Llegó a mi buzón de la residencia de estudiantes un frío día de febrero en que granizaba. Me llevé el sobre a clase y lo leí en un aula vacía.

La audiencia se celebró en Westminster, en Horseferry Road. Lo anoté en la silenciosa aula. Pensé que tomar notas haría que la lectura me resultase más sencilla, pero ya tenía el interior de la mejilla en carne viva de tanto morderme. Apenas acababa de anochecer, pero parecía que habían apagado ya la calefacción y yo me quedé sentada, leyendo con el abrigo puesto.

El juez de instrucción tomó declaración a los técnicos de emergencias, los agentes de policía y los patólogos forenses que vieron a Emma aquella noche o examinaron más tarde nuestra casa. Dado que Emma no había muerto por causas naturales, también tomó declaración a inspectores, vecinos, testigos, amigos suyos y de nuestra familia y a mamá.

Fue una audiencia pública y el juez instructor hizo las veces de juez y fiscal. No fui capaz de leer la primera parte de la transcripción, cuando tomó declaración al patólogo sobre el *post mortem*. La segunda parte, el testimonio del técnico de emergencias, también me resultó difícil. Apretaba la mandíbula y me puse un nudillo entre los dientes, como hago por las noches para evitar que me rechinen.

Me costaba imaginarme a mamá sentada en el juzgado, escuchando este testimonio, con los amigos de mi padre sentados detrás de ella. Unos años antes, había visto la famosa foto de mamá en la que parecía que había ido descalza a la audiencia. Está sentada en un banco fuera del juzgado, con un vestido azul y sin zapatos. El vestido es unos centímetros demasiado corto, hecho de una tela luminosa y brillante, como un vestido de noche de satén. Aparece con una sonrisa aturdida y remota y tiene un aspecto informal y espeluznantemente juvenil, con las manos a ambos lados del banco y las piernas colgando. También los pies resultan raros, con los talones ásperos y agrietados y las uñas pintadas de naranja. La foto se ha publicado miles de veces.

Mamá me dijo que le apretaban los zapatos y que se los había quitado un momento. Pero los pies descalzos y la mirada vidriosa la hicieron parecer perturbada, inestable, enferma, todos los adjetivos que utilizaron los amigos de mi padre para referirse a ella.

Antes de la audiencia, Rose, James, Sam y el resto de amigos de mi padre concedieron entrevistas en las que dijeron que mamá estaba enferma. Según ellos, debió de contratar a alguien para matar a Emma e inculpar a mi padre. Dijeron que mi madre solo tenía heridas en la parte frontal del cuerpo y encontraron a un médico que dijo que sí, que, en teoría, todas podían haber sido autoinfligidas.

Y dijeron docenas de otras cosas para hacer más creíble su acusación, como que era una avariciosa que quería su dinero. Que era tan inestable que una vez, tras una discusión, manchó la pared con su propia sangre menstrual. Que tenía extraños gustos sexuales, que le gustaba vestirse con monos de vinilo y usar una picana eléctrica cuando mantenía relaciones sexuales.

Uno de sus amigos dijo que mamá hablaba con la boca llena. Yo nunca la vi hacer eso, pero fue un comentario muy hábil, lo bastante insignificante como para que pareciese cierto. Debieron de disfrutarlo. Sentados en una habitación del Clermont, inventándose más y más aficiones escabrosas para ella. A los amigos de mi padre siempre les encantaron los juegos de salón.

Comprendo por qué se esforzaron tanto por desacreditarla. Si condenaban a mi padre, era posible que juzgaran a los Fraser por albergar a un fugitivo o por conspirar para cometer un asesinato y sus demás amigos resultarían perjudicados por asociación. Los resultados forenses demostraron que mi padre había estado en la casa, pero no que había atacado a las mujeres —no encontraron su piel bajo las uñas ni pelos arrancados—, por lo que la principal prueba contra él era mi madre, la única testigo. Quisieron asegurarse de que nadie creería nada de lo que dijese.

Durante la pausa de la audiencia, mamá comió sola en la cafetería, mientras que los amigos de mi padre fueron al *pub* de enfrente. Debió de verlos reír y hablar en mesas abarrotadas de pintas y raciones de patatas fritas.

No sé por qué mamá fue sola al juzgado, si nadie le dijo que se le permitía llevar un acompañante ni si creyó que sería peor ver a una amiga escuchando lo que se dijera.

Tras la pausa, el juez de instrucción tomó declaración a Rose. En la transcripción, leí su descripción de la llegada de mi padre a Ashdown la noche del asesinato y lo que le contó acerca de que pasaba por la casa cuando vio que alguien se estaba peleando en el interior.

—¿Por qué pasó lord Spenser por delante de la casa? —preguntó el juez.

—Estaba preocupado por sus hijos —respondió Rose.

—¿Por qué?

—No creía que su esposa fuera una buena madre.

—¿Por qué no?

—Faye lo pasó muy mal cuando nació su hija. En una ocasión me contó que no se fiaba de sí misma si tenía un cuchillo cerca cuando estaba con el bebé.

Sentí una sacudida en el cuerpo, como si me hubiera golpeado el pie con un bordillo. No quería seguir en esa aula, con los mecheros Bunsen y los frascos de peróxido de hidrógeno, cuyo olor me inundaba la garganta. Salí corriendo del edificio hasta llegar a Buccleuch Street y empecé a caminar hasta Grassmarket. Edimburgo estaba a oscuras y lleno de gente que volvía a casa del trabajo o de la escuela. Quise parar a alguien, pedir ayuda. No tenía sentido que llamase a mamá y le preguntara: «¿Quisiste hacerme daño? ¿Deseaste no haberme tenido nunca?».

Entonces no sabía lo que sé ahora acerca de la depresión posparto. Muchas madres piensan en tirar a su bebé por las escaleras, ahogarlo en la bañera o empujar su carrito delante de un coche. Eso no significa que acaben haciéndolo ni que en el fondo quieran hacerlo. Esos pensamientos son una forma de ponerse a prueba, de asegurarse de que su bebé está a salvo.

Pero dudo que mi madre lo supiera entonces. Supongo que la idea debía de atormentarla, que le preocupaba que algo no fuese bien y que quizá no debieran dejarla sola conmigo. Debió de acudir a Rose en busca de ayuda y eso fue lo que la esposa de James hizo con lo que le había contado.

Practico con la pared de las pistas públicas de tenis que hay cerca de casa. Hace años que no juego y me pregunto si Alice será buena. Aprendió en la pista de Ashdown. Es algo que tenemos en común. Mi padre me enseñó a jugar allí. Era un buen profesor, no se impacientaba ni cuando lanzaba la pelota por encima del seto y debíamos ir a buscarla.

Empieza a oscurecer y se han encendido las luces de la escalera del bloque de viviendas de protección oficial que hay encima de la pista de tenis. Fallo el siguiente lanzamiento y Jasper corre a por la pelota.

Me pregunto si mi padre seguirá jugando al tenis. A veces dudo sobre cómo se entretendrá. Hace tiempo participó en las cacerías del duque de Beaufort, así que puede que haya comprado un caballo. Debe de haberlo echado de menos. A veces montaban todo el día. Veinte caballos con sus jinetes vestidos con casaca negra y al galope por el campo. O quizá haya aprendido a cocinar. O a pintar. Pensar esas cosas siempre me pone furiosa y golpeo la pelota hasta que me arden el brazo y la espalda.

Cuando llego, Alice ya está al otro lado de la verja. Burton Court es un lugar privado y tiene que abrirme la puerta. Me llevo la mano justo encima de los ojos para contemplar el vasto césped verde que rodea las pistas de tenis. Que haya tanto espacio, en el centro de Chelsea, parece todavía más improbable desde dentro de la verja.

—¿Qué era esto antes?

—Creo que un patio de armas. Ahora pertenece al Royal Hospital.

Alice lleva unos pantalones cortos blancos y un jersey granate a rayas, como los de los equipos universitarios. El jersey parece viejo, puede que lo tenga desde la universidad. Junto a nosotras hay dos mujeres jugando con faldas plisadas blancas. Yo llevo mallas y un top gris. No me había dado cuenta de que la gente llevaba zapatillas de tenis blancas.

—¿Cuál es la casa de tus padres? —pregunto, y ella señala al otro lado del campo, a una casa cubierta de hiedra. Estamos demasiado lejos para ver las habitaciones; solo distingo la aldaba dorada de la puerta principal.

—¿Hacemos primero unas voleas? —dice.

La pelota flota a uno y otro lado de la red. Cuando se desvía, miro a la casa. Es sábado por la mañana, puede que sus padres estén dentro.

Alice juega mejor que yo, pero está más oxidada. Imagino que ella no se ha pasado la semana practicando, aunque gana dos de tres sets. Cuando terminamos, estamos sin aliento y el vello que le enmarca la cara se ha rizado por el calor.

—Esta noche dormiremos bien —comenta.

La sensación es como la descarga de un desfibrilador. Esta era una de las frases hechas de mamá. Siempre lo decía tras pasar el día en la playa o cuando salíamos a hacer senderismo por la costa y oírlo hacía que me sintiera desmesuradamente orgullosa.

Necesito a mi madre. La necesito para que me diga qué debo hacer con Robbie. Sigue en Lancashire, no volverá a Londres al menos hasta dentro de un mes, y odio pensar que está solo en un hotel. Al menos está ocupado; después de una tormenta, la empresa hace trabajar muchas horas a sus peritos.

Mientras cruzamos el césped hasta la puerta, Alice me cuenta una historia sobre su padre. Yo escucho y hago preguntas. Creo que vigilé a su padre durante tres meses. Lo seguí a su oficina, a su casa y a una estación de tren. Lo vi entrar en un *spa* para recibir un masaje y esperé a que saliera.

Después de despedirnos, Alice se acerca a King's Road a por un taxi y yo voy en dirección contraria, más allá de su casa. Se ha levantado viento y la hiedra se agita en su fachada. Miro el montante de abanico y recuerdo que, la última vez que estuve aquí, James empujó una maleta hasta la puerta.

James conoce a mi padre desde el internado. Fueron juntos a Eton, con Sam. Una vez visité Eton, como parte de mi investigación. Mi padre fue feliz allí. ¿Qué efecto tiene en ti el hecho de ir a una escuela donde se vive en una casa con entrada para el servicio? ¿Donde todas las noches te prepararan una cena de tres platos que acaba con galletas y una tabla de quesos? ¿A la que van los turistas a fotografiarte? Debe de afectarte. Seguramente esperas que las cosas te salgan de un modo concreto. No podría haber planeado un asesinato sin esa seguridad, no lo creo. Pensó que se saldría con la suya.

En Eton, James y él vivieron en Godolphin y tenían a Sam cerca, en Waynflete. Estuvieron juntos seis años, de los trece a los dieciocho. Cuando mi padre necesitó su ayuda dos décadas después, debieron de estar encantados ante la oportunidad de ponerse a prueba. De niños nunca habrían podido imaginar una situación más apropiada para poner a prueba su valor y su lealtad. Si los hubieran sorprendido ayudando a mi padre a salir del país, habrían acabado en la cárcel. Eligieron ayudarlo y no protegerse. Imagino que

todavía se deleitarán al pensar en ello, que repasarán mentalmente todos los detalles, que disfrutan con el recuerdo.

Paso de largo ante la casa de los Fraser y doblo por Flood Street. Vuelvo a llamar a Robbie, pero no me lo coge y me esfuerzo mucho para no imaginar que el teléfono le suena en el bolsillo mientras él yace inconsciente.

Cuando yo tenía dieciséis años, mamá trajo a casa un ordenador de la oficina. Su jefe le dijo que iba a tirarlo porque quería renovarlos todos. Necesitaba reiniciarse a menudo y tenía una conexión tan lenta que me daba tiempo a bajar y prepararme un tentempié antes de que cargara una página. Robbie imitaba el ruido del módem cada vez que pasaba delante de mi cuarto.

En cuanto mamá cruzó la puerta con el ordenador, supe lo que significaba y me planteé decirle que no lo quería o empujarlo para que se cayera del escritorio.

Nunca antes había buscado información sobre mi padre. Podría haber pedido al bibliotecario de Crail ayuda para encontrar artículos sobre él o haber utilizado un ordenador de la sala de informática del colegio, pero no con intimidación. Y yo quería saber menos sobre aquella noche, no más. Durante todo el año siguiente, tuve problemas para caminar sin dar un respingo y examinarme, como si hubiera pisado algo.

—Tengo que ir a St. Andrews a recoger las gafas nuevas. ¿Te vienes? — me dijo una semana después de llevar el ordenador a casa.

Mientras ella esperaba en la óptica, yo fui a mi edificio favorito de la universidad, esa facultad de estilo gótico y de piedra que está en las lindes del pueblo, mirando al mar, donde se imparte Filosofía Moral y Lógica y Metafísica. Hasta entonces, mis notas eran buenas. Puede que al año siguiente me inscribiese en la Universidad de St. Andrews. Puede que asistiera a clase en ese edificio, que estudiara Lógica y Metafísica. La idea me hizo feliz, aunque apenas tenía idea de lo que se enseñaría en una clase así.

Un grupo de chicas con mochilas de cuero y acentos claros y agudos se acercó por el camino y me aparté. Muchas de las alumnas de mi antigua escuela, Francis Holland, estudiaban luego en St. Andrews y temía encontrarme con alguna.

Seguramente no me habrían reconocido ni aunque fueran de Francis Holland. Habían pasado ocho años. Tras la audiencia, nos mudamos a Crail, un pueblo pesquero en la costa, al norte de Edimburgo. Nadie nos había reconocido allí. Antes de mudarnos, mamá se cortó el pelo y se lo tifió de castaño. También había ganado peso y ya no era frágil. Y vestía de forma diferente. Aquel día llevaba vaqueros y un ligero abrigo con estampado de leopardo.

Desanduve el camino por el campus hasta la calle principal. Me gasté el dinero que había ganado de canguro en una novela nueva de tapa dura que me compré en la librería. Se la enseñé a mamá y a Robbie de camino al restaurante chino. Mamá pidió sopa *wonton* y yo comí *chow Jun* y gran parte del arroz frito de Robbie.

No me puse a hacer los deberes hasta después de las nueve y decidí dedicarles una hora e irme a la cama para levantarme temprano y acabarlos. Empecé a subrayar un capítulo del libro de Física y me levanté para cerrar la puerta. Dejé el libro abierto en la mesa y encendí el ordenador.

Mientras tecleaba su nombre seguía queriendo olvidar todo lo que pasó aquella noche. A mi mente acudió la imagen del pelo húmedo de Emma, miré mi libro de texto hasta que desapareció. Entonces esperé, durante siglos, hasta que se cargó el primer resultado.

La página tenía pequeñas letras rojas sobre un fondo negro y estaba dividida en cuatro secciones: «Pasado», «Crimen», «Investigación» y «Resultados».

Miré a mi alrededor. Había libros en la mesita, un montón de ropa en el suelo, pósteres y tarjetas enganchadas en el espejo. Se me erizó el vello de los brazos, como si el autor de la página me observara y añadiera todo eso a «Resultados».

Noté la lengua hinchada e irritada, como si hubiera comido demasiados dulces. Sabía que en internet habría cosas sobre mi familia, pero no cuántas. La página contaba con un foro con docenas de miembros en activo. Su creador, alguien llamado Neil, empezaba la sección sobre el crimen con una descripción de lo que cenamos esa noche.

Dejé de leer y crucé el pasillo hasta el cuarto de mi madre. Las zapatillas estaban junto a la cama y su cuerpo se elevaba y descendía bajo la manta. Pensé en despertarla, pero no habría sabido qué decirle.

Abajo todo estaba oscuro, salvo por las luces del árbol de Navidad. Tenían temporizador, pero no funcionaba nunca. Me acerqué a la ventana. Alguien había echado sal en la calzada, ya que se suponía que nevaría por la noche.

Comprobé que la cerradura de la puerta principal estaba cerrada. A todos los miembros del foro les gustaba investigarnos. Me pregunté si alguno habría adivinado dónde vivíamos.

Por la ventana, Crail tenía el mismo aspecto de siempre. Las casitas de delante tenían guirnaldas en la puerta y ristas de luces de colores de Navidad.

Esas casas daban la espalda al mar y también colgaban luces para los pescadores.

Cogí a nuestro perro, Finn, del sofá y lo llevé conmigo al piso de arriba. Se hizo un ovillo en mi cama y yo me senté a la mesa y pensé: «Puedes parar cuando llegues a la parte mala».

Supe que mi padre había cenado antes de venir a nuestra casa. La policía encontró platos sucios en su fregadero.

Según la página, aquel día había ido antes al trabajo. Asistió a reuniones, devolvió llamadas y, por la tarde, corrió para recoger un traje de una sastrería de Conduit Street. A las seis, volvió a su piso. Habló por teléfono con su primo y compró el periódico en un quiosco. Uno de sus vecinos lo vio; había cambiado el traje del trabajo por un polo de algodón gris perla.

Entonces preparó la cena. No estaba demasiado nervioso para comer. Yo no podía imaginarme qué le pasaba por la cabeza. ¿Cómo supo que sería capaz de hacerlo?

Quería saber en qué pensaba cuando se dirigió a nuestra casa y trepó por la valla de atrás. Si tenía miedo. Si estuvo a punto de dar media vuelta. Si el jardín le resultó desconocido o familiar. Había pasado mucho tiempo en él. Había plantado todos los árboles y arbustos ante los que pasó camino de la cocina.

¿Cuánto tiempo esperó fuera? Desde el jardín debió de ver que había una mujer sentada en la encimera de la cocina de espaldas a él, bajo una lámpara colgante. Debió de pensar que era mamá.

Rompió la cerradura. Esa parte seguramente ocurrió deprisa, ya que a Emma no le dio tiempo a huir. Intentó coger un cuchillo, al otro lado de la encimera, y tiró el escurreplatos al suelo. Leer que le pegó hizo que me castañetearan los dientes y se me llenara la boca de saliva. Me costaba tragar y respirar.

Emma se las arregló para darse la vuelta. Para entonces, debía de tener sangre en la cara, pero no lo bastante como para taponar los rasgos. Probablemente advirtió en ese momento que se había equivocado de mujer. Pudo haberse detenido, pero, en su lugar, volvió a levantar la tubería.

Sabía que yo estaba arriba. ¿Creyó que no lo oiría? ¿O sabía que sería demasiado cobarde para bajar?

La policía encontró en el fregadero los platos de la cena y un trapo en la encimera. No había limpiado el piso ni hecho la maleta. Debía de creer que luego volvería a casa, se ducharía, tiraría la ropa manchada, ensayaría su coartada y se saldría con la suya.

Debió de haberlo preparado mucho. No era idiota; habría supuesto que la policía sospecharía de él, que necesitaba inventar alguna explicación plausible. Me di cuenta de que, de haber funcionado, habría obtenido mi custodia y la de Robbie. Nos habríamos ido a vivir con él y nunca habríamos sabido lo que hizo.

—Anoche te quedaste despierta hasta tarde —dijo mamá. Estaba delante de la mesa de la cocina vestida con unos vaqueros y una camisa de franela a cuadros rojos y negros.

—¿Qué?

—Te oí ir al baño.

—Tenía muchos deberes.

Asintió y me rodeó con el brazo para coger el café. ¿Sabía lo que había estado leyendo? Se le daban bien ese tipo de cosas. A menudo me daba una aspirina antes de que yo dijese que me dolía la cabeza.

Mamá bostezó, metió rebanadas de pan en la tostadora, se dirigió a la puerta de atrás y preguntó:

—¿No se suponía que anoche nevaría?

«No», pensé, «no lo sabe». Robbie apareció y mamá le ofreció un pedazo de tostada.

—No tengo hambre —dijo él.

—Come un poco y yo me acabo lo demás —contestó mamá.

Era pequeño para su edad y ella siempre intentaba que comiera más pasta, más mantequilla y más nata.

Terminé el desayuno. Al otro lado de la mesa, Robbie intentaba devolverle a mamá el trozo de tostada. A su espalda, en la pared había colgado un bote de latón para galletas con forma de corazón y en la repisa de la ventana, una hilera de muñecas rusas. Todo lo que había en la habitación me resultaba muy familiar, pero también lo era la casa de Belgravia.

Finn suplicaba bajo la mesa. Era un Skye terrier, como Greyfriars Bobby, el perro que esperó catorce años junto a la tumba de su amo. Cada vez que íbamos a Edimburgo, intentaba convencer a Nell para que visitara conmigo la

estatua del perro y solo accedía porque a veces nos atendían en el *pub* de al lado, que también se llamaba Greyfriars Bobby.

Di de comer a Finn y cogí los libros de clase. Mientras me ponía los zapatos, mamá hablaba por teléfono con Sabrina, que estaba en Gales, como hacía todas las mañanas.

—Claire, tienes la camisa del revés —comentó. Y dijo al teléfono—: ¿Las cabras de quién?

Antes de que Robbie y yo nos marcháramos, saludé a mamá con la mano, que me devolvió el saludo, distraída, y tapó el micrófono del teléfono con la mano aunque no nos dijo nada.

Nell se pasó todo el viaje en autobús encorvado sobre su hoja de cálculo.

—¿Por qué no lo hiciste anoche? —pregunté, y ella lanzó un suspiro.

El papel estaba roto y gris en los bordes. Nell tenía cuatro hermanos y la mayor parte de sus cosas salían rotas de casa.

Se mordió el lateral del pulgar.

—¿Qué hago con este?

—Factoriza esa parte.

—¿Cómo?

—X más y, x menos y.

Acabó la última pregunta y se alisó la cola de caballo. Por nuestro lado pasó un tractor que echaba sal brillante al camino para prevenir la tormenta de nieve.

—¿Tú crees que hoy saldremos antes?

Miré a las demás estudiantes del autobús y me pregunté qué pasaría si supieran quién era. Las chicas de Francis Holland habían dejado de hablarme. Todas ellas. Cuando mamá me recogía en la escuela, yo hacía que pareciera que salía con un grupo de chicas. A veces volvía la cabeza o saludaba, para que pareciera que me despedía de una amiga.

Aquí la reacción sería distinta. A alguna de ellas incluso podría caerle mejor por ello, lo cual habría sido todavía peor.

Alice y yo hemos desarrollado una rutina. Jugamos a tenis el sábado por la mañana y luego damos un paseo hasta Orange Square, donde nos tomamos un café con hielo y un pastel de hojaldre danés en una mesa de la terraza de la cafetería.

Tenemos las suficientes cosas en común como para no quedarnos sin temas de los que hablar, sobre todo desde que estudié sus fotos. Pero procuro no parecer demasiado cercana para conservar cierto grado de reserva. Hablamos sobre todo de trabajo, restaurantes, libros, viajes. He investigado sobre algunos lugares para poder comentarlos con ella. Positano, Courchevel, las Maldivas. Me digo que no es mentira del todo, ya que mis padres me llevaron a algunos de ellos cuando era pequeña, aunque no los recuerdo.

No viajo mucho. Mi padre ha hecho que no quiera viajar al extranjero. Me paso todo el tiempo preguntándome si viviré allí. Cuando voy en tren o en coche, miro por la ventanilla y observo pueblos y casas extranjeras y enloquezco por no saber si está dentro.

Hace poco, Alice y yo empezamos a hablar de relaciones, lo cual es un alivio porque no tengo que inventarme nada. Me preguntó si quería casarme y dije que no. No le contesté: «¿Querías casarte tú si tus padres fueran los míos?».

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Por qué acabó tu última relación?

—Su novia me llamó.

—No —respondí, y Alice asintió—. Creía que habías dicho que vivíais juntos.

—Y así era. Su empresa tenía oficinas en Seattle, se pasaba allí la mitad del tiempo. Supusimos que había hablado de boda con las dos. Creo que habría seguido adelante y a los setenta años habríamos descubierto que tenía otra familia.

—Hostia.

—No fue un buen año —comentó Alice mientras partía su pastel en dos.

Creo que le caigo bien, pero también que lleno un hueco en su vida. Hace poco que acaba de volver a Londres. Su mejor amiga vive en California y la mayoría de las amigas que tiene aquí acaban de tener hijos, así que no parece verlas mucho.

Después de jugar al tenis, solemos quedarnos en Ebury Square el tiempo que tardamos en tomarnos un café. Aunque una vez crucé la plaza con ella para comprar flores y en otra ocasión compartimos un periódico.

Esa mañana le dije que tenía que comprar comida en la carísima tienda de la plaza y ella contestó:

—Te acompaño, yo también tengo que comprar algunas cosas.

Pidió cuatro filetes en el mostrador de carnicería.

—Esta noche es el cumpleaños de mi padre. Voy a hacer la cena en su casa.

Es hija única. Me pregunto quién será el cuarto invitado.

Mientras Alice prepara la cena para el cumpleaños de su padre, yo me veo con Nell en un restaurante chino de Wardour Street. Ha llegado esta mañana a Londres por trabajo y tiene unas horas libres antes de tomar el tren nocturno de vuelta a Edimburgo.

Se pone a llover y la ventana de nuestra mesa se empaña. Me pregunto si Alice seguirá usando la parrilla del patio. Me la imagino bajo un paraguas, utilizando unas pinzas para dar la vuelta a los filetes mientras sus padres y su invitado toman algo dentro. Nell me mira.

—¿Qué? —digo.

—Te he preguntado si necesitas un saco de dormir.

No sé de qué me habla. Nos miramos por encima de la mesa y entonces recuerdo, mientras el estómago me da un vuelco, que se supone que en julio iremos a Glen Coe de acampada.

—Nell, lo siento mucho. Este año no puedo ir.

—Muy graciosa.

—No, en serio. —No quiero mentirle, pero si le cuento lo de Alice, se enfadará todavía más—. Tengo trabajo.

—¿No has pedido ya los días libres?

—Harriet se va de baja por maternidad —respondo, lo cual es cierto—. Y tenemos que cubrir su puesto entre todos.

—¿Podremos ir en septiembre, entonces?

Asiento, aunque todavía no me imagino en un futuro tan lejano. No sé cuándo se resolverá lo de Alice. Vuelvo a disculparme, un camarero aparece con el vino y Nell da un trago largo. Le pregunto por sus reuniones. Nell traduce libros del sueco para varias editoriales londinenses. Me enseña un manuscrito nuevo, con notas de la reunión en los márgenes.

Nos traen el *dim sum* y comemos con glotonería, peleándonos por el platillo de salsa de ciruela. Nell nos sirve más vino. Llevo un jersey viejo, no voy maquillada y dudo que Nell se haya fijado en mi aspecto. Me alegro mucho de estar con ella. Es como si, de pronto, se hubiera apagado una alarma que suena en una habitación. No me di cuenta de lo angustiioso que sería simular que eres otra persona. Cada vez que estoy con Alice miento. Pensé que sería como seguir a James, pero Alice me cae bien; no es como sus padres.

—¿Has acabado de pintar la casa? —pregunto, y Nell asiente.

La visito a menudo y conozco su casa tan bien como la mía. La tabla que cruje bajo la esterilla de paja, los helechos del alféizar de la ventana del baño a los que miras mientras te duchas, la nevera de esmalte rojo.

Nell me habla de un bar nuevo en Merchiston y hace que sienta cierta nostalgia y ansíe pasear por Morningside Road, con las negras colinas de Pentland en la distancia.

—¿Cómo está Robbie? —pregunta.

—Igual.

—¿Ha tenido más ataques?

—No, pero corre más peligro ahora que ha tenido uno.

—¿Dónde lo compra? ¿Todavía se lo recetan?

—No. Lo consigue por internet.

—¿Has pensado en contárselo a la policía?

—No me perdonaría nunca.

—Creo que al final lo entendería. Dada la otra opción.

Cuando terminamos de cenar, monto con ella en el taxi a King's Cross. En el vestíbulo dice:

—La clínica de mi amiga busca un nuevo médico de familia.

—¿Dónde?

—En Edimburgo, por New Town. ¿Quieres enviarle tu currículum?

—Lo pensaré.

Nell me saluda desde el final del andén. Luego, sube al tren y yo bajo al metro.



Estoy terminando el papeleo en la clínica cuando suena el móvil.

—Hola, Claire —dice Robbie, tras una larga sucesión de interferencias.

Se me encoge el pecho. Hace semanas que no oigo su voz, solo me escribe mensajes.

—Hola, Robbie.

Vuelven a oírse interferencias y, luego, un zumbido.

—¿Puedo quedarme esta noche en tu casa?

—Pues claro. ¿Dónde estás?

—En el tren. Por Coventry.

—Vale, hasta pronto.

Me queda una hora de rellenar informes, pero ya los acabaré por la mañana. Fuera llovizna y saco el paraguas. Coventry está al menos a una hora de distancia, pero, aun así, camino tan deprisa que casi corro. Tengo que llegar a casa, prepararlo todo. Puede que Robbie tenga hambre. Paro en la tienda naturista que hay cerca de casa y pido un cuenco de arroz con *tempeh* y verduras para llevar. Le gusta la salsa de soja, así que pido paquetitos extra.

Camino hasta un supermercado Marks and Spencer y lleno un carrito con comida fresca, pero también cojo *pizzas* congeladas y patatas fritas. Necesita comer grasa, ahora pesa menos que cuando tenía catorce años. Qué diría mamá si lo supiera.

Sé qué tipo de cosas come. Hogazas de pan blanco, paquetes de donuts espolvoreados de azúcar y latas de sopa en oferta. No tiene mucho apetito por culpa del tramadol. Debe de estar hambriento gran parte del tiempo, pero no lo nota.

Cuando llego a casa, dejo el arroz en la encimera. Me lleva un rato guardar toda la comida; nunca compro tanto de una tacada. Enciendo las lámparas y busco toallas limpias y sábanas para prepararle el sofá. Y entonces espero. Intento leer, con el oído alerta al timbre. Pasan algunos taxis bajo la lluvia, pero ninguno se detiene. No dejo de mirar el móvil. El arroz se ha enfriado y estoy guardándolo en la nevera cuando suena el timbre.

Robbie está en la puerta. Lo abrazo y, con la barbilla apoyada en su hombro, le digo:

—Me alegro de verte. ¿Por qué has tardado tanto en llegar?

—Una avería en una vía —dice.

Lo examino con la mirada. Se tambalea y todos sus movimientos parecen requerir un cuidado especial.

Cuando subimos, se queda junto a la puerta sin quitarse la mochila. Tiene el pelo mojado y pegado a la cabeza y los zapatos empapados. Mira mi piso y

me pregunto si me odia por ello. Cuando se agacha para acariciar a Jasper, el perro está eufórico; siempre lo reconoce.

Robbie vive de alquiler en un piso compartido de Peckham. Puede que ahora haya alguien en él, quizá lo haya subarrendado mientras estaba de viaje o todavía no quiera volver allí. No le pregunto, no quiero que no se sienta bienvenido. Robbie se tira del bolsillo de la chaqueta como si tuviera problemas para sacar algo de él. Al cabo de un rato saca un envoltorio de chicle doblado, se lo piensa y lo devuelve al bolsillo.

—¿Quieres darte una ducha? —pregunto, y él asiente—. Puedo lavarte la ropa.

—Ya lo hago yo.

Robbie la saca de la mochila y la sujeta contra el pecho. Oigo que cierra la lavadora y echa detergente. Arrastra los pies hasta el baño y se queda un largo rato bajo la ducha.

—He usado tu máscara facial —dice luego.

Yo me río.

—¿De verdad?

—¿No se nota?

—¿Tienes hambre?

—Supongo que sí —contesta. Pronuncia cada palabra con cuidado, como si tuviera la boca llena de canicas.

Caliento el arroz. Se sienta en el sofá con el plato en las rodillas. La comida parece desaparecer en pocos bocados; tendría que haber comprado dos raciones.

Montamos el sofá cama y ponemos las sábanas. Lo compré pensando en él. Por aquel entonces, Robbie aún vivía en Bristol y yo quería tener una cama de sobra para cuando me visitara. Se sienta muy recto contra los cojines y Jasper se tumba sobre sus piernas.

—¿Te has quedado con hambre? Tengo más cosas, hice la compra hace poco.

Robbie niega con la cabeza, pero, de todos modos, preparo dos tazas de chocolate caliente, con nata líquida en lugar de leche. Está muy delgado. Sonríe un poco para sí mismo cuando le ofrezco el chocolate caliente y pienso: «Lo estoy forzando demasiado».

—¿Tienes que volver a Lancashire?

—No, hemos acabado.

Vemos una *sitcom*. Robbie, a mi lado, ríe en silencio en el sofá. Sacude los hombros y tiene la mano encogida a pocos centímetros de la cara. Parece

diferente, menos intenso, y su voz también suena diferente; ya no es ahogada ni plana.

—Creo que no debería estar en Londres ahora mismo —comenta.

Me quedo inmóvil.

—¿Adónde quieres ir?

—A Penbridge.

—Muy bien. Llamaremos por la mañana.

Nos damos las buenas noches. Cierro la puerta y me meto en la cama. Quiere ir a rehabilitación, me ha pedido que lo lleve. Esto nunca había pasado. Siempre ha intentado dejarlo por su cuenta.

Me despierto temprano. Tengo que llamar a Penbridge. Si no tienen plaza hay muchas más clínicas. En el ordenador guardo un listado.

La luz del sol inunda mi dormitorio. No oigo si Robbie se ha levantado ya. Abro la puerta y lanzo un gemido. Las sábanas están recogidas y dobladas encima del sofá. Su plato y su taza, lavados y en el escurridor.

En Crail, casi todas las semanas hacía de canguro para los Fennell. Vivían en Marketgate, en una gran casa de piedra con tejado inclinado. Una noche, esperé en la escalera de la entrada con las manos en los bolsillos del abrigo, mirando la corona de flores de la puerta.

—Hola, Claire —dijo Rebecca—. Gracias por venir. Hace frío, ¿eh?

Mientras se ponía los tacones, me preguntó por mis clases con un tono cálido y familiar. Nos conocíamos bien; había empezado a hacer de canguro para ellos dos años antes, al cumplir los catorce.

Max y Lucy corrieron al vestíbulo y se agarraron a mis piernas. Cuando sus padres se marcharon, jugamos a un juego de mesa. Max se acostó él solo y yo le leí *Los Borrower* a Lucy en la cama, con la niña recostada contra mí. Me pregunté si sus padres me dejarían ser su canguro de saber lo que había hecho mi padre.

Una vez Lucy se hubo dormido, bajé y abrí la nevera. Había *pizza gourmet* y envases de *risotto*, *gnocchi* y pastel de pescado de una cara tienda de Edimburgo. No quise dejar un hueco muy evidente en la nevera, así que comí pequeñas cantidades de un montón de cosas diferentes, lo cual, me di cuenta, resultaría aún más extraño si se daban cuenta.

Hice los deberes y, luego, di vueltas por la casa, que era más grande que la nuestra, con suelos de madera pulida y alfombras bereberes. En el dormitorio principal, miré las cremas de Rebecca, tubos blancos con nombres franceses. Eran diferentes a los productos de mamá, máscaras de arcilla y lociones de menta para los pies que compraba de oferta en el supermercado.

Tenía ojeras. No había dormido bien en toda la semana, desde que visité la página web sobre mi padre. Me puse un poco de la crema de Rebecca, que solo pareció conseguir que mis ojeras se vieran brillantes además de hinchadas.

Sobre la cama de Rebecca había doblados un montón de jerséis de cachemir de color negro, azul marino y crema. «No deberían gustarme», pensé. No quería tener nada en común con mi padre. Lo que significaba que tampoco podían gustarme los caballos, los yates ni las villas, aunque ninguna de esas cosas parecía estar en mi horizonte.

Mis amigas de la escuela eran muy descuidadas con su comportamiento. Podían ser egoístas, cotillear y mentir sin pensar. Yo no. Mi padre era un

mentiroso y yo no me parecería en nada a él.

Salí del dormitorio y bajé a ver la tele. Los Fennell estaban abonados a todos los canales caros y vi *Treinta y nueve escalones*. Cuando estaba en su casa siempre elegía una cosa diferente, como si ellos pudieran saber de algún modo lo que veía y me juzgaran en función de ello. O quizá esas fuesen mis verdaderas preferencias y su bonita casa estuviera hecha para mí. Esperaba que no, que solo fuese lo habitual, que te sientes más relajado y alerta en una casa ajena.

Cuando volví a casa, mamá estaba en el salón. Me senté en el sofá a su lado.

—¿Cómo ha ido? —preguntó.

—Bien. Se han ido a la cama a las ocho y he visto *Treinta y nueve escalones*.

—Hace años que no la veo. ¿Te ha gustado?

Asentí y me acerqué a ella.

—Rebecca Fennell tiene unos jerséis muy bonitos. Mamá se rio.

—Seguro que sí.

Quise contarle el resto. «Eran de cachemir y me entraron ganas de probármelos. ¿Significa eso que soy avariciosa, que soy como él? ¿Te recuerdo a él?».

Mamá me dio una palmada en el brazo.

—Me voy a la cama. ¿Te acordarás de apagar las luces de Navidad?

—Sí.

—Anoche te olvidaste.

—No me olvidaré.

Intenté leer en internet más cosas sobre mi padre, pero no pude concentrarme. Pensaba que alguien había entrado en casa. Ya había bajado dos veces a comprobar si la puerta de la calle estaba cerrada.

Estaba frente a la ventana, mirando la hilera de farolas en la niebla, cuando se me ocurrió. Me creé una cuenta en el foro, abrí un nuevo hilo y escribí: «¿Alguien sabe dónde viven ahora Faye y los niños?».

Esperé una hora a que alguien respondiera y, luego, intenté dormir.

A la mañana siguiente. Desayuné en la mesa de la cocina con Robbie, que dibujaba un plano muy preciso de una casa de jengibre, y con mamá, que leía el periódico. La miré a la cara, el cuello y los brazos. No parecía tener

cicatrices donde la golpeó. Había leído que mi padre la había intentado ahogar aquella noche. Quise preguntarle si el cuello también se le había curado o si aún le dolía a veces.

—¿Puedes sacar a *Finn*? —preguntó.

Lo paseé por la calle principal, más allá del toldo a rayas del hotel East Neuk, donde Nell y yo trabajábamos los veranos como camareras, y por el puerto. En el muelle, algunos turistas sacaban fotos a los pescadores de langostas, quienes fingían no darse cuenta.

Me senté en uno de los bancos. La espuma blanca salpicaba las paredes del puerto y yo miré por el gris y agitado mar hacia Dinamarca. Se avecinaba un temporal. Se suponía que nadie conduciría esa noche y que las tiendas cerrarían antes.

Una pareja pasó por mi lado y entró en la marisquería Reilly. Salieron al cabo de unos minutos con bolsas de hielo y mejillones. En el mar, el cordaje de la boya antiniebla tintineó. Me gustaba ese sonido, sobre todo de noche, cuando no se veía la boya.

Subí las botas al banco y me rodeé las piernas con los brazos. Las olas rompían contra las quillas de los barcos de pesca y unos maderos sueltos asomaron al agua. Después de los temporales, recogíamos madera en la playa. A mamá le gustaba quemarla en la chimenea, decía que olía mejor.

«No quiero irme», pensé, «pero si alguien del foro sabe que vivimos aquí, tendré que decírselo a mamá, y puede que entonces tengamos que mudarnos».

Una vez en casa, abrí el hilo. «Se han mudado a Irlanda», decía la primera respuesta. «Ahora viven en Dalkey».

Me senté en la silla. No es nuestro pueblo, ni de lejos. Alguien más escribió: «¿Estás seguro? ¿Dalkey no es muy caro?».

La gente del foro sabía más que yo de nuestra economía. Al parecer, mi padre no había sacado dinero de sus cuentas antes de desaparecer. Por entonces, mi madre todavía figuraba como cotitular de las cuentas, ya que aún no había empezado el proceso de divorcio. No obstante, ella se negó a quedarse con nada que fuese suyo. Cedió a mi abuela la casa y el resto de los bienes compartidos. Lo cual explicaba por qué teníamos tan poco dinero los dos primeros años que pasamos en Escocia, hasta que mamá encontró trabajo en la consulta del podólogo, y por qué seguía pagando la deuda de su tarjeta de crédito.

Continué metiéndome en el hilo a lo largo de todo el día, a medida que más y más gente colgaba sus respuestas. Unos pocos confirmaron que estábamos en Irlanda. «Tengo un amigo que es policía. Sí que están en Irlanda, pero en Wexford, no en Dalkey», dijo uno.

Nadie mencionó Crail. Estaba tan contenta de que pudiéramos quedarnos que casi se lo conté todo a mamá. El temporal estalló en la costa y yo leí una novela en mi cuarto mientras escuchaba cómo la lluvia de sal se desahogaba en el tejado. Estábamos a salvo. Nadie nos vigilaba, nadie espiaba por nuestras puertas y ventanas cuando no estábamos en casa.

Alice lleva un vestido de tenis de algodón blanco y el sol brilla lo bastante fuerte como para que la tela resplandezca. No estoy jugando bien. Llevo todo el día distraída y no paro de cometer errores. Las dos sudamos y nos secamos la frente con la mano después de cada servicio. Ella gana el primer set.

—¿Quieres que lo dejemos aquí? —pregunta.

Yo asiento y abro la botella de agua con los dientes.

Alice hace una mueca.

—¿Te encuentras bien? —digo.

—Solo es dolor de cabeza. ¿Tienes aspirina?

—Encima no.

—¿Te importa si pasamos por casa de mis padres?

Cruzamos Burton Court hasta St. Leonard's Terrace y la casa de sus padres. Intento mantener la calma mientras Alice abre la puerta de la verja y recorreremos el camino hasta la entrada principal. Observo la escalera con moqueta, el comedor rojo y el montón de sobres en el aparador. Alice me precede por el pasillo hasta la cocina, donde una galería acristalada se extiende hasta el jardín.

Echa un vistazo en un cajón y suspira.

—Ahora vuelvo. Hay limonada en el frigorífico si todavía tienes sed.

Mientras sube las escaleras, abro un armarito y cojo un vaso. Conque así es la casa de sus padres por dentro. James y Rose leen los periódicos arrugados de la mesa. Eligieron esta vajilla de porcelana. Ese ordenador portátil es de uno de ellos. Me cuesta abrir la botella de limonada; tengo las manos resbaladizas por el sudor.

Las gruesas paredes de estilo georgiano de la casa absorben el sonido. No sé en qué parte de la planta de arriba estará Alice. Abro el portátil. Pide una contraseña y me pregunto cuál puede ser cuando oigo una llave en la cerradura. Me aparto del portátil, hacia el fregadero, cuando un hombre alto y enjuto vestido con un polo entra en la cocina. Frunce el ceño al verme.

—Hola, soy Claire. Alice está arriba.

James me escudriña y soy consciente de que estoy sudando, que tengo manchas bajo las axilas y parte del pelo pegado a la frente y que soy una desconocida que está en su casa. Mira el vaso que tengo en la mano y quiero

decirle que Alice me ha ofrecido la limonada, que no la he cogido por mi cuenta.

—Le duele la cabeza —digo finalmente.

—Le pasa a menudo. ¿Buen partido?

—No el mejor.

James está ligeramente encorvado. Le ralea el pelo; le veo las pecas rojizas del cuero cabelludo. Empieza a repasar el correo del aparador. No sé qué hacer con el vaso, si debo dejarlo en el fregadero o meterlo en el lavavajillas. Ambas opciones me parecen presuntuosas.

Alice vuelve por fin, saluda a su padre, coge un melocotón de un cuenco y me lo ofrece.

—¿Lista?

Dejo el vaso en el fregadero y la sigo fuera, al jardín delantero, donde nos encontramos a Rose sacando bolsas de un vivero.

—Esta es mi amiga Claire —dice Alice, y Rose me ofrece una sonrisa distraída. La miro y pienso: «Casi acabamos en una casa de acogida por tu culpa».

Alice le cuenta que le duele la cabeza y que se ha tomado una aspirina.

—Pero vendrás esta noche, ¿no? —pregunta Rose.

Alice asiente.

—Puede que duerma aquí. Creo que he pillado algo.

—Le diré a tu padre que recoja a Stella. De todos modos, tiene que ir en coche a Putney —contesta Rose, y tengo que contenerme para no preguntarle por qué.

Alice se despide de su madre con la mano y, unos minutos después, estamos pidiendo en la cafetería y me siento mal cuando pienso en cómo ha ido todo.

En casa, tomo una cerveza de la nevera y me quedo mirándola. Había olvidado que había comprado toda esta comida, las *pizzas* congeladas y las sopas, los *gnocchi* frescos y las berzas, y la fruta que creí que Robbie querría para hacerse zumo. No podré comérmelo todo yo sola antes de que se eche a perder.

En la calle suena la alarma de un coche. Oigo voces en el piso de abajo y el aire de la noche está cargado de ozono. Compruebo mi agenda para el día de guardia, empiezo una colada y me aseguro de tener ropa limpia para la semana.

Lo he estropeado todo. La forma en que me conoció James —sola, dentro de su casa, actuando como si fuera mía— difícilmente podría haber sido peor. Creo que él y Rose notaron mi incomodidad. Puede que se lo mencionen a Alice. Me imagino a Rose preguntando: «¿Por qué necesitas una nueva amiga? Ya tienes miles».

James parece haber envejecido mucho últimamente. Busco la foto del club Ramsden, recortada de un periódico: ocho hombres con esmoquin, incluidos James, Sam y mi padre. Todos muy satisfechos consigo mismos. Habían superado la iniciación y, tras ser elegidos de entre todos los estudiantes de Oxford, se habían unido a un club cuyos miembros se habían convertido en jueces, actores, espías, ministro de Asuntos Exteriores o primer ministro.

Una vez, leí sobre una de sus fiestas. La ubicación era secreta, un campo a las afueras de Oxford. Llevaron a los invitados, chicas en su mayoría, en autocares. A todos los invitados se les entregaron máscaras blancas y túnicas negras. En el centro de un círculo había cabezas de cerdo ensartadas en estacas y una enorme hoguera.

Pero hacía algo de frío. Y las máscaras se sujetaban a la cabeza con gomas, algo que molestó a los asistentes. Unos pocos invitados se subieron las máscaras a la cabeza, como si fueran gafas de sol. Algunas chicas se pusieron abrigos sobre las túnicas para abrigarse.

Nadie sabía qué hacer. En ese entorno no parecía apropiado hablar de exámenes, cotillear ni bromear, como suele hacerse en las fiestas, pero no había nada más que hacer. En su lugar, la gente deambulaba por el lugar, se detenía ante el fuego y miraba la piel jabonosa de la cabeza de los cerdos.

Dos de los miembros de Ramsden lucharon en el barro junto al fuego, lo cual resultó emocionante al principio. Las llamas se reflejaban en la piel fría y el pelo negro les caía sobre los ojos. Pero la pelea se alargó demasiado y se volvió aburrida.

Uno de los conductores de autobús dormía en su asiento, otro leía un periódico y comía patatas fritas. Su completa indiferencia hacia la fiesta molestó a los miembros del club. Pensaron que los conductores querían observar, que quizá hasta se emocionaran demasiado y que habría que ponerlos en su sitio.

Los asistentes tenían hambre. Nadie había llevado comida, no se les había ocurrido que fuese necesario. La fiesta debía durar hasta el amanecer, pero, para la medianoche, la mayoría había empezado a hacer autostop para regresar a Oxford.

A primera hora de la mañana, un chico de la fiesta llegó a un hospital de Oxford con tres costillas rotas, pero se negó a decir qué le había ocurrido. Ahora es un miembro del Parlamento. Me pregunto dónde estaría ahora si hubiera contado la verdad.

—Buenas noticias —dijo Nell en el autobús mientras volvíamos a casa de la escuela—. El hermano de Caitlin va esta noche al Vix.

—¿Hay hueco en su coche?

—Seguro —contestó.

En casa de Caitlin, comimos cerezas Haribo y bebimos vodka mientras nos preparábamos. Una amiga me había dicho que si filtrabas cinco veces el vodka barato sabía igual que el caro. Cada vez que bebía vodka me acordaba de eso, aunque no era algo especialmente interesante ni pensaba hacerlo.

—Cierra los ojos —dijo Caitlin y me pasó el delineador por encima de las pestañas.

Nell puso otra música y me cambió el vodka por las chucherías. Las burbujas atravesaron el vodka cuando me llevé la botella a la boca.

Nell llevaba una camiseta de tirantes gris encima de un sujetador amarillo neón y yo había conseguido un vestido corto con cremallera frontal. Nos pusimos las trencas y noté esa sensación peculiar que solo se tiene cuando sales en invierno, cuando los brazos desnudos rozan la suave tela de un abrigo.

El hermano de Caitlin estaba en la cocina con sus amigos. También bebían vodka Glen's, aunque no comían chucherías Haribo. Nos miró.

—No cabéis las tres.

—Hola —saludé al chico en cuyo regazo me senté.

—Hola —respondió él—. ¿Vas bien?

Yo asentí, cogí el vodka que llevaba Nell, bebí y le pasé la botella al chico. Me incliné hacia delante para que bebiese.

—¿Puedes subir la música? —preguntó Nell.

—Me llamo Tom —dijo el chico en cuyo regazo estaba sentada.

—No pienso traeros de vuelta si no podéis entrar —dijo el hermano de Caitlin.

—No habrá problema —contestó Caitlin.

Las tres habíamos ido a una tienda de Edimburgo para comprar unos carnets falsos que habíamos probado en todos los bares de Grassmarket. El único sitio donde no nos habían dejado entrar era un club de *striptease*. Lo cual puede que fuese algo bueno, la verdad. En su lugar fuimos al kebab de al lado y tuvimos una discusión sobre la industria sexual. Nell dijo que debía

legalizarse y las trabajadoras sexuales la aplaudieron. Yo dije que sí, pero solo si la gente lo hacía por decisión propia, no porque no tuvieran alternativa.

—¿Y la gente que trabaja en los servicios de atención al cliente? ¿No debería ser eso ilegal a menos que tuvieran otra opción? —dijo ella.

—Desde luego —contesté yo.

Entonces Caitlin añadió:

—Si compro más patatas, ¿comeréis? —Las dos asentimos.

El hermano de Caitlin aparcó el coche y nos pusimos en la cola del Vix.

—¿Tú crees que entraremos? —pregunté a Nell, que asintió—. Pero no los hemos probado aquí.

—Deja el tema ya —contestó ella.

Llegamos a la puerta. El portero me devolvió el carnet y seguí a los demás dentro del club. Nell pidió un vodka con tónica y yo también. Utilizaba a Nell de liebre como el ciclista que marca el camino a los corredores en un maratón. Me parecía buena idea tener a alguien así. No creía que mi infancia hubiera sido una buena preparación para ponerme límites.

En la barra, hablé con Tom sobre la carrera de Historia que estudiaba. Respiré hondo y sentí que mi vestido se tensaba alrededor de las costillas, la cremallera metálica fría contra el pecho y el estómago. Nell pidió dos chupitos kamikazes y entonces pensé que debería haber elegido como liebre a otra persona. Usar a Nell era como no tenerla.

Tom y yo salimos a fumar un cigarrillo y, luego, fuimos al asiento trasero del coche de Caitlin. Cuando volvimos dentro, Nell dijo:

—¿Debería decirle que lave el coche?

Tom y yo asentimos entre risas. En el viaje de vuelta, dormité en el regazo de Nell mientras ella me abrazaba.

Sabía lo que diría la gente del foro si me hubieran visto en el coche con Tom. Pensarían que estaba tentando al destino, como si tirarse a un chico en el asiento trasero de un coche fuera peligroso. Harían que pareciera que quería que me pasara algo malo, pero ya me habían pasado cosas malas y solo quería algo bueno.



El lunes, al volver de clase, la casa estaba vacía. Me dejé el abrigo puesto mientras miraba en las habitaciones. Nadie había contestado diciendo que estábamos en Crail, pero eso no significaba que estuviéramos a salvo. Mi padre había intentado matar a mi madre y ella seguía con vida. Podía volver a intentarlo. O quizá lo hiciera uno de sus amigos. O alguien del foro, como el hombre que había colgado la foto de una mujer desnuda —no era mamá, pero se le parecía— con una bola metálica en la boca.

La puerta de mi dormitorio estaba abierta lo justo como para que una persona se escondiera tras ella. La empujé, conteniendo la respiración. Esperaba que rebotara hacia mí. La manija chocó contra la pared y respiré. Luego miré bajo las camas, dentro de los armarios y detrás de las cortinas de la ducha.

Cuando mamá volvió a casa, me encontró estudiando en la mesa de la cocina.

—¿Qué hace aquí el martillo? —preguntó.

Lo tenía en la mesa, junto a mis apuntes y libros. Señalé el suelo.

—Había un clavo suelto.

Un martillo me parecía más fiable que un cuchillo. No había que preocuparse tanto por acertar el golpe.

Me preguntaba si sería muy difícil conseguir un rifle de caza. En la mayoría de las fincas de las Highlands, a pocas horas al norte de donde vivíamos, tenían armas. La gente como los amigos de mi padre las usaban en partidas de caza y no era justo que ellos tuvieran acceso a rifles y yo no.

Años antes, había estado en una de esas casas de las Highlands. La familia de Sam tenía una finca cerca de Inverness y los visitamos el 12 de agosto, fecha en que empieza la temporada de caza en Gran Bretaña.

Tenían un páramo de doscientas cincuenta hectáreas donde había urogallos. A los niños no nos dejaron participar en la cacería, pero recuerdo a los cazadores recorriendo la ladera de una colina, como figuritas con gorras de plato y cazadoras, con las armas apoyadas en el hombro como si fueran palillos.

Debí coger uno de los rifles y esconderlo en el bosque. Así ahora podría ir a recogerlo. Habría tenido tiempo de sobra. Los adultos se pasaron el día fuera de la casa, recorriendo el páramo y gastando miles de cartuchos de munición. Mientras estuvieron fuera, yo jugué en un arroyo de cauce ancho,

aguas poco profundas y con un lecho de guijarros que corría bajo un puente de doble arco.

Los adultos no regresaron para el almuerzo. Uno de los criados fue en un pequeño camión a su encuentro con cestas de mimbre que contenían langosta y pollo frío. Desde el arroyo vi cómo el camión se alejaba traqueteando por el agreste terreno mientras el agua fría me cubría hasta los tobillos. Había estado recogiendo guijarros. Debería haberlos soltado en ese momento, trepado por la orilla, vuelto a la casa vacía e ido a la armería. Necesitaba un rifle ahora, en Crail, porque no se había acabado.

Un día de aquel viaje llovió con demasiada fuerza como para que salieran a cazar. Mi padre tomó prestado un *jeep* y me llevó con él. Atravesamos el páramo hasta llegar al lago. La lluvia desaparecía de los limpiaparabrisas y teníamos que gritar para oírnos. Mi padre me dijo que la abuela de Sam le había dicho que en el lago había un monstruo. Que una vez, de niña, había nadado cerca de él.

—¿Y le dio miedo? —pregunté.

—No, dijo que fue una de las mejores cosas que le habían pasado nunca, que siempre había querido ver uno.

—¿Lo ha visto alguien más?

—El tío de Sam. Podemos preguntárselo esta noche en la cena.

El *jeep* botaba sobre las rocas y se abría paso entre los arbustos. Delante de nosotros, el lago asomaba bajo oscuras montañas. Mientras lo rodeábamos, yo buscaba al monstruo en su superficie. La lluvia se había llevado parte del camino.

—¿Es seguro? —pregunté.

—No pasará nada —dijo.

A menudo me decía que no me preocupara tanto.

Alice está tumbada bocabajo, con los tobillos cruzados en el aire. Mientras hablamos, se frota el empeine de un pie con los dedos del otro. Las mujeres que tenemos delante se paran en un muelle, se zambullen en el agua y recorren el estanque a nado. Los árboles que rodean el estanque para mujeres de Kenwood son lo bastante densos como para ocultarlo y aislarlo del resto del parque de Hampstead Heath. Me echo el pelo húmedo sobre el hombro. Venir ha sido idea de Alice; no podía creer que no hubiera venido nunca.

En la ladera que da al estanque, hablamos de nuestros antepasados mientras se nos secan los trajes de baño. Las dos sabemos mucho de ellos. A la tía de Alice le interesa la genealogía y dejo que crea que mi información también proviene de alguien de mi familia, que no he sido yo quien se ha abierto una cuenta en una página patrimonial y ha pagado para acceder a los registros.

Hace unos años, dediqué un tiempo a investigar sobre mis orígenes. Copié a mano todo el árbol genealógico de mi familia materna con cuidado y tinta sepia. Retrocedí seis generaciones. Me gusta mirarlo y recordarme que también tengo parte de esa gente, no solo de él.

—Mi bisabuela se distanció de sus hermanos —dice Alice, con los brazos a la espalda, mientras tensa los tirantes del biquini.

—¿Por qué?

—Eran tres hermanos y ella era la pequeña. Cuando su hermano y su hermana eran adolescentes, se enamoraron y se fugaron.

—¿Juntos?

—Sí. Se cambiaron el nombre al huir y no volvieron a verlos.

Estoy tumbada, con la barbilla apoyada en las manos y mirando una abeja agarrada al tallo de un trébol. Una mujer se zambulle en el estanque y grita porque el agua está fría.

—Y ahora no hace mal tiempo —comenta Alice—. Cuando vivíamos en Hampstead, mi madre venía a nadar aquí en invierno.

Me vuelvo para mirarla. Los Fraser nunca vivieron en Hampstead; tenían la casa de Sussex y la de Chelsea desde antes de que yo naciera.

—¿Dónde vivía tu familia?

—En Flash Walk —contesta.

Enrollo una brizna de hierba alrededor de un dedo y tiro de ella. Quizá estoy equivocada, puede que vivieran aquí de forma temporal.

—¿Te cuesta mucho mantenerlo en secreto? —pregunta.

—¿Perdón?

—Lo de tus padres. Debes de tener ganas de contarles lo de la fiesta.

Al otro lado del estanque, el viento separa las ramas de un sauce y muestra el hueco del interior. Por primera vez, me permito imaginar que no he mentado a Alice, que mis padres están felizmente casados y que estoy preparando una fiesta sorpresa para su aniversario.

—Me está costando, casi se me ha escapado un par de veces.

—¿Dónde se casaron? —pregunta con una expresión de concentración en el rostro, más seria de lo habitual.

—En una oficina del registro civil. ¿Cuánto hace que se casaron los tuyos?

—Treinta y cinco años —responde. Entonces rueda sobre la espalda y cierra los ojos.

No sé qué acaba de pasar, si me está poniendo a prueba. Si está a punto de preguntarme en qué oficina del registro civil se casaron, si mirará en los registros y no encontrará a nadie con mi apellido. Intento recordar si he cometido algún error cuando hablábamos de nuestros antepasados, pero solo he dado detalles vagos, ningún nombre.

Alice parece quedarse dormida. Miro la hilera de salvavidas naranjas e intento pensar en un modo de contestar a las diferentes preguntas que podría hacerme. Al final, se reincorpora.

—¿Lista?

Caminamos por el parque, verde y ondulante a causa de las sombras de las escasas nubes, los pájaros y nosotras. Todavía no sé si me estaba tendiendo una trampa o si ahora está más callada de lo habitual. Saca una bolsa de Maltesers y se los come mientras andamos. Estamos cruzando una hondonada junto a Pryor's Field cuando oigo un sonido, como un gorgoteo, y Alice se detiene en seco. Suelta la bolsa de bolitas de chocolate y se lleva las manos al cuello mientras abre mucho los ojos.

Me coloco detrás de ella, le rodeo el torso con los brazos y empujo el puño contra el diafragma. Su cuerpo se sobresalta contra el mío. Vuelvo a hacerlo, con más fuerza, y escupe la bolita a la hierba con una tos.

Resuella y se inclina hacia delante con las manos en el pecho. Estamos solas, nadie lo ha visto ni viene a preguntarnos si estamos bien. Alice se echa

a reír de forma histérica y yo me dejo caer de rodillas en la hierba. A nuestro alrededor, el verde de los árboles se agita en el viento.

—Oh —dice ella—. Estás llorando.

Me enjugo los ojos con la manga y Alice se sienta a mi lado y me rodea con un brazo.

—Gracias, Claire —añade.

Cuando dejan de temblarme las rodillas, continuamos andando, todavía cogidas del brazo. Alice me cuenta lo que ha sentido, lo que creía que iba a pasar. Puede que mi reacción le haya parecido extraña para ser médica, pero no puedo explicársela. A pesar de que no la he golpeado ni empujado, mientras se ahogaba he sentido que era culpa mía, como si hubiera deseado que le pasara eso para que estuviera en deuda conmigo.

Mamá estaba en el jardín cortando leña. La luz del sol recorría la hoja del hacha al caer; debía de haberla engrasado poco antes. El leño se partió y las mitades cayeron en la nieve. Al acabar, dejó el hacha clavada en el bloque de madera, con el mango rojo en el aire, lo cual era una estupidez, ya que cualquiera podría entrar y cogerla. Fui al jardín y guardé el hacha en el cobertizo.

Esa noche, mamá encendió la chimenea con la madera que había cortado. Miré los leños y pensé: «Esperaré a que uno prenda antes de preguntárselo». Ella seguía arrodillada junto al fuego y por el tiro de la chimenea ascendían trocitos de papel quemado.

—¿Por qué lo hizo? —pregunté.

Tras mirar fijamente al fuego, mi madre tuvo que pestañear para verme.

—No lo sé —contestó.

Se lo había preguntado antes y su respuesta había sido la misma. El aire encima del fuego tembló con el calor.

—¿Pensaba que ibas a quedarte con su dinero?

—No, la mayoría de su dinero estaba en fondos de inversión. Si nos divorciábamos, yo no podía coger nada.

—¿Y la casa?

—Yo no quería vivir en esa casa. Estaba a punto de pagar la fianza para un piso en Highbury.

Esa noticia me alteró, como si hubiéramos escapado por poco.

—¿Había conocido a alguien?

—Estábamos separados —dijo con un tono cortante—. Eso no habría sido un problema.

—¿Le preocupaba su reputación?

—¿Qué quieres decir? —preguntó y se volvió hacia mí.

Tenía la boca ancha y los ojos hundidos; apenas se parecía a la mujer que salía en las fotos antiguas. Detrás de ella, uno de los troncos se desplomó contra la rejilla.

—Por el divorcio. ¿Le preocupaba que contases cosas de él? —Mamá se encogió de hombros. Extendió la mano para mover un tronco y la apartó un instante antes de que saltaran unas chispas—. Debes de haber pensado en algo.

—Estaba enfadado conmigo. Al parecer, creía que me interponía en su camino.

—¿Por qué?

—No lo sé, Claire.

—¿En el camino de qué? —pregunté, y ella negó con la cabeza—. ¿Por qué lo ayudaron sus amigos?

—Lo conocían desde hacía más tiempo.

—¿Y qué pasaba con Emma?

—No pensaron en Emma.

Hace ocho años, visité a Nancy, la madre de Emma, en Birmingham. Uno de mis días libres en el hospital St. George, tomé el tren al norte y, luego, un taxi hasta su casa, en Balsall Heath.

Le había escrito antes y me esperaba. Nos sentamos en el salón y me contó cómo le había afectado. Cómo le afectaba todavía. Me quedé inmóvil, clavada en el sitio, mientras hablaba con la mirada fija en la alfombra.

Se había separado de su marido, el padre de Emma, dos años después de la muerte de su hija. Aún veía a Joe de vez en cuando y dijo que ambos esperaban que algún día no les resultase tan doloroso verse y que volvieran a vivir juntos.

Arrojaron las cenizas de su hija en una colina de Francia, cerca de Aubrac, adonde habían ido de vacaciones cuando Emma tenía diecisiete años.

—Le encantó —dijo Nancy—. Dijo que era el sitio más bonito que había visto nunca.

Nancy me enseñó una foto del monasterio que visitaron, donde los monjes tocan las campanas durante las tormentas de invierno para guiar a todo aquel que se pierda en la nieve.

Vimos álbumes con fotos de Emma. Nancy me miraba atentamente y me pregunté si intentaba ver a mi padre en mi cara.

—Mi madre quería a Emma —dije—. Se sintió muy culpable de que aquello le pasara a Emma y no a ella.

—Lo sé —contestó Nancy—. Nos escribimos.

Me sobresalté.

—¿De verdad?

—Fui a verla tras la audiencia, para decirle que no fue culpa suya.

Entonces, rompí a llorar.

—Nos vimos unas cuantas veces —añadió Nancy—. En una tetería al lado de la estación de tren de Edimburgo. ¿Cómo se llama...?

—La estación de Waverley.

—Sí, esa.

El bodegón representa unas ostras y limones pintados hace cuatrocientos años en Holanda. Lamento que haya acabado aquí, en esta habitación llena de personas rebuznando, y que una de ellas pueda llevársela a su casa.

Alice me ofrece una copa de champán y se para a mi lado para estudiar el cuadro. Desde aquella tarde en el parque, las últimas semanas hemos pasado mucho tiempo juntas. Todavía me siento culpable, como si hubiera deseado que estuviese a punto de morir y supiera lo mucho que me ayudaría salvarla. Cambió nuestra amistad casi de inmediato. Empezamos a hablar por teléfono y a vernos mucho más a menudo y me invita a hacer excursiones, cenar, ver películas y, ahora, a esto: una visita privada en la casa de subastas Sotheby.

Estamos en una sala con naturalezas muertas holandesas que se subastarán la semana que viene. Observo otro cuadro, con ramos de tulipanes rojos y una trucha plateada, y me cuesta creer que alguien pueda tener permiso para comprarla. Alice me señala las delicadas escamas húmedas del pescado. Detrás de nosotros, un hombre describe su fiesta de cumpleaños.

—El tema será hijos menores —dice—. Cada mesa llevará el nombre de algún famoso que fue el benjamín de su Familia.

Estamos a finales de agosto. Hace unos días le dije a Alice que mi padre se había roto la cadera y debía anular la fiesta. Se sintió decepcionada, pero me dijo que, por supuesto, no me cobraría. Intentó devolverme también la fianza, pero insistí en que se la quedara.

Alice sigue concentrada en el cuadro. Es una buena persona con la que ir a ver exposiciones, callada y pensativa, y no parece molestarle la gente que nos rodea. Yo bostezo y me planteo irme y volver por la mañana, cuando la exposición esté abierta al público y estas personas no estén aquí.

He pasado la noche en vela preocupada por Robbie. Y casi todos los pacientes de hoy eran difíciles. Una mujer se quejó por la espera y no pude decirle que el retraso se debía a que el paciente anterior me había dicho que había empezado a autolesionarse con una navaja.

Sigo a Alice a la siguiente sala y pasamos entre un grupo parado en la puerta. En el centro, alzando la voz, está Sam.

Noto que se me acelera el pulso por todo el cuerpo, en las muñecas, la garganta y las corvas. La última vez que vi a Sam fue hace tres años, cuando la prensa publicó una noticia sobre su casa de Chelsea. Él también me vio a

mí, en la acera de enfrente de su casa; se detuvo y me miró fijamente, con una expresión de desconcierto en el rostro.

Viste pantalones amarillos y una camisa blanca, metida por dentro. El pelo rojo le ha empezado a ralear y tiene las cejas claras, de modo que la frente le sobresale por encima de los ojos. Los ojos de color azul claro y el gran espacio que hay entre la boca y la nariz le dan un aspecto anticuado a su rostro.

Sam se tapa la boca con el puño cuando traga saliva, para que nadie más empiece a hablar. El grupo espera a que se aclare la garganta.

—Ayer vine aquí después de la partida de *squash* y no podía andar, así que me senté frente a ese cuadro mientras me recuperaba.

Comienza a describir la naturaleza muerta que tiene delante, la obra de uno de los maestros holandeses que saldrá a subasta. Me fijo en que tiene la lengua blanca, como si no se la cepillara.

—Creo que esa era marcó... —dice una mujer.

—¡Alice! —grita Sam. Ella sonrío al verlo. Sam le rodea los hombros con un brazo y le hace dar media vuelta para que mire al grupo—. Esta es mi ahijada.

—Te presento a mi amiga Claire —dice Alice.

Sam me saluda con un beso. Cuando se mueve para besarme la otra mejilla, estoy lo bastante cerca como para oler el aroma a *whisky* de su boca.

—Encantada de conocerlo —digo.

Sam me mira de arriba abajo y vuelve la vista a Alice. No me ha reconocido.

—¿Qué te pasa con tu contable? —pregunta a Alice.

—Es un desastre.

—Ya. ¿Por qué no quedamos para cenar esta semana? Quiero que me lo cuentes todo —contesta.

—Sí, claro. ¿Has visto que sirven tu vino?

Sam tiene un viñedo en Kent llamado Dionisos. Detiene a una camarera para cogerle una botella. En la etiqueta pone, oportunamente, que Dionisos es el dios griego del vino. También fue un tirano que gobernó Siracusa en la antigua Grecia y ordenó ejecutar a cientos de personas, cosa que me esfuerzo en no mencionar.

—¿Cómo van los viñedos? —pregunta Alice.

—Bien, bien, se han recuperado del todo —responde Sam. Y, entonces, se dirige al grupo—: Hace cuatro años se pudrieron las raíces y perdimos toda la

cosecha. —Me cuesta no sonreír; no sabía nada de eso—. En Francia, cada pocos años se habla de sabotaje industrial.

—Nadie te haría eso —contesta Alice.

—Vaya, se me ha ocurrido alguna persona —dice Sam con una sonrisa.

Descubrí que tuvo problemas en la universidad. Una chica lo denunció, pero luego retiró la denuncia y nunca fue a la policía.

Me acabo el champán. No ha sido una buena idea; he tomado tres copas sin nada en el estómago. Miro las líneas blancas del cuello de Sam, donde la piel no se ha bronceado. Se mete con Alice por uno de los padrinos de una boda del mes pasado y ella pone los ojos en blanco. El resto del grupo se da cuenta de que no van a participar en la conversación y se ponen a hablar entre ellos. En su copa hay un mezclador blanco. Los he visto en la barra. Tienen la punta afilada. Podría sacarlo de la copa y clavárselo en la arteria carótida.

Me parece imposible que no haya notado nada, que crea que soy una desconocida. Al final, Sam echa un vistazo al reloj.

—Debo irme, tengo una cena en Rules.

Rules era el restaurante favorito de mi padre. Una vez cené en él como parte de mi investigación. Es el restaurante más antiguo de Londres. Había reservados con mullidas alfombras, cuadros al óleo de aves de caza y un camarero que corta tajadas de solomillo Wellington en un carrito. Servían los mismos postres tradicionales que en el Sweetings y muchos de los comensales parecían conocerse entre sí.

Mi padre debe de echarlo de menos. No solo el restaurante, sino su particular visión de Inglaterra. Es probable que no le guste tanto la comida ni el paisaje de donde se encuentra ahora. Me enfurece la idea de que piense que todavía se merece tener lo que quiera.

Alice y yo recorreremos el resto de la exposición mientras Sam va a Rules. ¿Y luego qué? ¿Al exclusivo club 5 Hertford? ¿A un club de *striptease*? No puedo imaginarlo yendo solo. Dudo que lo esté muy a menudo.

Todo sería diferente si Sam no se hubiera sacado la licencia de piloto. Tenía un Cessna en un aeropuerto privado de Kent y voló en él la noche posterior al asesinato. Le dijo a la policía que solo había sido un viaje de ida y vuelta a Whitstable, pero en el aeródromo no había guardias para confirmarlo, ni registro de su ruta, porque voló muy por debajo del espacio aéreo comercial.

La policía cree que Rose o James llevaron a Newhaven el coche de mi padre mientras él se escondía en Ashdown. La noche siguiente, uno de ellos

lo llevó al aeródromo de Kent y Sam lo sacó del país. Quizá a Alemania, o puede que a Bélgica.

El vuelo a Alemania habría durado noventa minutos. Me gustaría saber de qué hablaron. Creo que los dos se habrían enorgullecido de mantener una conversación normal en esas circunstancias, como si de ese modo demostraran que eran más valientes y serenos que otros hombres.

Mi padre me contó una vez la historia de un piloto inglés cuyo avión fue derribado en la batalla de Inglaterra. Saltó en paracaídas y aterrizó en los campos de Surrey, en los terrenos de un club de tenis. El club le ofreció ropa blanca y una raqueta y lo invitó a jugar mientras esperaban a que la furgoneta de la RAF llegase a por él. El piloto ganó a todos los que se enfrentaron a él. Cuando mi padre me contó la historia, imaginé que él era un piloto. Me pregunto si no lo imaginaría él también.

Después de que Sam lo dejara en tierra, probablemente siguiera a pie campo a través. La experiencia debió de resultarle familiar por todas las historias que había leído de hombres en la guerra, caminando en solitario entre granjas. Debió de sentir cierta camaradería con ellos. Pienso en qué comería y dónde dormiría. Esas historias que leyó seguramente le dieron ideas prácticas. Puede que lo prepararan para disfrutarlo.

Espero a Alice delante de una pequeña estación de tren de Sussex, con la bolsa de viaje a los pies y la botella de vino que he comprado en la estación de Waterloo. Pocos días después de la exposición, me invitó a pasar el fin de semana en Ashdown.

—Siento llegar tarde —dice, y se acerca para ayudarme a llevar mis cosas.

Sopla un aire fresco en el campo y lleva un cárdigan de lana escocesa azul y crema con botones de muletilla de madera.

Guardo el libro y la sigo al coche. Stella ladra en el asiento trasero y me vuelvo para acariciarla. Cuando Alice se detiene en un cruce, los chasquidos del intermitente llenan el coche.

—¿Quién más estará en la casa? —pregunto.

—Mis padres, cuatro amigos suyos, unas primas y un compañero de trabajo de mi madre al que invitó por accidente.

El coche pasa junto a un rebaño de ovejas con marcas rojas. Me pregunto cuánto tiempo viven las ovejas, si serán descendientes de las que vio mamá cuando vino aquí.

El cielo vespertino se oscurece sobre los setos. Cuando llegamos a Maresfield, miro el cartel del pueblo y me acuerdo de que mi padre me contó que, durante la guerra, lo tapaban con pintura para confundir a los alemanes en caso de una invasión terrestre.

—¿Ashdown acogió evacuados durante la guerra? —pregunto.

Alice niega con la cabeza.

—Está demasiado cerca de la costa, no era lo bastante seguro.

Durante el Blitz, mi abuela acogió en su finca de Norfolk a niños evacuados de Londres. Lo mencionaba a menudo, como si eso compensara todos los años en que la enorme casa no ayudó a nadie.

Alice gira por Hindleap Lane. Recuerdo este camino, los densos bosques que lo rodean y los leones de piedra de la entrada. Las puertas se abren y nos dan paso a un largo camino bordeado de álamos. El viento sopla entre los árboles y las sombras en la grava corren, se difuminan y se alargan ante nuestros faros.

Superamos una curva del camino y allí está la casa, una mansión de estilo palladiano. La piedra ha adquirido un tono gris con el paso de los años. Unas

nubes nocturnas pasan veloces sobre su tejado elevado. Mi padre debió de sentirse aliviado cuando llegó aquí aquella noche y vio las puertas de la entrada cerrarse. Alice cierra el coche y su cuerpo queda iluminado de rojo por los faros traseros.

Cuando abre la puerta principal, dos crestados de Rodesia corren hacia nosotros. Los perros tienen una cresta a lo largo de la espalda, por lo que siempre parece que tienen el pelo erizado. Unas voces llegan de la sala de estar. Quiero tirar de la manga a Alice, pedirle que espere un momento, pero ya estamos dentro, rodeados de gente. Me presenta a sus primas Beatrice y Anna, a un anciano vestido de *tweed*, a una mujer con acento alemán y a otro primo, Luke, que acaba de llegar de Vietnam. Lleva un cordel rojo atado alrededor de la muñeca, de Vietnam, supongo.

James está en el sofá, con el tobillo cruzado por encima de la rodilla. Una porción de calcetín amarillo a rayas queda a la vista.

Se levanta del sofá para darme un beso cuando Rose aparece a su lado.

—Cuánto me alegro de verte de nuevo —contesta con calidez, y me pregunto si Alice les ha contado lo que sucedió en el parque.

Los demás invitados tienen variantes del mismo acento, salvo la mujer de Berlín. Alice me lleva a una esquina, donde hay un carrito abarrotado de licores, biter y cerezas de *bourbon*. Rose le dio *brandy* a mi padre cuando llegó a su casa, para ayudarlo a calmarse. Alzo las botellas, como si pudiera encontrar esa en concreto.

Creo que Rose y James han estado en contacto con mi padre, en cuyo caso habrá rastro de ello en alguna parte de la casa. Una carta, una factura, una fotografía o una anotación en un calendario. Ya no necesitan destruir esas pequeñas pruebas, ya no los investigan. Estoy impaciente por empezar a mirar, pero todavía faltan horas para que todo el mundo se vaya a la cama.

Uno de los amigos de James también es médico y trabaja en una clínica de Harley Street.

—¿Has pensado en pasarte a la privada? —pregunta.

—No. Quiero trabajar en la Seguridad Social.

—Bueno, me alegro de que alguien lo haga —contesta sin malicia y no comenta cuánto dinero más ganaría.

A las ocho pasamos al comedor y Rose indica a todo el mundo dónde tiene que sentarse. Me toca cerca del final, entre Luke y Alice. Nunca he comido en esta habitación. Todos los niños comían cerca del cuarto de los niños, aunque una vez que no me encontraba bien me permitieron sentarme en el regazo de mamá.

Dos chicas con camisa de lino azul traen cuencos de *risotto* con setas silvestres. Mientras comemos, Luke me cuenta que vive en Hanoi. Alice suelta un bufido.

—Tienes un piso en Fulham.

—Voy y vuelvo mucho —me dice.

Los movimientos a lo largo de la larga mesa hacen que el reflejo de las llamas de las velas oscile en el techo y las paredes. Miro un cuadro de la era Tudor de una mujer con vestido negro y cuello de encaje que empuña un rosario. Trocitos de otras conversaciones llegan a mi parte de la mesa.

—Eso fue cuando estuvimos en Cambridge.

—Acaban de volver de Cortina.

—¿El Lion d'Or?

—Iremos a Rovinj.

—¿Dónde está eso?

—En Croacia.

Alice mira a sus padres.

—Habéis estado en Croacia, ¿verdad?

James niega con la cabeza.

—Creía que estuvisteis allí después de Grecia, que parasteis en Skopie.

—Eso está en Macedonia. Después de Grecia fuimos a Macedonia.

Luke contesta con largueza mis preguntas sobre su trabajo y sus viajes, lo que significa que puedo escuchar las demás conversaciones. Tras el postre, tarta de ganache de chocolate, dejamos los platos en la mesa. Algunos invitados salen a la terraza a fumar y los demás pasamos a la sala de estar.

—No me funciona el teléfono —dice Beatrice.

—No hay cobertura —contesta Rose—. Creemos que debe de haber plomo en las paredes, no llega nada.

Somos doce, un grupo lo bastante grande como para que pueda quedarme al margen sin que lo noten. De todos modos, cada cual tiene sus propias preocupaciones. Hay una pareja que no se lleva muy bien y el compañero de Rose bebe más deprisa que cualquiera de los demás. Me pregunto si se habrá dado cuenta de que no tenían intención de invitarlo.

Y parece que James no quiera que ninguno de los presentes estemos allí. En cuanto puede, se concentra en pequeñas labores, apartado de los demás, como en arreglar la pata floja del carrito. Durante la cena, lo he sorprendido leyendo la etiqueta de una botella de vino. Pero es cariñoso con Rose. Creo que preferiría estar a solas con ella y con su hija, lo cual es una pena. Si se odiaran, alguno de ellos podría contarme lo que hizo el otro.

Alguien entró en mi habitación durante la cena para correr las cortinas y cerrar los postigos. Yo vuelvo a abrirlos y observo cómo la luna se retira entre las nubes. Nunca he estado en un lugar tan silencioso. En mi piso oigo el siseo de los radiadores, el chasquido de las tuberías, las voces de mis vecinos y las alarmas de los coches. De algún modo, el agua, el calor y la electricidad guardan silencio aquí.

Me gustaría haberme traído a Jasper en vez de haberlo dejado el fin de semana con Laila. Al pensar en él me invade la nostalgia, como si llevara meses fuera.

Espero unas horas y abro la puerta despacio. El pasillo es tan largo que, si hubiera alguien en el otro extremo, no le vería la cara. Escucho desde lo alto de las escaleras. El viento golpea la casa; no se oye nada más. Son las tres de la madrugada. Todo el mundo estará dormido. No tengo mucho tiempo. James se despierta a las cinco entre semana; puede que aquí también tenga el mismo horario.

Cuando llego a la planta baja, recuerdo, por mis visitas, que las cocinas quedan a la izquierda y que en alguna parte a la derecha hay un despacho. Abro seis puertas antes de encontrarlo. Es una pequeña habitación cerca del lado oeste de la casa. En las paredes hay mapas de paisajes enmarcados y una estantería con almanaques agrícolas. La mesa está cubierta de papeles, libros y una perdiz disecada bajo una campana de cristal.

Me pongo a repasar los papeles, pero todos tienen que ver con la casa. Son facturas por la reparación de la chimenea y el mantenimiento de la pista de tenis, y un presupuesto para sustituir una parte del tejado dañado en una tormenta. Es el despacho de la finca. Puede que Rose y James no entren nunca en esta habitación; ninguno de los papeles tiene su firma, solo las del gestor de la propiedad.

Salgo del despacho y me dirijo al este. Abro puertas en busca de ficheros, una agenda o una libreta de direcciones. En la biblioteca encuentro sobres y papeles metidos entre los libros, pero ninguno es de utilidad, y ya son casi las cinco.

Por la mañana, las ovejas se mueven por entre una espesa niebla que cubre el césped de los alrededores de la casa. Las observo mientras me pongo un holgado jersey de cachemira, vaqueros y mocasines. Lo normal para una invitada. Alguien ha dispuesto café, pan y fruta en la mesa del comedor,

aunque la casa está en silencio y la sala de estar, vacía. Salgo a la terraza. James sube por la ladera vestido con un impermeable verde. Tiene el rostro contraído y pálido por el frío, pero parece más feliz que anoche.

—Buenos días —digo cuando sube los escalones y se quita unos guantes de trabajo—. ¿Viene del jardín?

—Sí. No te dediques a la jardinería, es poco agradecido.

—¿Puedo verlo?

Parece dudar si indicarme el camino. Entonces se serena y me guía ladera abajo.

—Puede que esta noche granice. Por desgracia, no tenemos el clima de septiembre que esperábamos —dice. No suena decepcionado.

—Aun así es precioso —digo.

—Sí —contesta, con sentimiento.

Entramos en el jardín vallado, donde membrillos, ciruelas y peras cuelgan de las ramas. James advierte que miro los agujeros de las paredes de ladrillo.

—Son para encender fuegos —dice—, pero no los utilizamos. Los inviernos ya no son tan fríos.

Me recuerdo encogida en uno de los huecos y a mamá viniendo a buscarme y diciendo: «¡Ahí estás!». Tengo que obligarme a apartar la mirada.

James camina encorvado, con las manos en los bolsillos. Ha cambiado desde que tenía cuarenta años. Incluso desde hace nueve años, cuando lo seguí. Entonces era más seguro de sí mismo, no tenía esta ansiedad, y me pregunto qué le habrá ocurrido para cambiar de este modo.

Después me enseña los establos, caminamos hasta el final de la finca, donde hay una iglesia de piedra rodeada de abetos. Entre la alta hierba se alza una hilera de lápidas.

—¿De quiénes son? —pregunto.

—De mi familia —dice, y aparta la hierba con un palo. Entonces se da cuenta de que ha sonado muy displicente y añade—: Parientes lejanos. Nadie que yo conociera.

Cuento ocho tumbas.

—¿Cuándo enterraron al último?

—En 1954. Mi tío abuelo.

Nos quedamos allí un momento, mirando las gastadas lápidas bajo los árboles.

Corrió un rumor que decía que aquella noche mi padre nunca salió de la finca, que uno de sus amigos le pegó un tiro y lo enterró en una de estas tumbas. Nunca pareció probable; carecían de móvil.

El suelo sobresale en los lugares donde se ha asentado la tierra, así que parece que los ataúdes empujan desde debajo. Al parecer, el mejor lugar donde esconder un cuerpo es en un ataúd preexistente. Nadie quiere profanar una tumba.

Subimos la colina hasta llegar a la casa, donde las primas de Alice fuman en la terraza en pijama. Se estiran y bostezan. Beatrice se frota los ojos y Anna me mira de arriba abajo.

—Tienes buen aspecto.

Los demás están desayunando dentro. Me sirvo un café y cojo una rodaja de pan de soda, aunque no tengo apetito. Luke se come una tostada mientras lee las memorias de un hombre que fundó una organización sin ánimo de lucro en Nepal. Rose cierra el periódico y emite un sonido de desagrado.

—No puedo ni mirarlo.

—¿No estás acostumbrada a ese tipo de cosas? —pregunta Luke tras una pausa.

—¿Qué quieres decir?

—Eres abogada.

—Mercantil. No penalista.

Empieza a diluviar. Por la puerta abierta y la ancha escalera oímos el estruendo de la lluvia al golpear el tejado.

—Puede seguir así cuarenta y ocho horas —dice con impaciencia el compañero de trabajo de Rose.

Más tarde, vuelvo al comedor, pero han limpiado la mesa. Busco hasta encontrar un cesto con periódicos junto a la chimenea de la biblioteca y rebusco en él lo que leía Rose. En la primera página hay una foto de un hombre que mató a dos niños en Bristol. Me siento allí un largo rato y le miro la cara.

En la repisa de la chimenea hay una foto de Rose. Es de hace años; no tendría más de treinta. Se apoya contra una pared de piedra de alguna parte, con las manos a la espalda. También la miro durante un largo rato.

Uno de sus vecinos dijo haber oído un disparo la noche que mi padre vino a Ashdown. Al cabo de unas horas, al alba, el vecino fue al bosque con su perro. Una parte de su ruta lo llevó a la valla que rodea Ashdown. Le dijo a la policía que vio a un hombre subir por la ladera desde la iglesia, entre los abetos. No había mucha luz, aún era primera hora de la mañana, pero aseguró que el hombre llevaba una pala.

El ala de los sirvientes tiene las paredes y el suelo de piedra y los techos bajos, y allí el aire es mucho más frío que en el resto de la casa. Recuerdo que el pasillo se divide y un lado lleva a la armería y el otro, a la cocina.

La cocina tiene un techo abovedado, con nervios, como una catedral. Es lo bastante amplia como para parecer vacía, pero tiene dos enormes hornos, un gran fregadero de esteatita y largas encimeras. Una pared está cubierta por un mecanismo de poleas y engranajes de hierro: un asador lo suficientemente grande como para cocinar grandes trozos de carne. El hierro desprende un olor a osario. Se oyen unas pisadas en el vestíbulo y me apresuro a cruzar la recocina hasta una puerta lateral por la que salgo al césped.

La iglesia no se ve desde la casa. Está al final de una ladera, en las lindes de la finca, oculta por los abetos. No recuerdo si James estaba más incómodo en el camposanto que en el jardín. Parecía perturbado todo el tiempo.

Mi padre llegó a la casa a las 23:30 esa noche y nadie volvió a verlo. ¿Cómo es posible, teniendo en cuenta que se realizó una búsqueda tan grande y que su foto apareció en todos los periódicos? Puede que nunca saliera de la finca de los Fraser. Quizá el vuelo de Sam del día siguiente fue una coincidencia, es posible que dijera la verdad y que solo fuera a Whitstable.

Nunca me había planteado en serio esa posibilidad. Pero ahora, que todavía no lo han encontrado a pesar del paso de las décadas y el progreso en los métodos de búsqueda, parece más probable.

James lanza pelotas de golf a la lluvia desde lo alto del césped. Alza el palo sobre la cabeza y hace una pausa antes de bajarlo. Se oye un chasquido y la pelota se pierde en la distancia. La lluvia dificulta ver dónde aterriza.

Estoy leyendo en la sala de estar, con Alice en el otro extremo del sofá. Quería trabajar en nuevas ideas para menús, pero hace rato que no escribe nada. La lluvia surca las ventanas y un chasquido procedente del exterior se oye cada vez que el palo de James golpea la pelota.

El golf era una tradición del club Ramsden. Otra tradición era que se vistieran de esmoquin una vez al año y salieran de Oxford para ir a un *pub* en el campo. Un grupo de ocho apuestos jóvenes posaban para una foto en la entrada.

Alquilaban una habitación en el *pub*, de esas que suelen utilizarse para cambiarse de ropa o para aniversarios especiales. Comían en abundancia y bebían vino. Eran impecablemente educados con los camareros y fingían entusiasmarse con la comida.

Y, entonces, antes de irse, destrozaban la habitación. Rompían todos los muebles, desgarraban el papel pintado de las paredes y pisoteaban los vasos.

Ofrecían al dueño del *pub* una cantidad de dinero enorme, absurda, a modo de pago por los daños, más de lo que recibiría del seguro u obtendría con una demanda. Aun así, alguno de los dueños llamaba a la policía, pero a lo largo de los años, la mayoría, de lejos, aceptaba el dinero. Así que no hacían por diversión ni por exceso ni por rebelarse, sino por la humillación.

No se castigó a ninguno de ellos. Nuestro primer ministro participó en esa tradición, al igual que nuestro ministro de Asuntos Exteriores y mi padre y sus amigos.

Mientras el resto sube a vestirse para la cena, yo me acerco a la armería. La puerta está cerrada. Palpo alrededor del dintel en busca de una llave y aparto la mano cubierta de polvo. Pego la cara a la rendija entre la puerta y el marco y veo un armario con hileras de rifles colocados en vertical.

En la cena nos sirven *sufilé* helado de langosta y champán. Todo el mundo habla más rápido que la noche anterior y tengo que esperar a una pausa en la conversación para volverme hacia Rose.

—¿Se celebra misa en la iglesia?

—No —contesta. Recuerdo que antes sí se hacía. Hay una puerta al final de la finca que se abría para los vecinos del pueblo los domingos por la mañana—. Nuestra congregación se combinó con la de Maresfield.

—¿Cuándo?

—Hace años, a principios de los noventa.

Después de que mi padre desapareciera, entonces. Puede que los Fraser no quisieran que volviese a entrar gente en su propiedad ni se acercase al cementerio.

Puede que Rose se negara a ayudar a mi padre y que él la amenazara. Eran buenos amigos, lo sabía todo sobre James y sobre ella; quizá los chantajeó. No necesitaba saber mucho. Ella es abogada, hasta una pequeña infracción podría destruirla.

Tienen rifles. Puede que Rose le disparara y que James la ayudara a enterrar el cuerpo en una de las tumbas. Luego llevó el coche a Newhaven para dejarlo junto a un barranco para que pareciera que se había suicidado.

Permitió que la policía sospechara que había ayudado a mi padre a escapar, porque eso era mejor que sospechasen que lo había matado.

Podía justificar sus actos ante sí misma. Había conocido a Emma y él la había asesinado. En cierto modo, le había hecho un favor.

Salgo bien entrada la noche y me cubro la cabeza con la capucha del abrigo. Todavía queda algún invitado despierto, los oigo en la sala de estar, pero está lloviendo y nadie saldrá fuera. Camino hasta las lindes de la finca y bajo la ladera, entre los abetos. La hierba húmeda resbala bajo mis botas. Me detengo ante la iglesia y miro las ocho lápidas.

Nadie me verá desde la casa. El suelo está suave y acolchado. Mis ojos se han acostumbrado a la oscuridad y veo los puntos blancos en las lápidas más viejas. Esto podría acabarse en un par de horas. Veo dónde guardan las palas.

Miro el camino que se pierde en el bosque. No viene nadie a ayudarme. Le dijeron a la policía que mirase aquí y no lo hizo.

Solo me llevará unas pocas horas con la pala. Cuando todo esto se acabe, no recordaré nada. Me parecerá un sueño; ya me lo parece.

La lluvia resbala en los abetos. Ya debería haber empezado. No puedo cavar a la luz del día, podría pasar alguien. Pero los brazos me cuelgan a los costados. Abro y cierro los puños. Dentro de nada podría estar en la comisaría de policía, cálida y seca, mientras los agentes acaban de exhumar el cuerpo.

Rodeo la iglesia para coger la pala. Puede que esto resulte más fácil con ella en la mano. Regreso a las tumbas, clavo la punta de la pala en la tierra y uso el pie para hundir todavía más la hoja en el suelo. Me paso la mano sucia por la frente y empiezo a cavar.

Íbamos en coche a las Highlands. Yo llevaba el atlas abierto en el regazo, aunque mamá decía que no necesitaba indicaciones para llegar a Inverness. Habíamos pasado Dalwhinnie y cruzábamos un ancho valle donde la sombra de las nubes recorría colinas y páramos.

Encontramos nuestro destino en el atlas. Glen Affric estaba al otro lado del lago Ness, en las Highlands del norte. Mama ya le había dicho a Robbie que un *glen* era un valle y él contestó: «Lo sé, lo hemos estudiado». Era imposible adivinar qué le enseñaban en el colegio. Por ejemplo, su clase había estudiado las leyes de Kepler, pero no las fracciones.

Robbie iba en el asiento trasero, encajado en el pequeño espacio que le dejaban nuestras bolsas de viaje y Finn, que iba sentado en una cesta de pana para perros y miraba por la ventana. En las bolsas había algunos regalos escondidos, ya que la Navidad era en tres días. Una amiga del trabajo le había dejado pasar las vacaciones en su casita de campo. El viaje nos llevaría unas cuatro horas y media. El paisaje ya había empezado a cambiar y yo estaba impaciente por viajar más al norte, por poner más distancia entre la escuela y yo. Los exámenes no me habían ido bien. Me había estado quedando hasta tarde leyendo cosas sobre mi padre y no había podido concentrarme en las preguntas del examen. Pensar en ello me ponía mala.

Mamá agitó el brazo hacia el asiento trasero.

—¿Qué necesitas? —pregunté.

—Patatas fritas.

Abrí la bolsa y se la acerqué. Mi madre llevaba un jersey viejo y una gruesa bufanda de lana. En el norte haría más frío.

Junto a la carretera, las colinas tenían la textura y el color de la piel de un ciervo. De repente, los exámenes ya no me parecían un problema grave. El siguiente trimestre tendría que esforzarme más para compensarlo, pero las vacaciones acababan de empezar y todavía faltaban días para eso.

Cruzamos el puente suspendido sobre el fiordo de Moray y miré entre las arcadas al agua oscura que desembocaba en el mar del Norte.

—Ahora tienes que tomar la A832 —le dije a mamá.

Detrás de nosotras, Robbie leía un cómic y tenía un brazo tendido sobre las bolsas para posarlo en el perro.

El camino se estrechó y se curvó antes de pasar por delante de granjas y prados. Paramos en Cannich para comprar provisiones.

—No habrá nada cerca de la casa —dijo mamá.

Compramos comida, botellas de agua y una caja grande de cerillas para los fogones.

El último tramo del viaje era una carretera de un solo sentido que discurría junto a un río hasta llegar a la casa, una vieja casita a los pies de una montaña con píceas plantadas en la parte de atrás para que bloquearan el viento. Robbie y el perro salieron disparados del coche y corrieron a mirar el río. Mamá encontró la llave bajo una piedra y entramos.

No estábamos completamente solos en el *glen*, ya que había otra finca privada, con una cabaña para su guardés. La mansión de la finca estaba en una isla del río, al final de un puente peraltado de madera. De sus chimeneas salía un humo rosa; había alguien en casa.

—¿Quién vive allí? —pregunté a mamá, y ella se encogió de hombros.

Vi dos caballos en un corral junto a la cabaña del guardés. Pero no había nadie. Mamá dijo que dudaba que alguien viviese allí todo el año, ya que la nieve debía de bloquear las carreteras a menudo. Eso significaba que también podía nevar mientras estuviésemos allí. La cabaña contaba con un generador eléctrico.

—¿Qué pasa si se apaga? —pregunté.

—No pasará —contestó mamá.

La mansión se reflejaba en el río de lentas aguas con sus torreras con forma de sombrero de bruja, sus chimeneas y su penacho de humo. No estábamos muy lejos de la casa de Sam en Inverness. Quizá eran amigos suyos; al parecer, todas las familias de los terratenientes de la zona se conocían.

Sacamos las provisiones del coche: galletas, leche, pasta, mantequilla y té. La cabaña tenía una cocina de dos fogones. Mamá acercó una cerilla al gas y la llama prendió.

—Me voy a dar una vuelta —dije.

Empecé a trepar las estribaciones que había detrás de la casa. Al principio había un sendero, pero luego desapareció y me las arreglé para seguir por la aplanada hierba marrón y los salientes de granito. Ya no soplaba el viento y yo era lo único que hacía ruido en toda la colina.

La caminata era una prueba, como las que había empezado a ponerme en Crail: volvía a casa sola por la noche, bajaba a la planta baja y me duchaba cuando no había nadie más en casa. Había intentado tomar un baño, pero no

había podido; el corazón me latía tan fuerte que el agua de la superficie vibraba. Lo intentaría de nuevo cuando regresáramos a casa. Necesitaba practicar ese tipo de cosas o nunca podría ir a la universidad ni vivir sola.

La cabaña se hacía más pequeña debajo de mí. Mamá y Robbie estaban dentro, no oirían nada de lo que me pasara. Llegué a la cima de la primera ladera, una extensión plana y desértica, hasta llegar a otra subida más pronunciada. Riachuelos negros se dividían entre la turba y su sonido hizo que se me erizara el vello de la nuca.

Desde la base de la siguiente ladera no se veía el río, ni la cabaña, lo cual significaba que nadie me vería allí. Caminé sobre la hierba y rodeé las rocas. En realidad, el paseo no era una prueba. Para que lo fuera, tendría que haber pensado que solo estaba practicando, que en realidad estaba a salvo. Pero creía que en algún momento alguien me seguiría y quería acabar con eso. No sé qué imaginé que podía pasarme, pero llevaba un cuchillo en el bolsillo por si acaso. Creía que, pasara lo que pasara, al menos luego no estaría asustada, que toda esa parte habría acabado.

El descenso fue más rápido. Una fina capa de nubes cubrían el cielo y soplaban un aire más fresco. Debajo de mí, el viento azotaba el río plateado y los dos caballos se movieron por el corral. Alguien los había cubierto con mantas mientras yo no miraba.

Era una estúpida por sentirme decepcionada. Por supuesto que prefería descender en lugar de estar arriba con alguien que pudiera haberme seguido.

Cuando llegué a la casa, mamá y Robbie levantaron la vista de la partida de cartas.

—¿Qué tal el paseo?

—Bien.

En la cocina, intenté guardar el cuchillo en el cajón sin hacer ruido.

Por la noche, el valle se volvió completamente negro, salvo por las ventanas iluminadas de la mansión en la isla del río. Me fijé en sus ventanas, pero nadie pasó junto a ellas.

—¿Has visto a alguien allí? —pregunté.

—No —dijo mamá, sin alzar la mirada de su libro.

No entendía por qué no estaba preocupada. Quienesquiera que fueran eran las únicas personas que había en muchos kilómetros a la redonda.

La tarde siguiente, hicimos una pausa en la colina para que mamá recuperase el aliento. Bajo nosotros, el río se curvaba entre los páramos y pinares de color negro. Mamá se frotó el pecho con la mano enguantada. Yo apoyé el peso en una pierna y noté que la turba se hundía bajo mis botas. Robbie señaló un rebaño de ciervos rojos en una de las laderas inclinadas que había bajo nosotros. Desde donde estábamos, parecían ascender con paso extraño y desarticulado.

Seguimos caminando. La colina se ondulaba a nuestro alrededor a medida que el sol entraba y salía de las nubes. Al cabo de otra hora, paramos para comer pan con queso y porciones frías de la tarta de manzana que habíamos comprado en la tienda de Cannich.

Abrí la cantimplora de agua. El cierre chocó contra la lata con un tintineo satisfactorio. Pensé que mamá me había llevado allí a propósito. Sabía que estaba insegura y quería empujarme a viajar, a sentirme independiente y valiente. Eso me molestó. No podía asegurarme que estaría a salvo. No tenía ni idea de si lo estaría o no. Pero entendía su argumento, el argumento del *glen*. No quería viajar porque eso podía significar estar sola de noche en algún camino o tomar un taxi con un conductor masculino.

Desde el risco estudiamos el terreno de abajo, las estribaciones y las cumbres. Me habría dado mucha pena perderme aquellas vistas. La mansión, muy por debajo de nosotros, también era bonita. La gente que vivía en ella no quería hacernos daño. Probablemente habrían venido por el mismo motivo que nosotros. Si nos los cruzábamos en una colina, nos sonreirían y saludarían. No nos impedirían el paso ni nos sacarían del camino.

Mi padre, sus amigos y los hombres del foro no eran más que unos pocos. No debía pensar en ellos.

En quien debía pensar era en los desconocidos del *pub* en que mamá entró aquella noche descalza, bañada en sangre. En el *pub* había tres personas, dos clientes y una mujer tras la barra. Ella corrió hasta mamá y la ayudó a tumbarse en el suelo. Se quitó el cárdigan y lo presionó contra el corte del estómago de mamá, lo cual debió de salvarle la vida; de otro modo, habría muerto desangrada.

Los dos hombres corrieron a nuestra casa. No iban armados, no sabían si quien había atacado a mamá seguía dentro, pero fueron de todos modos. Uno de ellos corrió escaleras arriba y sacó a Robbie de su cuna; el otro me encontró escondida tras un sillón. Me cogió y dijo: «Ya ha pasado todo, cariño, estás a salvo». Me puso la mano en la nuca y me rodeó con su cuerpo como si fuera un escudo mientras me sacaba de la casa.

Nos acabamos lo que quedaba de queso cheddar y de pastel de manzana y seguimos recorriendo la montaña. Empecé a pensar en lo que necesitaba hacer para convertirme en esa clase de persona, la clase de persona que corre para auxiliar a alguien.



El día anterior a Nochevieja volvimos a Crail. Lo pasé con Nell en el Vix y, al día siguiente, fuimos con nuestras familias al hotel East Neuk, a la comida de Hogmanay, la tradicional fiesta escocesa de Nochevieja. La madre de Nell se burlaba de nosotras y nos ofrecía *haggis* diciendo que teníamos la cara verde.

Las clases empezaron de nuevo. Resultó que al final no me habían ido bien los exámenes. Algunas profesoras quisieron hablar conmigo; una me preguntó si tenía algún problema en casa. Dijo que últimamente parecía distraída y yo prometí esforzarme más ese trimestre. No había visitado las páginas web sobre mi padre desde que habíamos vuelto de Glen Affric; había decidido no volver a mirarlas. Pero todavía me rechinaban los dientes. Empecé a dormir con un protector bucal que mamá y yo compramos en una tienda de deportes de St. Andrews, pero no sabía si me servía de algo o no.



El último día de enero, tomé el autobús a casa desde la escuela con Nell. Un camión se había averiado en Anstruther Road, por lo que el tráfico se redujo a un solo carril y el trayecto duró diez minutos más de lo habitual.

Me despedí de Nell en la calle principal y me dirigí a Nethergate. Hacía frío, pero no soplaba viento. Tenía que terminar dos trabajos y leer una revista si acababa los deberes, y estaba tan preocupada que saqué la llave antes de darme cuenta de que la puerta estaba abierta de par en par.

Dentro, en el suelo, había barro. Parecía parte de una huella de bota.

Aquello se me había pasado muchas veces por la cabeza. No hagas ruido, corre a la calle, no dudes ni mires atrás hasta que estés con otras personas. Ya

retrocedía de espaldas cuando vi el bolso de mamá dentro, en la mesa de la cocina. Estaba en casa.

Cogí el atizador de hierro de su gancho junto a la chimenea. Dejé la puerta abierta para que los vecinos me oyeran si gritaba. Las llaves de mamá estaban junto al bolso y los zapatos en el suelo, bajo la mesa. Sujeté ante mí el atizador con ambas manos, lo bastante fuerte como para que me hiciera una marca en las palmas, y subí las escaleras. Pero no estaba allí, ni en el jardín.

Salí al camino de la entrada. Las casas adosadas de enfrente parecían vacías y los árboles se erguían en el aire inmóvil. Oía mi respiración en ese silencio. Una puerta se abrió al otro lado de la calle y de ella salió nuestra vecina Fiona, sin abrigo. Corrió hacia mí y me flaquearon las piernas.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté con voz aguda y forzada.

—Ha sufrido un ataque al corazón.

Entonces sonreí a Fiona. Me llevé la mano a la frente y se me humedecieron los ojos. Nadie se la había llevado ni le habían hecho daño.

—¿Puedes llevarme al hospital? —pregunté.

—No, Claire —contestó, y se le quebró la voz—. No está allí. Lo siento mucho.

Entonces, me cedieron las rodillas. Fiona intentó mantenerme de pie, pero me desplomé en el camino. Yo jadeaba e intentaba arrastrarme hacia la casa a gatas mientras ella me abrazaba.



Mamá sufrió el ataque al corazón cuando tenía cuarenta y cuatro años. Tenía angina de pecho. Sabía que por eso tenía que pararse para recuperar el aliento a menudo y que era un tipo de enfermedad del corazón, pero no que fuera peligrosa.

—Las hay de dos tipos —me había dicho—. Y no tengo el malo.

Sabía que los ataques al corazón eran algo corriente. Pero tenía cuarenta y cuatro años. Comía bien. No bebía mucho y nunca había fumado. Odiaba correr, pero le gustaba pasar horas caminando por el sendero de la costa. En su familia no había antecedentes de cardiopatías.

Mamá no siempre había tenido la tensión alta. Sabrina me contó que la primera vez que notó la presión en el pecho y que se quedaba sin aliento fue

el verano siguiente a la audiencia judicial. Lo desarrolló por el estrés.



Sabrina nos adoptó tras la muerte de mamá. Entonces vivía en Gales con sus hijos, en Abergavenny, un pueblo de lo más agradable y un lugar que no quiero volver a ver en la vida.

Sabrina instaló dos camas individuales en lo que antes era un estudio. Compró sábanas nuevas y colgó una guirnalda de luces alrededor de la ventana. Pienso muy a menudo en eso, en que comprara las sábanas, montase las camas y colgara las luces. Por aquel entonces, yo no estaba en condiciones de advertir ese detalle.

Siempre fue buena con nosotros, incluso al principio, cuando no era nada fácil vivir conmigo, cuando no creía que fuera a sobrevivir a eso. Sabrina es cariñosa, pero a veces eso parece peor porque solo revela la diferencia entre cómo nos quiere a nosotros y cómo quiere a sus propios hijos, cómo nos quería mamá.

—¿Sigue entrenándose para cruzar el canal? —pregunta Rose en el desayuno.

—No, ya ha acabado con eso —dice Beatrice—. Ahora hace algo de montañismo. ¿Es en el Kilimanjaro?

No sé de quién hablan. Ni me importa. Unto la mantequilla en la tostada raspándola mientras la lluvia estalla contra las ventanas. No he dormido. A las seis de la mañana, me he puesto corrector de ojeras para cubrir las marcas rojas de la cara donde me arañé la piel.

Anoche no registré la iglesia. Era demasiado. No pude desenterrar un solo ataúd, ni el suyo ni el de nadie. Solo levanté unas paladas de tierra antes de rendirme. Luego, limpié la hoja de la pala con la manga, la devolví a su sitio, me limpié el barro de la ropa en el lavabo del cuarto de baño y me tumbé en la cama sin dormir hasta que amaneció.

Intento dejar la taza en su platillo sin hacer ruido. Engullo la tostada y escucho, a la espera de que se queden sin gente de que hablar.

—Ha cavado bajo el sótano —comenta Luke—. Tiene ahí unos treinta y cinco metros cuadrados de los que nadie sabe nada.

Esto no funcionará. Ni aunque los conociera desde hace muchos años hablarían de mi padre delante de mí. Seguiré aquí sentada, escuchando sus cotilleos.

Hay un sistema más directo. Puedo buscar en internet instrucciones para cargar un rifle y quitarle el seguro. Guardan la munición en la armería; bajo la mesa había cajas de cartuchos. La puerta está cerrada, pero la cerradura es antigua, como la de mi cuarto. No me costará forzarla. James está a menudo solo en su estudio. Podría entrar, cerrar la puerta, apuntarlo con el rifle y decirle: «Dime dónde está».

Al otro lado de la mesa, James come morcilla hecha con sangre de sus propias ovejas, según nos dice. Está callado y preocupado, quizá por el trabajo o por el jardín, o por alguno de sus otros pasatiempos. Alice mencionó que le gusta salir a recoger setas. Por lo visto, tiene un equipo especial para ello.

Me pregunto qué dirían Rose y James si supieran que mi madre tuvo un ataque al corazón. Que le falló el corazón a causa del enorme estrés que sufrió durante años. Me pregunto si se acordarán de todas las veces que la llamaron zorra y mentirosa, de todas las veces que la acusaron de tenderle una trampa a

mi padre, de todas las veces que dijeron que era una mala madre, y si sentirán remordimientos. Quiero que sepan lo que hicieron, y el esfuerzo que hago para no decírselo ahora mismo hace que me rechinen los dientes.

Rose ha salido a montar a caballo. Me invitó, pero le dije que no sabía montar, lo cual no es del todo cierto. Aprendí en Norfolk cuando tenía seis años. Mi padre me puso un casco y me llevó por el corral montada en uno de los ponis de mi abuela.

Miro a Rose, vestida con una capa impermeable con capucha, y al caballo hasta que desaparecen en el bosque. James también ha salido, al jardín. Y Alice juega al billar con sus primas. Subo las escaleras hasta su dormitorio.

El estudio de James está anexo al dormitorio principal. Tiene un escritorio con vistas al césped y archivadores pegados a las paredes. Empiezo a buscar los registros telefónicos y me encuentro papeleo médico, la factura de una visita a consultas externas de una clínica de Great Portland Street, el recordatorio de una cita para una endodoncia y, luego, formularios del seguro y el mantenimiento de sus coches.

El tercer archivador contiene los extractos de su tarjeta de crédito. Las carpetas son gruesas, ya que hace muchas transacciones al día. Reviso la cartilla bancaria. Hay una lista de pagos a tiendas de ropa, restaurantes, hoteles, gasolineras, y tintorerías, pero no sé qué debo buscar.

Puede que no estén en contacto con mi padre. Quizá aquella noche nunca saliera de su casa. Estoy aquí porque soy una cobarde y esto es más fácil que cavar en el cementerio.

Alguien tose en el pasillo y cierro el archivador. Llego al dormitorio justo cuando Alice entra. Se sobresalta y se lleva una mano al pecho.

—¿Has visto a los perros? —pregunto—. Los he oído ladrar. No se habrán quedado encerrados por aquí, ¿no?

—Mi padre los ha sacado fuera.

—Ah, por eso los oía desde aquí.

Alice asiente y, acto seguido, se aparta de mí y abre el joyero de su madre.

No he salido en todo el día de la casa y, cuando llega la hora de la cena, todo me empieza a parecer inverosímil. La luz de las velas también me juega malas pasadas. Por el rabillo del ojo, la mujer del cuadro de la era Tudor parece abrir la boca.

No creo que pueda seguir ni un minuto más en esta silla, en esta habitación, pero todavía faltan el plato principal y el postre. Para cuando llegan los cuencos de *pannacotta* estoy algo borracha y me duelen los tobillos de tanto retorcer los pies bajo la mesa, la única manera que he encontrado de mantener el resto del cuerpo inmóvil.

—¿Cuándo es la boda de Phoebe? —pregunta Alice.

—No van a casarse —contesta Beatrice—. La ha anulado.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Se enteró de lo que hizo en la despedida de soltero. —En la mesa hay más conversaciones, pero todo el mundo las interrumpe para escuchar—. Sus amigos se lo llevaron a Amsterdam. Fueron al Barrio Rojo y eligió a una de las chicas de los escaparates.

Miro a James. Dejo de mover los pies por debajo de la mesa y deposito la cuchara en el cuenco, despacio. James escucha con expresión desconcertada y apoya la barbilla en una mano.

Intenta aparentar normalidad. Se está esforzando, algo que nunca hace; siempre está distante en las comidas y mira al vacío, inquieto.

Beatrice se toma su tiempo para contar la historia. En un momento dado, James cruza los brazos sobre el pecho y se recuesta en la silla sin dejar de mirarla con una media sonrisa. Nunca lo he visto así. Tiene una expresión benévola, como si le hiciera un favor al escucharla, como si eso no tuviera nada que ver con él y no lo incomodara.

Después de la cena, Alice empieza a formar equipos para jugar al Pictionary. Digo que no me encuentro bien y vuelvo a mi cuarto. Me siento en la cama con las piernas cruzadas y abro mi portátil. Esta noche no intentaré encontrar pruebas de que James frecuenta prostitutas. No tiene sentido; les pagaría en metálico y saca dinero lo bastante a menudo como para ocultar esas transacciones. Pero no soy la primera que se pregunta algo así. Tecleo: «¿Cómo puedo saber si mi marido paga por sexo?».

El primer resultado es un hilo de un foro de madres. La mujer que lo empezó dijo que había encontrado mensajes sospechosos en el teléfono de su marido y preguntó: «¿A vosotras os parece que se está viendo con prostitutas?».

Algunas de las mujeres que respondieron dijeron que les había pasado lo mismo. La mayoría de sus consejos tenían que ver con sus móviles y el envío de mensajes cebo a los números, lo cual no me ayuda, porque James debe de tener el pin activado en el suyo.

«¿Tienes acceso a sus cuentas bancarias?», escribió una. Busco un bolígrafo en la mesita. «¿Ha hecho pagos a recepciones de hoteles, servicios de asistencia aeroportuaria o salones de masaje? ¿Ha reservado habitaciones de hotel?». Había advertido en la cartilla cargos de hoteles de Londres, como el Savoy y el Claridge, pero puede que fuesen por cenas o copas con clientes, o por el alquiler de salas de conferencias.

La siguiente escribió: «Busca “AWork” en sus extractos, es una página que organiza citas». Otra dijo que registrara su coche en busca de condones o pedazos del envoltorio de uno, pero no creo que James sea tan descuidado.

Leo todo el hilo hasta que llego al comentario de la primera mujer en el que se debate entre lo que debe hacer, lamenta no haber encontrado nada y se preocupa por sus hijos. Es una lectura tan desgarradora que, por un momento, olvido mi propia búsqueda.

Después, no puedo dormir. El aire frío se filtra por una grieta en la ventana y yo permanezco despierta, preguntándome lo minucioso que habrá sido James.

—Hoy hay una carrera de caballos *point-to-point* —dice Alice en el desayuno—. ¿Vamos?

—¿Qué es un *point-to-point*? —pregunta el compañero de Rose.

—Como una *steeplechase*^[4] —contesta, lo cual no aclara las cosas.

—¿Dónde? —pregunta James.

—En Tonbridge.

—Habrá que salir pronto —dice.

A James le gusta apostar. Lo que más me sorprendió cuando lo seguí fue que iba a carreras de galgos. Parecía disfrutar mucho con las apuestas y mirando a los perros, y se le daba bien; iba a menudo al mostrador a cobrar sus ganancias.

Beatrice levanta la mirada del móvil.

—Sí, vamos —dice, sin duda pensando en la caseta en la que sirven sidra y en encontrarse con gente que conoce.

—¿Vienes, mamá? —pregunta Alice.

—No, ve tú —contesta Rose—. Dicen que volverá a llover.

—Hay carpas —responde Alice—. Y podemos llevar paraguas. Anda, ven.

Espero, conteniendo el aliento, hasta que Rose contesta:

—Vale.

Se produce un revuelo en la mesa y por toda la casa. James sale primero, sin esperar a ningún pasajero, porque quiere tener margen para apostar. Anna y Beatrice se ponen vestidos ceñidos y chaquetas impermeables. Pero a Alice en el pasillo.

—Creo que he pillado algo. Igual hoy debería evitar el frío.

—¿Quieres que me quede contigo?

—No, no te preocupes. De todos modos, tengo que contestar algunos correos del trabajo.

—Coge lo que quieras de la cocina. Volveremos alrededor de las cuatro.

Miro en el monitor de seguridad del vestíbulo cómo se alejan los coches y, luego, subo las escaleras hasta el estudio. James ha estado en la habitación desde que estuve yo. La silla y el telescopio se han movido y en la mesa hay un manual de jardinería abierto en la sección de drenaje.

Voy al archivador con los extractos de su tarjeta de crédito y fotografío las páginas con el móvil. Tengo que trabajar rápido, hay cientos de hojas que se remontan hasta hace tres años. El proceso se vuelve automático. Mientras hago cada foto, estudio la lista de transacciones. El nombre de unos cuantos *spas* y salones de masajes aparecen a menudo; debería comprobar si han investigado alguno de ellos.

En el vestíbulo se detiene el sonido de una aspiradora y una de las doncellas llama a la puerta del dormitorio principal. Intenta abrirla, pero he colocado una silla bajo el pomo. Al cabo de un momento, oigo que se marcha y abre la siguiente puerta.

Cuando acabo con el último extracto, compruebo que los archivadores estén cerrados y que la silla y el libro estén en la posición correcta. Empiezo a repasar las fotos en el pasillo, antes de llegar a mi habitación.

Tres horas después, se me acaba la batería del móvil y tengo que levantarme para buscar el cargador. Un hormigueo me recorre las piernas; no había cambiado de postura.

Esto no funcionará. Ha sido demasiado cuidadoso. No hay pagos a recepciones de hoteles, servicios de asistencia aeroportuaria ni salones de masajes. He mirado todos los *spas* que salen y parecen respetables.

El siguiente paso será repasar los pagos a hoteles de Londres y comprobar si alguno de ellos corresponde al importe de una noche en una habitación. Pero aunque descubra que James pasó una noche en un hotel de Londres, no sería capaz de probar lo que hizo en ella.

Me llevo el móvil al sillón orejero junto a la ventana. Empieza a llover, lo cual es mala suerte; puede que decidan volver pronto. Reviso los pagos del

pasado abril. Parece que pasaron medio mes en Francia. Empiezo a mirar más deprisa y entonces veo un pago del 22 de abril de 30 libras a AWork. Echo la cabeza atrás y cierro los ojos.

James visitó la página el día que volvieron de vacaciones, lo cual me parece cruelmente oportuno. Pagaría para ver la galería privada de una *escort* o para contactar con ella. Dos días después, hay un pago de 340 libras a Mayfair Health. Tecleo el nombre y encuentro una página muy sencilla con un número de teléfono. Primero practico, hasta que mi tono suena natural, frío y decidido.

—Me gustaría contratar una cita para el cumpleaños de mi novio —digo cuando contesta una mujer—. Nunca hemos hecho esto antes, ¿puede decirme lo que puedo esperar?



James ha ganado 300 libras en la carrera de caballos. Lo oigo en el vestíbulo mientras se quitan los abrigos mojados. Luego se dispersan por la tasa para ducharse, hacer las maletas o coger algo de comer y yo me quedo en el vestíbulo, detrás del tapiz. Representa una escena de batalla, aunque está tan gastado que apenas se ven las figuras.

—Alice —digo—. ¿Te apetece dar un paseo conmigo?

—¿No está lloviendo?

—No, ya no.

—Iba a darme un baño.

—¿Por favor?

Parece a punto de decir algo, pero entonces se pone el abrigo. Cruzamos la terraza y caminamos por el césped; dejamos la casa atrás. Los demás invitados estarán preparándose para marchar. Atardece y toda la propiedad es un dibujo al carboncillo. Ya estamos fuera de la vista de la casa, cerca de la iglesia.

—Tengo que decirte algo —comento.

Alice me mira con calma y aplomo; creo que lo sabe. Lo ha sabido desde el principio. Sabía que me puso a prueba aquel día en Hampstead. Utilizó la carrera de caballos como excusa para ayudarme, para que me quedara sola en la casa.

—Siento haberte mentido. —Espero que Alice me interrumpa, que diga que no necesito explicarme, que lo adivinó hace meses. Pero se calla e inclina la cabeza a un lado. Se me cierra la garganta—. Nos conocimos cuando éramos niñas.

Cruza los brazos y parece decepcionada e irritada, como si quisiera terminar conmigo, acabar con esto, sea lo que sea.

No puedo decirlo directamente, no me salen las palabras, así que, en su lugar, añado:

—Ya había estado aquí antes. La última vez fue el día después de Navidad, cuando yo tenía ocho años y tú...

Endereza la cabeza de golpe.

—¿Lydia?

Asiento con la cabeza, aunque hace años que nadie me llama así, salvo mi hermano.

—¿Qué haces aquí? ¿Qué ha sido de ti?

—Necesito tu ayuda.

Alice se ríe. Cada vez hay menos luz y me cuesta verle la cara. Estamos en un lugar espantoso para mantener una conversación, con el frío y la humedad; quizá podría sentirse amenazada. No lo había pensado, solo me preocupaba que alguien nos oyera.

—Quiero encontrar a mi padre —digo, y mi voz suena falsa, pero sigo esperanzada. Alice es buena y detallista. Sabe lo que le ocurrió a Emma y a mi madre.

—No te me acerques —contesta.

—Solo quiero hablar con él.

—Yo no tengo nada que ver con eso. Y mis padres tampoco.

—No, no quiero implicarlos.

—Estuvieron a punto de ir a la cárcel por culpa de tu madre.

—Por favor, Alice. Solo será un pequeño favor, no te llevaría mucho tiempo.

Empieza a alejarse de mí y sube la ladera, hacia los abetos.

—Tienes que ayudarme —le digo a la espalda.

—Vete a tu casa.

—Sé algo sobre tu familia.

Ella se vuelve y niega con la cabeza.

—Te estás poniendo en ridículo.

—No quiero tener que decírtelo —contesto, pero sigue andando—. Ayúdame por favor. —Resbala en la hierba húmeda, pero recupera el

equilibrio. La sigo, pasamos entre los abetos y, ante nosotras, aparece la casa, enorme y sólida, con baldosas de ventanas encendidas—. Tu padre se acuesta con prostitutas.

Alice suspira.

—No. Lo siento, pero no, no es así.

Levanta el móvil.

—¿Quieres llamarla tú?

Empieza a llorar.

—Zorra.

Después, pido un taxi para ir a la estación de tren. Alice espera fuera de la casa conmigo. Ninguna dice nada. No hemos hablado desde que le expliqué lo que quería que hiciese.

El taxi se acerca por el camino. Lo primero que aparece son los faros, que arañan la fachada de la casa y, luego, a nosotras.

No nos despedimos. Cuando me vuelvo en el asiento, Alice sigue de pie en la grava del camino, con la casa sobre ella. Tiene una expresión tensa y afligida. Luego, desaparecen la casa y ella y nosotros nos alejamos colina abajo y atravesamos la entrada.

Me pregunto si mamá se avergonzaría de mí. Alice hará lo que le pedí, porque no quiere que su madre se entere de que su marido frecuenta prostitutas. Su madre tuvo cáncer de mama este año.

Me estremezco y me siento en el suelo junto a Jasper. Está dormido y emite suaves ruidos apagados. Poso la cabeza en su pecho y me quedo así un largo rato, como si estar cerca del perro volviera a hacerme buena, como si borrara lo que he hecho.

Alice le preguntará a Sam dónde vive ahora mi padre. Le dirá que no puede preguntárselo a sus padres sin preocuparlos, pero que siempre ha tenido curiosidad por saberlo. Creo que a él le encantará ser quien se lo cuente, quien la inicie en el secreto. Es menos discreto que sus padres.

—¿Por qué no se lo preguntas tú misma a mi padre? —me preguntó ella.

—Podría avisar a mi padre. Si tú se lo preguntas a Sam, nadie sospechará nada.

Se supone que la semana que viene se verá con Sam para cenar. No sé si funcionará. Puede que Alice les hable a sus padres de mí, pero lo dudo. Creo que se sentiría demasiado avergonzada como para enfrentarse a su padre y querría proteger a su madre. Deseará que todo esto desaparezca, como si nunca hubiera ocurrido.



Tenía un plan para soportar la espera. De día, estaría ocupada con el trabajo y, luego, me reuniría con mis amigos en restaurantes o iría a ver una película, todas las noches, hasta la cena de Alice y Sam. Pero Robbie sufrió otro ataque. Estuvo inconsciente durante cuatro minutos y las convulsiones le desgarraron músculos de la espalda.

Todas las tardes, después del trabajo, tomo el metro hasta el hospital Royal Free para verlo. Toma neurolépticos para la abstinencia y somníferos. Las dosis parecen más fuertes que la última vez. Está atontado, no es él mismo, y salgo anonadada de cada visita.



Estoy esperando en el andén del metro de Belsize Park cuando Alice me envía un mensaje de texto. Dice: «Hvar, Croacia».

Lo primero que pienso en el andén, con el móvil en la mano, es en Emma. Y en lo injusto que es que él esté vivo, que haya estado vivo todos estos años, y ella no.

La verdad es que nunca conocí a Emma. La adoraba, pero solo conocía las partes de su persona que permitía que viera una niña de ocho años, lo cual ahora me parece una pérdida inconmensurable.

En el hospital, me siento junto a Robbie. No le cuento lo de Ashdown ni lo que he descubierto. Está cansado. Cuando va al baño, lo hace encorvado y tiene que agarrarse a la pared para no perder el equilibrio. «Haré lo que sea», pienso. «Haré lo que sea para que esto acabe».

Tercera parte

En Escocia

He dedicado mucho tiempo a leer sobre criminales de guerra. Quería saber qué hace la gente después de haber cometido un acto terrible, cómo pasan el tiempo. Los que más me interesan se escondieron y vivieron ocultos durante años. Uno era un nazi que se mudó a Irlanda después de la guerra. Compró una casa amarilla con una fachada de estilo victoriano en el campo y se dedicó a criar corderos.

Me gustaría saber lo que ese hombre pensaba mientras se dedicaba a la ganadería, cómo se sentía al recordar las cosas que había hecho. Debió de afectarle de algún modo. Espero que lo atormentara, pero es posible que no lo hiciera. Quizá el hecho de llevar una vida oculta le diera cierto *glamour* a la actual y le permitiera disfrutar de la vida campestre más que si no la hubiera tenido.

Otro nazi se convirtió en editor de textos académicos en Irlanda y otro se unió a un club de *country* de Dublin.

He leído mucho acerca de Radovan Karadžić, que organizó el asesinato de miles de civiles croatas y musulmanes durante la guerra de Yugoslavia. Desapareció después del conflicto y de que La Haya lo acusara de crímenes de guerra. Mientras estaba escondido, publicó un libro de poemas con su verdadero nombre. También se convirtió en un curandero *new age*. Practicaba acupuntura y se especializó en terapias sexuales, para ayudar a parejas a concebir. Me pregunto si fue una especie de broma por su parte o si de verdad creía que tenía poderes curativos.

Ya no necesito leer sobre esos casos. No tengo que adivinar lo que ha estado haciendo mi padre, en qué se ha convertido o en qué tipo de casa vive. Voy a ir a verlo, por mi propio bien, por los veintiséis años que he pasado preguntándomelo, y luego llamaré a la policía.



En Heathrow, imprimo la tarjeta de embarque en la máquina, paso por el control de seguridad y me dirijo a mi puerta. No es la primera vez que estoy

en esta terminal. He pedido un café con leche en una cafetería, comprado revistas en el quiosco y mirado los aviones desde la ventana, todo lo cual me resulta ahora extraño, como si esta vez debiera ser completamente diferente.

Intento llamar de nuevo a Robbie mientras los demás pasajeros suben a bordo, pero no contesta. Ayer discutimos en su piso. Estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la pared mientras yo le suplicaba que fuera a la clínica.

—Solo te pido que bajes conmigo y entres en el coche. No tienes que hacer nada más. ¿Por qué te resulta tan difícil?

—No puedo.

—¿Y si no ingresas? Podrías seguir durmiendo aquí. —Negó con la cabeza—. ¿Por qué no?

—No me grites —contestó.

—No estoy gritando.

—Dios. No me extraña que sigas soltera.

Me reí por la sorpresa. Pero tuvo un efecto positivo; quería que se enfadara.

—¿Y tú, Robbie? ¿Cuánto hace que estuviste con una chica por última vez?

Y seguimos así, gritando a pleno pulmón, hasta que me di cuenta de que los dos queríamos que viniera nuestra madre a decirnos que dejásemos de pelearnos. Yo me eché a llorar y Robbie siguió sentado con la cabeza gacha.

—Perdona —dije.

—¿Puedes irte ya? —respondió él—. Necesito dormir.

Le envió otro mensaje, cojo la mochila y subo al avión. Miro por la ventanilla hasta que volamos sobre el Adriático. De vez en cuando, las nubes se separan y veo cargueros muy abajo. Todavía no me creo que esté en un avión rumbo adonde vive mi padre. El vuelo a Croacia solo tiene una duración de tres horas. Todo este tiempo ha estado a solo tres horas de distancia.

Al llegar, el resto de pasajeros se desabrochan el cinturón de seguridad y abren los compartimentos de las maletas. Dos mujeres en el pasillo hablan en croata. Me pregunto si mi padre habrá aprendido el idioma.

La cola para el control de pasaportes no es muy larga. Estamos a mediados de septiembre, ya no es temporada alta. El agente me mira, luego comprueba la foto de mi pasaporte y escribe algo en mi tarjeta de embarque. Entro en otra sala y hablo con un agente distinto. Contesto sus preguntas con cuidado y le enseño la dirección de mi hotel en Hvar. Intento disimular mi

alegría. No creen que me parezca a la chica de la foto de mi pasaporte. Ha funcionado.

Cuando Alice me envió el mensaje, saqué un billete para Split. Pedí a Anton un permiso para ocuparme de un familiar. Llevo siete años trabajando con él, sabe que solo se lo pediría en caso de necesidad. No le dije de qué familiar se trataba pero sabe lo de Robbie y por qué he faltado antes al trabajo.

—¿Cuánto tiempo necesitas? ¿Un mes? —preguntó Anton.

Robbie está enfermo. En cierto modo, me estoy ocupando de él, pero, aun así, me preocupa que se me castigue por esa mentira, que le ocurra algo.

El agente de la sala de inmigración estudia mis papeles. Ayer, después del trabajo, fui a una droguería y compré tinte para el pelo. En casa, me puse los finos guantes de plástico que vienen en la caja, me agaché sobre el lavabo y me eché el tinte en el pelo. El olor hizo que me ardiera la nariz. Jasper levantó el morro, gimió y se fue al dormitorio. Tras aclararme el tinte, me sequé el pelo y me duché. El color empezó a diluirse y a volverse ocre.

La semana pasada, en cuanto dejé Ashdown, leí entrevistas a actrices en las que hablaban sobre cambios de aspecto para interpretar un papel e hice una lista de lo que comían para ganar peso. En el supermercado, llené un carrito de pasteles, patatas fritas y donuts. Alimentos que tienen el beneficio añadido de estropear la piel, como dijeron esas actrices.

Me he depilado las cejas; ahora las llevo muy finas. Me he cortado el pelo y acentuado el flequillo. Busqué fotos de turistas y mochileras en las islas croatas y compré camisetas de tirantes y con encaje, bombachos y sandalias de corcho. Encontré un par de fotos mías de cuando era niña. Tenía la cara más estrecha y los rasgos más delicados. El pelo castaño y mucho más corto, sin flequillo. Mi padre no me reconocerá. Puede que ni siquiera lo hiciera sin todos estos preparativos. No me ha visto desde que tenía ocho años.

El agente me devuelve la documentación y me sella el pasaporte. Le sonrío y atravieso el aeropuerto hasta la parada de taxis. Cuando llegamos a la terminal, acaba de salir el transbordador a Hvar. He averiguado que es una isla de un archipiélago frente a la costa de Dalmacia. Muchos turistas navegan de isla en isla durante el verano, al parecer las aguas son muy claras. Son claras incluso aquí, en el puerto atestado, y tienen un llamativo azul verdoso.

Saco un billete y paso una hora esperando en un banco delante de la terminal. Mis brazos desnudos empiezan a enrojarse al sol. Tengo a mi lado dos mochileros franceses. Voy vestida casi igual que la chica, con una

ajustada camiseta de tirantes finos, pantalones holgados y sandalias, aunque ella también lleva pulseras y un anillo de plata en un dedo de un pie.

Cuando llega el siguiente transbordador, la fila de coches que esperan cambian de marcha y suben a bordo despacio. El barco no se llena. Uno de los mochileros franceses se tumba en una hilera de asientos para dormir. Una pareja de ancianos croatas se reparte el periódico entre ellos. Compró un *burek*, un pastel de hojaldre griego relleno de queso, y me lo llevo a la cubierta. El aire huele a humo y gasolina. A mis pies, la rampa metálica resuena cada vez que otro coche sube a bordo. Vuelvo la vista a los acantilados de piedra caliza que se yerguen más allá de la costa, los Alpes Dináricos. He leído que los aldeanos huyeron a las montañas durante las invasiones mongolas. Se oye una sirena y el transbordador se separa del muelle. Dentro de dos horas llegaremos a Hvar.

Contemplo cómo los Alpes Dináricos se alejan a medida que nos adentramos en el mar. Son lo bastante grandes como para que mi padre los vea desde la isla.

Se marchó de Inglaterra en noviembre de 1991. En aquel momento, Croacia estaba en guerra. Ese junio había declarado su independencia de Yugoslavia y luchaba contra el Ejército Popular Yugoslavo. Cientos de miles de civiles huían del país. Mi padre pudo moverse en dirección contraria sin que nadie lo molestara.

Ni siquiera pensarían en él. Se cerraron los aeropuertos y no había vuelos de pasajeros que entraran o salieran del país, solo los de la ONU y la OTAN. Pero en la frontera había zonas sin vigilancia y pudo cruzarlas andando. No debió de resultarle muy difícil pasar desapercibido. Aquel año enviaron a Croacia a miles de mediadores de la ONU. Mi padre seguramente parecía uno más de los europeos o estadounidenses que acudieron a ayudar o a beneficiarse de la guerra.

Creo que le habría gustado vivir en una zona de conflicto. Haría que se sintiera valiente sin tener que correr mucho peligro. Podría mantenerse alejado de lo peor de la lucha y mudarse a una de las miles de casas que se abandonaron.

Debajo de mí, la espuma blanca bordea todo el casco del transbordador. Ya estamos lejos del continente. Ante nosotros se encuentran las primeras islas, Šolta y Brač. Camino hasta la proa del barco a medida que las islas se acercan. Es una imagen inverosímil, como dos secciones de un bosque de pinos arrancadas y colocadas en el mar. Pasamos entre ellas y regresamos a mar abierto, al Adriático. Homero escribió sobre estas islas. Me pregunto si

eso influyó en la decisión de mi padre; le encantaba leer a los clásicos cuando estudiaba en Eton.

«Pero puede que no esté aquí», me repito mientras el transbordador se acerca a la isla. O quizá Alice o Sam mintieron. No debería esperar nada.

No obstante, no lo creo. Tras el mensaje de Alice, recordé que, en la cena de la primera noche que pasé en Ashdown, Rose y James afirmaron que nunca habían estado en Croacia. Repasé las fotos de sus extractos bancarios y encontré un pago a un hotel de Dubrovnik.

Y todo lo que he descubierto de este lugar le pega a mi padre, tanto por sus gustos como por sus especiales circunstancias. Se supone que Hvar es la más bella de las islas y los viajeros más ricos visitan su capital. Aquí trataría con el tipo de gente que le gusta.

Atracamos en Stari Grad. Cuando bajo las oxidadas escaleras, un empleado dirige a los coches fuera del transbordador. Sigo a algunos pasajeros hasta una parada de autobús y dejo la mochila en el suelo mientras rebusco entre los desconocidos billetes para pagar el viaje.

Llega un autobús. El humo del tubo de escape se me pega al sudor de la cara mientras espero para subir. El trayecto por el sur hasta la ciudad de Hvar es de veinte minutos. El autobús está lleno y me siento abrazada a la mochila. Mientras buscaba información sobre Hvar anoche, descubrí que miles de mediadores y contratistas de la ONU se quedaron allí después de la guerra. Algunos fueron clientes del mercado del sexo. No sé si esa es la palabra adecuada. Las mujeres no cobraban y no podían dejarlo. Algunos de los mediadores se hicieron traficantes de las mujeres a las que habían ido a proteger. Ninguno de ellos ha sido detenido por eso. Que yo sepa, ninguno de ellos ha recibido un castigo, aunque espero estar equivocada. Espero que alguien tenga una lista de esos hombres y que esté yendo a por ellos, uno a uno.

Las casas de Stari Grad quedan atrás y a ambos lados de la carretera se ven colinas rocosas y arboledas marítimas. A última hora de la tarde, la luz del sol atraviesa en diagonal las copas de los olivares. Por la ventanilla se oyen los neumáticos del autobús, que sisean contra el asfalto. Ante nosotros, la carretera se curva entre las colinas de piedra caliza. El sol está lo bastante bajo en el cielo como para que algunas de las laderas estén ocultas por sombras y otras sean doradas. Nos hemos adentrado en el interior de la isla, pero, aun así, se nota que el mar está cerca. Ha elegido un lugar precioso para vivir.

Leo que las colinas están despobladas porque los venecianos de la Edad Media talaron los árboles de la isla para construir sus barcos. Hvar fue antaño un puerto veneciano. Eso le gustaría, siempre le gustó Italia.

La carretera desciende por una colina. Pasamos junto a unas obras detrás de una verja metálica: hay una excavadora al lado de un montón de cascotes y unas pocas casas de cemento con barrotes en las ventanas. Tomamos una curva y bajo nosotros aparece Hvar, una mezcla de tejas rojas en una ladera que rodea el puerto, con el Adriático azul perdiéndose en el horizonte.

Sigo a la multitud de pasajeros desde la parada del autobús a la plaza del centro de la ciudad. A un lado está la catedral, al otro, el puerto. Algunos viajeros se dirigen a un restaurante con mesas y sombrillas rojas y yo camino por delante de él. Busco su cara en todas las que veo.

Me tiro de la camiseta e intento despegarla del sudor que me cubre la espalda y el estómago. Detrás de mí pasan dos hombres que hablan inglés y me vuelvo, pero son demasiado jóvenes.

El paseo del puerto no está abarrotado, pero los bares que lo bordean están llenos y todos los atracaderos al otro lado del rompeolas están ocupados. Observo a una tripulación uniformada que se mueve a bordo de un gran yate.

En verano, miles de visitantes llegan para nadar, tomar el sol y emborracharse con vino rosado. Algunos de los bares alquilan tumbonas sobre salientes de piedra por 50 euros al día. Hay fiestas en yates, villas, restaurantes, discotecas y bares a los que la gente acude a nado tras saltar de los veleros. Incluso en el exilio, se las ha arreglado para estar en el centro de todo.

Entonces, en otoño, los visitantes se marchan y los oriundos reconquistan la ciudad. Creo que eso también le gustaría. A veces, hasta nieva en invierno.

En un yate de cuatro pisos que pasa ante nosotros, un hombre sale a cubierta con un teléfono pegado a la oreja mientras hace rebotar la palma de la mano en la barandilla. Más allá del puerto, se encuentran las diminutas islas Pakleni, que más bien parecen un arrecife expuesto. Cuento nueve veleros flotando a su alrededor. Mi padre navega, podría estar en uno de ellos.

Mi hotel es un viejo edificio de piedra junto a la plaza. Tuve que entregar mi pasaporte a la encargada, que escribió cuidadosamente su número en el registro. No reservé una de las habitaciones con cocina porque pienso comer

siempre fuera, ya que, aunque hay pocas posibilidades de verlo en un restaurante, los hay a docenas. He encontrado los que seguramente le gustarían —Gariful, DiVino, Dalmatino—, pero puede que mi padre prefiera comer en un bar o cocinar en casa.

He intentado deducir los lugares que la gente visita con frecuencia en una ciudad de este tamaño: el supermercado, la gasolinera y el cajero automático. Hay un gran cajero en el banco de la plaza y dos gasolineras, ambas camino de Stari Grad, pero el supermercado parece el mejor lugar por donde empezar. En el confín de la ciudad hay un Spar al que seguramente acuda a menudo cualquiera que viva aquí. Aunque encargue a alguien que le haga la compra, puede que vaya al Spar a hacer pequeñas compras, a por cerveza o jabón, por ejemplo.

Llego al supermercado cuando solo falta una hora para que cierren, pero sigue lleno. Las puertas apenas tienen tiempo para cerrarse entre un cliente y otro. Sale una anciana con una pechuga de pollo rosada en un envase de plástico; luego, un grupo de estudiantes de año sabático que cargan con la compra y bolsas de hielo. Unos cuantos lugareños hacen una parada en el establecimiento después de la jornada laboral de camino a casa, todavía vestidos con el uniforme del hotel o el restaurante. Una mujer inglesa se descalza y espera en la puerta del supermercado mientras su marido entra. Se fija en mí y yo simulo que espero a alguien que está dentro.

La multitud aminora al final. A través del escaparate de cristal veo a los empleados estirarse y hablar unos con otros. Llega otro cliente y las puertas automáticas se quedan abiertas un momento después de que las atraviese.

A las nueve, una chica deja su caja registradora con una gran anilla llena de llaves en la mano y cierra las puertas del supermercado desde dentro. Compró un *burek* en un puesto y cargo con la grasienta bolsa de papel hasta los escalones de la catedral. La fachada de piedra se ilumina a mi espalda. Algunos visitantes se sientan en los escalones y me llega un olor a marihuana. Me lamo la grasa y los restos de hojaldre de los dedos.

Todas las sombrillas rojas del restaurante están cerradas, sujetas con tiras de tela. Veo a todas las personas que hay en las mesas; mi padre no está entre ellas. Por toda la plaza resuenan las voces y el ruido metálico de los cubiertos. Me acabo el *burek* y arrugo el papel manchado de aceite.

Algunos comensales pagan la cuenta y los camareros acuden para llevarse los platos. Son más de las diez. Probablemente, mi padre estará en casa a estas horas. Quizá leyendo, o preparándose para ir a la cama.



Más allá del puerto hay una pequeña playa de guijarros. Me siento en la orilla, con los codos apoyados en las rodillas, mientras el sol de la mañana brilla en las claras aguas verdes. A mi espalda, el viento arranca gotas cristalinas de las olas.

Nadie baja a nadar. A las siete, voy a la cafetería del paseo marítimo para desayunar una taza de un espeso y empalagoso café. Me lo trae una joven con un vestido de tubo y un delantal.

—¿Hace mucho que vives aquí? —pregunto.

—Me crie en Stari Grad —contesta. Apenas tiene acento. En temporada alta debe de hablar inglés tan a menudo como croata.

—Es un lugar precioso —digo, y ella sonrío para sí, como si me añadiera a la lista de turistas que le describen su propia casa—. ¿Hay mucha gente de fuera que viva aquí?

—Algunos.

—¿De dónde vienen?

Mira al techo, arquea las cejas y suspira. Veo que tiene un número escrito con rotulador negro en el dorso de la mano.

—Alemania. Holanda...

Echo leche en el café.

—¿Algún británico?

—Sí.

—¿Van a algún bar en concreto? Quería ver el partido de fútbol de esta noche.

—Van a todos los bares —responde con tono pesimista.

Por lo que he leído, no son los invitados más educados, sobre todo los estudiantes británicos. Al otro lado de la sala, un hombre con un polo rosa intenta llamar a la camarera con un dedo levantado.

—¿Alguno de esos expatriados lleva aquí mucho tiempo? —pregunto. Parece dispuesta a seguir hablando conmigo, aunque solo sea para hacer esperar al hombre del polo—. Un amigo de mi tío se mudó aquí. Puede que lo conozca. Es inglés, ahora tendrá sesenta y tantos.

—¿William?

Tengo que aclararme la garganta antes de hablar.

—Puede que sí, no recuerdo su nombre. ¿Es alto?

Levanta una mano plana en el aire, por debajo del hombro, y se me vacían los pulmones. El hombre del polo se ha medio levantado de la silla y tiene la servilleta sujeta contra el regazo. La camarera suspira y cruza la sala para atenderlo.



Hay largas pausas entre los clientes del Spar. El supermercado no está tan lleno como anoche. El día se ha vuelto caluroso y los clavos del banco me queman la piel cuando los toco. Quiero sacar un libro de la mochila, pero mi padre se me podría escapar mientras leo. Parece que algunos detectives escuchan audiolibros cuando hacen estas cosas. Me lo he planteado, o recurrir a un programa de radio; un ómnibus de *The Archers*^[5] sería reconfortante. Debe de haber alguna oferta para descargárselos. Soportaré la incomodidad y aparecerá.

Pero me he traído una bolsa de gominolas de frutas y me permito tomar una cada hora. Mientras la gente entra y sale del Spar, pruebo diferentes maneras de comer una gominola: sorbo, mastico, la disuelvo o la presiono contra el paladar. Ha sido un recurso idiota. Ojalá tuviera algo que hacer con las manos. La mochilera que vino conmigo en el autobús se pasó el viaje haciendo punto. Se la veía disfrutar con ello, parecía un buen modo de pasar el rato. A veces me levanto y doy una vuelta por el lugar o estiro los brazos. Pero, cuando son las nueve, me duele todo el cuerpo por haber pasado tantas horas sentada en el banco.

Cuando cruzo la plaza del pueblo, siento que me flotan las piernas. Apenas he bebido nada hoy e ingiero un litro de agua antes de llegar al puerto. Me pego al rompeolas y miro al agua negra que hay entre las barcas.

Puede que ni siquiera esté aquí. Es posible que ni siquiera esté en Croacia. Quizá Alice le contó la verdad a sus padres y estos le aconsejaron lo que debía decirme. Podría estar vigilando el supermercado de un pueblo en el que no vive. Siento una punzada de vergüenza al recordar lo concienzudamente que me apliqué en casa el tinte para el pelo. Primero me puse vaselina a lo largo del nacimiento del pelo para que el tinte no manchara la piel y que mi padre no se diera cuenta de que me lo había aplicado hace poco. Dedicé mucho tiempo a eso y me aseguré de no dejarme ningún trozo.

Esto solo es una versión más humillante de todos los viajes de investigación que he emprendido antes. A Newhaven, a Eton y a Rules. Cuando acabe, volveré a casa, como hice todas esas veces, e intentaré convencerme de que he progresado.

El invierno pasado leí sobre un hombre al que un desconocido apuñaló en la estación de metro de Walthamstow. Se salvó por poco. En una entrevista posterior dijo que esperaba que su atacante recibiera la ayuda que necesitaba. Solo había concedido la entrevista para contribuir a que la gente fuera consciente de los recortes que pensaban hacerse en el presupuesto destinado a la salud mental. Dijo que no, que no le asustaba volver a tomar el metro. Pese a todos los esfuerzos del entrevistador, el hombre no mostró señal alguna de sentirse traumatizado. Dijo que había decidido tratar el ataque como haría, por ejemplo, con un accidente de bicicleta.

Me pregunto cómo habría sido mi vida si hubiera tomado esa decisión.

Un gran yate flota en el profundo canal que hay ante el puerto, es demasiado ancho para que entre en los amarraderos. Desde la cafetería del paseo marítimo veo una motora que se dirige a él, arrancando espuma blanca al agua azul. En el yate se abre una escotilla y la motora entra por ella. Eso me sorprende; un bote dentro de un bote. Me recuerda a un juguete que tuve una vez, una perra de peluche con una abertura de velcro y cachorros en el interior. Dudo que al dueño del yate le gustase la comparación.

Vuelvo al banco que hay frente al supermercado y empiezo a escuchar el primero de los episodios de *The Archers*. Me he descargado trece horas. También me he traído una bolsa de golosinas variadas. Más sabores, más para mantenerme ocupada hasta que acabe el día.

No hay muchos clientes, así que paso la mayor parte del tiempo vigilando la carretera, que cruza la isla hasta Stari Grad, aunque la mayoría de los coches pasan demasiado deprisa como para ver quién va dentro.

Cada vez estoy más convencida de que Alice me ha enviado aquí como castigo. No la culpo del todo, aunque pensar en ello me agota, me debilita. Si es cierto, seguramente será el primero de muchos castigos. Sus padres querrán darme una lección si se han enterado de que he estado en su casa.

No tengo por qué quedarme aquí y esperar. No compré el billete de vuelta, puedo ir al aeropuerto mañana. Antes de irme, preparé el piso para pasar una larga temporada fuera. Avisé a correos, vacié la nevera y bajé el termostato para que una ola de frío no activara la calefacción. Dejé a Jasper con Laila con una provisión de pienso para un mes y casi todos sus juguetes. Realicé todas esas tareas con un sentimiento de finalidad, de forma deliberada, como si necesitara poner todos mis asuntos en orden de cara a lo que ocurriese luego. Me avergüenzo de todo ello, tanto que desearía no estar en mi pellejo. Una persona mejor que yo lo perdonaría. Otro tipo de persona mejor lo habría encontrado hace años.



La tarde siguiente, un domingo, el Spar cierra antes. No sé si mi padre habrá ido a misa esta mañana. Es una de las cosas que me pregunto desde hace años; si se ha confesado, si en alguna parte hay un sacerdote que sabe la verdad y ha decidido no violar el voto de silencio. A veces he odiado a ese sacerdote imaginario casi tanto como a mi padre.

A las cinco, un empleado cierra las puertas del supermercado y vuelvo al pueblo. Decido vigilar el cajero automático de la plaza, pero me pongo en pie tras sentarme un momento. Tengo demasiado calor, llevo todo el día sudando. Paro en el hotel para coger un bañador antes de ir a la playa.

Me quito la ropa sucia y me meto en el agua. Nado varios largos bajo la superficie y unos escalofríos me recorren la espalda. Me sumerjo en corrientes más frías. Cierro los ojos y lo veo todo índigo, y luego rojo a medida que asciendo hacia aguas iluminadas por el sol. Están lo bastante claras como para ver los guijarros del fondo y los erizos de mar. Unos peces pasan como exhalaciones. Floto de espaldas y el agua me levanta y me baja.

Estoy lo bastante lejos como para ver a otros bañistas en caletas por toda la costa. Una mujer que timonea un pequeño velero hacia el puerto levanta la mano para saludarme al pasar. Recorro la costa a nado hasta que me duelen los músculos.

Camino hacia la playa, me sobresalto y me encojo. Levanto el pie del agua y lo apoyo en la otra pierna. De la planta del pie sobresale la púa negra de un erizo de mar. La saco y un hilillo de sangre traza una curva en mi pie hasta gotear en el agua.

Una vez en la playa, me hago un moño y me pongo el vestido encima del bañador mojado. Necesito un antiséptico, las púas pueden causar infecciones. Entro en la ciudad por las estrechas calles medievales. Es domingo por la tarde, la farmacia podría estar cerrada. No es que me duela mucho, pero al pisar soy consciente de dónde se me ha clavado la púa.

Paso por delante de una ferretería y doy media vuelta. Quizá vendan alcohol. Abro la puerta y un hombre al otro lado sonríe y se aparta retrocediendo dentro de la tienda para dejarme pasar. Agarra la parte superior de la puerta y la mantiene abierta para mí.

Yo lo miro para darle las gracias, y me siento como si me hubieran empujado con fuerza. Él sonríe y se disculpa. Entonces yo me aparto y sale por la puerta, que se cierra. El hombre queda al otro lado del cristal.

Extiendo el brazo para mantener el equilibrio y tiro una caja de cintas métricas. Me agacho para recogerlas, las devuelvo a puñados en la caja y salgo de la ferretería.

Hace veintiséis años, se sentó enfrente de mí en un reservado del Luxardo, con un traje oscuro y el papel pintado a rayas del local a su espalda. Tiene el mismo aspecto, aunque con la frente surcada de arrugas verticales y horizontales y bolsas bajo los ojos.

Ya está en la esquina. Camino despacio, manteniendo la misma distancia entre nosotros. En su mano se balancea una bolsa de plástico de la ferretería. Caminamos hacia la plaza por una calle estrecha, rodeados por los edificios de piedra y los tejados rojos. Saca un bote de la bolsa y lee la etiqueta mientras anda.

Yo le miro la nuca. Tiene el pelo blanco. Lleva una camisa remangada, pantalones de lona y botas de ante. Siempre vistió bien. Dobla colina arriba y se aleja de la ciudad, pero no cambia el paso; todavía está en buena forma. Me resbala un pie. Bajo la mirada y veo que tengo sangre en la sandalia. Voy dejando un rastro a mi paso.

El camino se bifurca y desaparece de la vista. Doblo la esquina a tiempo de verlo subir a un viejo *jeep* descapotable con asientos de cuero agrietado. Estoy lo bastante cerca como para oír el tintineo de sus llaves antes de que arranque el motor y ver cuerdas y una cruceta en el maletero abierto.

Cuando el tráfico disminuye, sale del aparcamiento y toma una carretera que lo aleja de la costa. El *jeep* hace un ruido sordo cuando cambia de marcha. Poco después de desaparecer, su motor cambia de tono, como si viajase cuesta arriba. No me costará encontrarlo. Las carreteras que van en esa dirección acaban en las colinas, no se adentran en la isla.

El humo del tubo de escape flota en el aire que me rodea. Escucho hasta que dejo de oír el coche y el aceite que ha goteado en el asfalto empieza a secarse.

Se parece tanto... No cabe duda de que es él. Pero todavía soy incapaz de creer que el hombre que aquella noche vino a casa era mi padre. Pensé que volver a verlo podría ayudarme a creer que hizo esas cosas, pero no ha sido así. Parecía una persona totalmente corriente. Al salir de la ferretería, de camino al coche, se le enganchó la suela del zapato en la acera y perdió el equilibrio. Solo necesitó un segundo para recuperarse y seguir andando, pero sigo pensando en ello; fue un movimiento sumamente torpe y normal.

Encuentro una farmacia abierta y compro alcohol, una venda y esparadrupo. En la habitación del hotel, uso el espejo de la polvera para ver si queda algo de la púa del erizo de mar bajo la piel. La sangre me ha empapado la sandalia

y el agua del lavabo se tiñe de rojo y marrón cuando limpio el corcho. Eso parece llevarme mucho tiempo, pero tardo poco en cruzar la plaza y alquilar una *scooter*. En la entrada del garaje hay un grupo de estudiantes estadounidenses que también han alquilado motocicletas. Se dirigen a Milna para ver la puesta de sol. Dos de ellos están nerviosos y el hombre del garaje se ríe y les dice: «No cogen mucha velocidad», información que resulta útil.

Me dirijo a la carretera de Dolac. Aún tengo la sandalia húmeda y noto que se afloja el pegamento del esparadrapo. La *scooter* es baja y pesada; los estudiantes no tendrán problemas con ella. Todas las que se alquilan son iguales, lo cual es bueno: pareceré una turista más.

Son las siete en punto. El sol brilla sobre las malas hierbas que crecen alrededor de una alambrada con púas que hay a un lado de la carretera. A medida que subo la colina, las casas se distancian entre sí y entre ellas hay tramos de tierra agreste. El sol se encuentra a mi espalda y proyecta mi larga sombra delante de mí; veo cómo se alarga y desliza por el asfalto cuando la carretera se curva.

Aquí arriba hay un puñado de casas, todas construidas para disfrutar de las vistas. Se alzan ante mí una tras otra: modernos bloques de cemento sólido en hectáreas de piedra caliza y arbustos, con las ventanas opacas por el reflejo de la puesta de sol.

Aparece otra casa. Cuando estoy a su altura, vuelvo la cabeza hacia el camino de entrada. Hay un *jeep*, aparcado bajo un emparrado de ramas delgadas. La suya es una de las últimas casas que hay junto a la carretera, antes de que esta se estreche y se pierda en los matorrales que hay en el punto más elevado respecto a la ciudad. Más allá, en la cresta de la colina, hay un generador en una caseta de cemento. Saco la motocicleta de la carretera y me siento en la grava, con la espalda apoyada contra el generador.

El mar se oscurece lentamente. Las luces empiezan a encenderse en la ciudad. Un perro ladra en alguna parte de la colina y el generador zumba detrás de mí. Estas son sus vistas. Son bonitas. En invierno verá cómo nieva en el mar. De la casa sale una plataforma que se apoya en pilotes de madera. Puede que la añadiera para aprovechar las vistas. O el sol. Parece que pasa mucho tiempo al sol.

Esa es una de las cosas que he deducido por su aspecto. La otra, más importante, es que está sano. No se lo ve apagado, como a James. No ha empezado a encorvarse. La ropa le sienta bien. Debe de haber encontrado un sastre aquí; siempre compraba camisas y trajes hechos a mano. Tiene más de sesenta años. Ha cambiado un poco —tiene la frente despejada y el pelo

blanco—, pero no mucho. Caminaba sin problemas al salir de la ferretería, balanceando la bolsa en la mano. Parecía feliz.

A las dos de la madrugada, bajo por la colina hasta su casa. En el mar, a lo lejos, se ha desatado un temporal. Los relámpagos estallan tras las nubes, que brillan como un espejo ahumado.

Algunas de las casas de por aquí tienen pegatinas que indican que cuentan con un sistema de seguridad. La suya no, pero debe de tener alguna alarma. En su lugar, yo la tendría. Una pared de piedras separa su propiedad de la de su vecino. Miro su casa entre los olivos, desde la parte más alejada del muro. Tengo que ser silenciosa, solo estoy a unos diez metros de sus ventanas abiertas. No sé si podré acercarme más. Ya tengo el corazón acelerado y el vello de los brazos y la nuca de punta. Pero es tarde y hace horas que las luces están apagadas. Seguramente ya esté dormido.

La casa es más modesta de lo que había esperado. Tiene paredes de cemento, lisas y barnizadas, y un tejado liso con algunos respiraderos y una chimenea. Al verlo, imaginé que tendría una piscina. Parece el tipo de persona que hace varios largos todas las mañanas.

No ha plantado nada en el patio, la tierra que rodea la casa es como la del campo agreste de la colina. Cuando trepo el muro y entro en su propiedad, la hierba seca me llega a las rodillas. Si está despierto, oíría desde dentro el crujido de los matojos bajo mis pies.

Tiene un hogar para fogatas y, encima, una parrilla con formas oscuras allí donde la carne se ha carbonizado y pegado al metal. En la plataforma, hay una mesa y sillas de plástico. Podrá comer fuera casi todo el año.

Rodeo el lateral de la casa y doy un traspiés. Hay alguien ante mí. Dejo de respirar. Unos fogonazos de calor me atraviesan el cuerpo y me fallan las piernas. Se mueve hacia mí. Entonces veo la cuerda del tendedero y me ahogo al respirar. No es un hombre. Es un traje de neopreno, colgado para que se seque. Es de los largos, de manga y pernera largas, y el tejido húmedo todavía huele a sal.

Camino, insegura, hasta el emparrado y su coche. Antes de salir de Londres, visité la sección de electrónica de Selfridges, unos grandes almacenes, para comprar un aparato. Hace unos meses le compré uno igual a Laila, porque a menudo pierde la llave del candado de su bici. Es un llavero vulgar y corriente, pero con un chip GPS. Te descargas una aplicación, tecleas el código y el rastreador aparece en un mapa. Meto el llavero en una de las

grietas del cuero y lo empujo hasta que se queda encajado en el tejido acolchado. Paso la mano por el asiento. Nadie se daría cuenta de que está ahí.

Bajo corriendo por el camino de la entrada hasta la carretera. Cuando miro hacia atrás, espero verlo en la ventana, pero sigue a oscuras y solo vislumbro la forma de las cortinas blancas, que se sacuden en el interior de la casa.

No soy la última persona en volver al hotel. A los pies de las escaleras de la catedral hay dos chicas con una botella de vodka. La plaza está lo bastante silenciosa como para que oiga que el vodka se agita en la botella cuando una de ellas se la lleva a la boca.

Saludan a una chica que camina hacia ellas desde el otro lado de la plaza. El sonido de unos tambores llega de los bares de la playa. La chica que se acerca a mí lleva unos vaqueros ceñidos y un top negro. Tiene el cabello largo, le llega hasta la cintura. Son italianas; he oído hablar a las otras. Lleva una gargantilla negra y, bajo esta luz, parece que le han separado la cabeza del tronco. Camina deprisa, de puntillas, y parece a punto de romper a reír. Me pregunto qué habrá dejado atrás y me sonrío cuando pasamos la una junto a la otra.

Salgo de la plaza y me meto por la calle estrecha que lleva a mi hotel. Unas pocas farolas iluminan las fantasmales fachadas de los edificios y dejan a la vista los arañazos en la pintura blanca de los postigos cerrados y las formas oscuras de los portales. Normalmente, cuando es tarde y voy sola, me alejo de los portales, pero esta noche paso la mano por las paredes de los edificios.

—Lo he encontrado.

—Perdona, necesito atender esta llamada —le dice Nell a alguien al otro lado de la línea. Se oyen sonidos amortiguados y entonces añade—: ¿Claire?

—Ha estado viviendo en Croacia todo este tiempo.

—Ay, Dios. ¿Lo han detenido?

—No. Aún no se lo he dicho a la policía.

—¿Qué?

—Antes quiero observarlo. —Se hace el silencio. Me imagino a Nell cerrando los ojos con fuerza—. No pasa nada, no irá a ninguna parte. Vive aquí.

—¿Te ha visto?

—No. De todos modos, no me reconocería.

—Puede que sí. ¿Tan diferente estás respecto a cuando eras pequeña?

No puedo contarle lo del tinte, las cejas y el aumento de peso. Se enfadaría si supiese cuánto tiempo llevo planeando esto sin decírselo.

—¿Cómo lo has encontrado? —me pregunta.

—Chantajeé a alguien.

—Oh, Claire.

—Lo sé.

—¿Dónde estás?

—En Hvar.

—Voy a llamar a la policía.

—No lo hagas, por favor.

—¿Por qué? ¿Qué estás haciendo? ¿Vas a hacerle daño?

—No, claro que no. Solo quiero observarlo.

Necesito saber quién finge ser, cómo pasa el tiempo, si es tan feliz como parece. Pero es más que eso. Necesito saber quién es. Un hombre bueno que hizo una cosa mala. O un hombre malo que ha hecho más cosas malas.

Durante años, he vivido atormentada por el hecho de que la gente que lo rodeaba no supiese quién era, que quizá corrieran peligro. Me parecía imposible que no tuviera modo de avisarlos.

Pero puede que nunca necesitara avisarlos, que quizá me equivocase con él, al igual que la policía y mamá. Me falta algo, siempre me ha faltado algo. Él no habría matado a Emma. No tenía motivos para hacerle daño. La teoría

oficial es que al principio la confundió con mamá, pero ¿por qué no se detuvo entonces? Emma tenía un cardenal en la cara. Le vio la cara.

Y hay algo más que no tiene sentido. Había dejado a mamá. Le había empezado a parecer aburrida. Sus amigos dijeron que había pasado página; lo dijeron todos a los que interrogó la policía. No entiendo por qué, después de marcharse, volvería para matarla.

—¿Cuánto tiempo necesitas? —pregunta Nell.

—Una semana.

—En cuatro días llamaré a la policía.

Hay una cala en la costa, al este de la ciudad, escondida tras una espesa arboleda de cipreses y pinos. Nunca la habría encontrado de no haber seguido el llavero. El punto en el mapa se encendió y apagó cuando vino aquí desde su casa. El llavero sigue en el coche y transmite su localización desde la explanada junto a la cala.

Extiendo una esterilla de yute sobre los guijarros. Hay pocas personas — una mujer toma el sol en una toalla amarilla, un chico amontona guijarros y una pareja lee bocabajo—, pero yo centro la atención en el hombre que mete una lancha neumática en el agua.

Mi padre avanza con cuidado, mirando por donde pisa. Aquí hay todavía más erizos de mar que en la otra playa. Vislumbro sus formas oscuras bajo el agua verde.

Sube a la lancha y tira de una cuerda para encender el motor fuera borda. Tras el motor brota un brillante chorro de agua. El mar está tan tranquilo que, en lugar de dejar una estela, la lancha traza dos líneas en la translúcida superficie. Se dirige a las islas Pakleni, donde hay más botes anclados, pero, entonces, detiene el motor y la lancha continúa sola. Tengo que entrecerrar los ojos para verlo contra el brillo del agua.

No pasa nada. Me pregunto si se le ha parado el motor, pero entonces, en vez de volver a ponerlo en marcha, echa un ancla por la borda. Tira de la cuerda para comprobar que está bien amarrada y empieza a reunir todo el equipo. No tarda en tener ajustada la parte superior del traje de neopreno, con un arnés en la espalda para cargar con un tanque de aluminio. Se pone un tubo en la boca. Y unas gafas. Se ajusta un cinturón de lastre y salta al agua.

Ha aprendido a bucear. Debe de tener mucha práctica si puede hacerlo solo. Un certificado requiere cientos de horas, pero, claro, ha tenido mucho tiempo.

Contemplo la superficie lisa del agua. Está debajo de ella y me pregunto a qué profundidad. El buceo es un pasatiempo peligroso. Muchas cosas pueden salir mal. Descompresión, aneurismas, narcosis por nitrógeno, equipo defectuoso... Y bucea solo, sin nadie que pueda ayudarlo si algo sale mal.

Observo un poco más y me tumbo en la estera, frotándome el reguero de sudor iridiscente del pliegue del codo.

Vuelvo la cara hacia la esterilla y respiro el cálido olor a paja.

Me pregunto si habrá tiburones en estas aguas.

Al cabo de una hora, la mujer que toma el sol se reincorpora en la toalla, estira el cuello y se sube los tirantes del bañador a los pecosos y morenos hombros. Se monta en una bicicleta en el borde del terreno, con la toalla al cuello. El chico también se ha ido; los únicos que quedan en la cala, aparte de mí, son la pareja, que ha ido a nadar y, al volver, se ha tumbado bocabajo. La mujer se apoya en los antebrazos y hunde las manos en los guijarros. Escucho su conversación.

Mi padre todavía no ha salido del agua. Me siento con las manos apoyadas en las rodillas y contemplo las titilantes escamas de luz del agua. Parece que la lancha lleva mucho tiempo flotando allí. Veo un cerco de sal seca en la goma negra.

Puede que sea yo quien lo mantiene bajo la superficie. Que sea la fuerza de mi presencia en la playa, como una mano que retiene su cabeza bajo el agua.

Entonces la lancha se sacude. Un movimiento violento. Me protejo los ojos del sol por si lo he imaginado, pero vuelve a agitarse. Quizá haya tiburones, puede que sea el revuelo que provocan al comer o sus lomos, presionando el fondo de la lancha de goma. O puede que solo sea él, que se sujeta a la cuerda del ancla mientras asciende a la superficie.

Su cabeza emerge del agua. Sube a la lancha y empieza a quitarse el equipo. No me quedo a mirar. Necesito llegar a su casa antes que él.

La vivienda que hay frente a la suya se alquila durante las vacaciones. Encontré su dirección en internet; este mes está vacía. También tiene una plataforma elevada, con escalones exteriores y vistas a la propiedad de mi padre. La parte alta de las escaleras está parcialmente oculta por un pino y lo bastante lejos como para que sea improbable que me vea si no me busca

deliberadamente. Si se da la casualidad de que mira en mi dirección, verá a una turista, sentada en los escalones de su plataforma, leyendo. Me he traído un libro, un mechero y un paquete de tabaco.

Cuando vuelve, va vestido con bañador y una camisa de lino mojada. Lo veo limpiar con una manguera el traje de neopreno. Va al coche y vuelve con un pedazo de pan, que se come mientras lava el resto del equipo. Debe de estar hambriento después de haber buceado.

Brillantes cuentas de agua gotean del traje. Sube por las escaleras de la plataforma. Creo que va a mirar hacia aquí cuando abre la puerta corredera y entra en la casa. No estaba cerrada. Y la ha dejado abierta.

Puede que las paredes del interior estén cubiertas por armas, pero lo dudo. No parece que crea que alguien pueda ir a por él después de tantos años. No tiene alarma, o no la conecta si la tiene. Toda la propiedad está abierta. Y entra y sale libremente, a juzgar por la camisa que cuelga del borde de la plataforma, el libro en la silla y las pinzas de madera con cuerdas de cuero que hay junto al hogar. O el helecho que ha sacado para regarlo. Ha dejado un cerco de agua en los tablones. Que tenga un helecho también me sorprende. Y parece bastante sano, como si lo hubiera cuidado bien.

La camisa en el borde de la plataforma se levanta y aplana por el viento. El traje de neopreno empieza a secarse. En él aparecen manchas opacas y toda la escena empieza a parecerme artificial, una representación. Puede que me haya visto. Que esté dentro de la casa, vigilándome desde detrás de las cortinas. No calculo bien la distancia. No sé si me daría tiempo a bajar las escaleras y huir si viniera a por mí.

No se oye ningún sonido en la casa. Entonces suena una cascada y yo me sobresalto y me golpeo el codo contra la barandilla. Solo se está duchando, el sonido me llega por la ventana abierta del baño.

Poco después, sale a la plataforma con unos pantalones azul marino y una camisa blanca y se sienta a la mesa a leer el libro. No creo que me haya visto. No levanta la mirada, pero no es un gesto que haya practicado, no parece evitarlo a propósito. En la lejanía, la luz blanca de un avión brilla contra las nubes azules, como un faro en lo alto de una montaña.

Por la carretera se acerca un coche. Lo veo aparecer y desaparecer en cada curva hasta que se mete en el camino de la casa. Un hombre sale de él y mi padre baja de la plataforma para saludarlo, estrecharle la mano y agarrarlo del hombro.

Tendrá cincuenta y tantos. Es moreno y tiene el pelo blanco muy corto y unos dientes relucientes. Suben a la plataforma y saludan cuando llega un segundo coche del que sale otro hombre. Trae filetes en una bolsa de congelación. Veo un líquido marrón que se amontona en las esquinas.

Los tres se sientan a la mesa de la plataforma. Beben cerveza Karlovačko y hablan en croata. Mi padre parece dominarlo; lo habla con fluidez con los otros y se ríe.

Uno de los hombres entra en la casa y vuelve con los filetes en una bandeja de cristal. Deben de ser buenos amigos si conoce tan bien la casa. Mi padre echa carbón y queroseno en el hogar. El humo del fuego pronto se eleva en una columna alta y ondulante. Una vez cocinados los filetes, limpia las pinzas en una piedra y deja marcas negras.

Se pasan la sal, la pimienta y un cuenco de patatas asadas. Mi padre come con ganas y movimientos diestros y precisos. Mientras traga, sostiene el cuchillo y el tenedor en vertical sobre la mesa. Se limpia las manos en la servilleta del regazo. El filete está poco hecho; la sangre se acumula en el plato.

Miro a los invitados y me pregunto qué hicieron esos hombres en la guerra. La grasa sangrienta de la plancha para la carne burbujea. Veo que uno de ellos baja un bocado de carne con cerveza.

Oscurece, pero los hombres están iluminados por una simple bombilla bajo el tejado. Cuando mi padre aparta la silla de la mesa, la servilleta blanca de su regazo está manchada de rojo y marrón.

Vuelve con una botella de *rakia*, el *brandy* de ciruelas que he visto en todos los restaurantes de la zona. Los hombres apartan los platos y apoyan los antebrazos en la mesa. Me gustaría entender lo que dicen. La conversación ha tomado un cariz serio. En un momento dado, mi padre se pasa la mano por la cara. Otro de los hombres niega con la cabeza.

Cuando por fin se levantan de la mesa, es tarde. Arrancan los coches y los faros iluminan un círculo incoloro de hierba y tierra.

Ahora mi padre está solo en la casa. Oigo que el agua corre en el fregadero y que unos vasos entrechocan. Las luces se apagan. Espero. Una fina columna de humo todavía se eleva del hogar. No se ha llevado los platos. En la oscuridad, un pájaro se posa en la mesa y empieza a picotear la carne.

Ha bebido mucho. La botella de *rakia* está vacía. ¿Y cuántas cervezas se ha tomado antes? ¿Tres? En el coche lleva una cruceta. Podría entrar con ella

en la casa mientras duerme en su cama. Estará lo bastante borracho como para no despertarse por el ruido.

Pero no lo haré. Claro que no. No mentí a Nell. Durante mis prácticas en urgencias, presencié el momento en que alguien pasa de la vida a la muerte. Nunca podría hacerle eso a alguien, ni siquiera a él.

A la mañana siguiente, mi padre está sentado en la esquina de una cafetería, con una tableta, una libreta y un expreso. Pasa páginas en la tableta, toma notas y lee por encima de unas gafas con montura metálica. Dejo el móvil en el suelo y le doy una patada en dirección a la mesa de al lado. Entonces, me levanto y busco en la mochila.

—Perdone —le digo—. ¿Ha visto mi teléfono? No lo encuentro.

Él levanta la cabeza con una expresión cortés y reservada. Soy consciente de mi pelo rojizo, las sandalias de corcho, la carne de los hombros, redondeada por los tirantes de la camiseta.

—No lo he visto, no —contesta.

Ha aplanado su acento, para que parezca que es de muchos sitios. Tapa el bolígrafo y empieza a buscar el teléfono a su alrededor. Me acerco al mostrador para preguntar si alguien les ha entregado uno y el dependiente niega con la cabeza.

—Aquí lo tiene —dice mi padre.

Cuando me vuelvo, lo sujeta entre el índice y el pulgar.

Creo que la pantalla rota es un buen detalle para una mochilera. Y es auténtico. Se me cayó hace unas semanas en el camino de sirga del canal.

—Muchas gracias.

—De nada.

Su tono es agradable pero seco, como si intentara decirme que debe volver al trabajo.

—Me llamo Sarah.

—Grant —contesta.

—Perderlo habría sido un desastre, solo estoy de paso.

Asiente con educación. No funcionará, no entablará conversación, no nos convertiremos en conocidos, no me dirá nada sobre él. No me concede ninguna oportunidad y forzarlo sería raro.

Mira el libro de yoga de mi mesa y su expresión se torna burlona, como si pensara que no se me da especialmente bien. Junto al libro de yoga hay un gran pastel de hojaldre relleno de pistacho y miel. Tampoco tengo disciplina.

—Gracias otra vez.

—No hay de qué —responde, y los dos volvemos a nuestros asientos.

Grant. No está entre los nombres que había imaginado, pero le sienta bien. Toma notas de la tableta y yo paso páginas del libro de yoga. El papel se pega a la miel que me cubre los dedos. Me fijo en que tiene un tatuaje en el interior del antebrazo. Una hilera de letras griegas, que anoto en mi libro para buscarlas luego.

Al cabo de una media hora, guarda la tableta en un maletín de cuero. Reconozco las hebillas plateadas y el cierre de la solapa; cuando era pequeña, jugaba con él. Todas sus cosas se enviaron a mi abuela tras su desaparición. Cuando ella murió, debió de pedirle a James que le trajera algunas de sus pertenencias preferidas o encargó un maletín nuevo a la misma marca. Se da cuenta de que lo miro y vuelvo la vista a mi libro, a un diagrama de una torsión de espalda, hasta que se va.

Poco después, me acerco a la puerta y lo veo entrar en una casa de estuco que hay calle abajo. Pasé ante ella al venir aquí. Es un centro de *reiki* con campanillas sobre la puerta, al lado de la cual hay una caja de folletos sobre terapia craneosacral.

Nunca me han hecho un masaje craneosacral, pero imagino que será una versión más larga de un lavado de cabeza en una peluquería. Una sensación escalofriante que te eriza el vello de los brazos. La tensión te abandona repentinamente cuando te presionan las sienes o te pasan los nudillos por la nuca. Es la mejor sensación del mundo. Siempre me siento decepcionada cuando me echan el agua.

De las campanillas emergen unas notas huecas. Los postigos de las ventanas están cerrados. Está dentro, en una sesión de *reiki*, tumbado en la camilla de una sala de tratamientos mientras alguien le masajea la cabeza. O le están practicando *reiki* puro, en el cual el terapeuta no te toca pero, según el folleto, hace que tu energía circule. Cree que se lo merece, incluso después de lo que hizo.

En la habitación del hotel busco un alfabeto griego en internet. Abro el libro de yoga por la página en la que copié su tatuaje y busco las equivalencias de cada símbolo con una letra. Me lleva un rato. Quizá uno de los símbolos sean varias letras griegas, porque no lo vi con claridad. Copio una a una todas las letras en un traductor. La transliteración es «Eleutheria». «Libertad».



Sobre su patio cuelga un nido de avispas, un óvalo grande compuesto de capas gris ceniciento, como de papel maché. Las avispas zumban a su alrededor. Mi padre está de pie bajo el nido, sacudiendo un bote. Me inclino hacia delante en mi posición en la plataforma del vecino para ver más allá del telón de agujas de pino. Una bola metálica chasquea dentro del bote mientras lo sacude. Apunta con la boquilla y un chorro alcanza el nido. La superficie se cubre de una especie de espuma. Una vez leí, en una de esas páginas en las que me metía, que es mejor llevar veneno de avispa en vez de espray de pimienta porque el chorro puede alcanzar los seis metros.

Las avispas abandonan el nido; una rutilante nube de ellas se eleva por encima del árbol. Mi padre sube por una escalera de mano que ha colocado bajo la rama y sostiene un bate de béisbol. Unas pocas avispas rezagadas siguen volando a su alrededor. Puede que sea alérgico a su picadura. Quizá no sepa que la mayoría de la gente no se hace las pruebas de la alergia para saberlo. Golpea el nido con un sonido sordo, hasta que se separa de la rama y cae al suelo.

Una hora después, subo por su camino y paso ante el emparrado, vacío. El *jeep* no está. Según la señal del llavero, ha ido a la ciudad. El nido de avispas sigue en el suelo, dividido en segmentos de celdillas de color gris ceniza.

Un olor a keroseno emerge del hogar. En la mesa de trabajo colocada sobre la hierba hay partes de algún proyecto. Ha dejado sobre ella una sierra con un alambre en vez de hoja, como si fuera una versión más grande de la que usábamos en las clases de cerámica del colegio. Recuerdo la facilidad con que el alambre cortaba la arcilla.

Subo los escalones de la plataforma y abro la puerta de cristal. Hay un madero para cerrarla desde dentro, pero lo ha dejado contra la pared. Lo cojo, aunque sé que es innecesario —está en la ciudad, lo he visto marcharse, y el llavero me dirá cuándo vuelve— y cargo con él mientras recorro todas las habitaciones.

Mi padre estuvo una vez en una casa de Laurel Canyon. Fue hace décadas, pero debió de impresionarlo. Tiene las mismas sillas bajas de madera y esterillas de junco. En el antepecho de la ventana hay un puñado de ásperos cristales de cuarzo rosa. Leo los títulos de su librería, disgustada al ver que coincidimos en algunos. La casa tiene un olor característico, marcado y terroso, que no consigo situar en ningún lugar.

La otra habitación es todavía más minimalista. Una cama y un escritorio con vistas al mar. En el escritorio hay un portátil abierto con la pantalla apagada. Estoy demasiado agitada para mirarlo, pero me obligo a sentarme. El madero está resbaladizo por mi sudor. Lo apoyo en el escritorio y me seco las manos en los vaqueros.

Abro las hojas de cálculo y los documentos que tiene en el escritorio. Me lleva un rato adivinar lo que son. Trabaja con fondos indexados. Para él y para algunos clientes, mediante una empresa fantasma, supuestamente registrada en un paraíso fiscal. Conque así se mantiene. Parece especialista en energías renovables.

Su cuenta de correo electrónico no se abrirá sin una contraseña. Consulto en su buscador el historial de los últimos tres meses, que es hasta donde llega, y le saco fotos.

La cocina está al otro lado del salón, tras una encimera de piedra pulida. Abro la nevera. Todos los estantes están limpios y la comida, organizada. Hay un envase de plástico con una pegatina en la que pone, escrito con rotulador, «caldo de ternera», ajo negro y un bote de pasta de miso blanco.

Abro los armarios. Brillantes láminas de algas secas. Maca en polvo, cordyceps —un hongo—, polen de abeja, espirulina y chaga. Las bolsas están abiertas y tienen la parte superior doblada y sujeta con pinzas de plástico de colores. Le quito la pinza a la bolsa de té de hongos. Es el olor que hay en la casa, el mismo aroma a tierra húmeda.

No puede comprar todo esto en la ciudad, debe de pedirlo por internet. Me enfurece que se esfuerce tanto en cuidar de su cuerpo cuando mamá y Emma ya no tienen nada, no pueden experimentar nada, por su culpa.

Llevo más de una hora en su casa y empieza a parecer que no va a regresar. El nerviosismo ha desaparecido y lo ha sustituido una especie de trance. No hace viento; todo, dentro y fuera de la casa, está tranquilo.

Me tomo mi tiempo. En su armario hay una caja fuerte. Pequeña pero lo bastante grande para contener documentos, dinero y un arma. Pruebo algunas combinaciones, sin éxito. Cada vez compruebo menos a menudo la localización del llavero en el mapa.

He estado un rato en su cuarto de baño, mirando entre sus medicamentos y productos. Nada fuera de lo normal. Un antibiótico caducado, cápsulas de melatonina, aspirinas y pasta de dientes. En un lateral, escondido tras el antibiótico, hay un lápiz de labios.

Lo abro. Es de color rosa claro y se ha usado a menudo. La boca de alguien lo ha moldeado en forma de media luna.

Vuelvo a pasar por las habitaciones. Pero no hay nada más que pertenezca claramente a una mujer. Ni zapatos ni horquillas. Ni notas ni fotos. El lápiz de labios tiene un peculiar tono rosa pastel. Es el tipo de color que usaría alguien joven.

Devuelvo el madero a su sitio. Sigue húmedo por mi sudor. Me gusta la idea de que él lo note, desconcertado e inquieto.

Estoy tentada a dejar algo más atrás. Podría desenroscar la tapa de uno de sus botes y dejarla en la encimera para que dude sobre si la dejó así o si alguien ha entrado en la casa. Pero eso, al final, solo me perjudicaría; lo advertiría sobre lo que se avecina.

Cierro la puerta y doy media vuelta. El madero retumba cuando cae en la corredera. Empujo la manija, pero la puerta no se mueve, claro. Está cerrada por dentro, el madero impide que se abra.

Rodeo la casa. La única otra entrada es la de la puerta principal y está cerrada. La empujo con el hombro y miro el mapa. La señal se mueve. De hecho, debe de llevar un rato moviéndose. Ya está en la base de la colina.

Oigo el motor. Se me tensan los músculos de la nuca y el sudor me pica en la piel. Corro hasta la carretera. Cuando oigo su coche a mi espalda, me obligo a aminorar el paso. El motor suena más fuerte. «Seguramente ha entrado en el camino de su casa», pienso, «debe de haber seguido su camino». Me esfuerzo por escuchar.

Entonces oigo el sonido de la grava al moverse y, cuando me vuelvo, se ha detenido en la entrada. Cierra la puerta del coche mientras me escondo tras el generador. Espero a que el sudor se me seque en la piel y, luego, subo a la motocicleta y bajo la colina.

Debe de haberme visto caminando a un lado de la carretera. Lo cual probablemente le haya parecido raro, pues no hay nada en esa dirección; la carretera se acaba en lo alto de la colina, junto al generador. Pero ver a una mujer caminar cerca de su casa y que la puerta esté cerrada por dentro no hará que huya. Puede que la mujer fuera a hacer senderismo al otro lado de la colina, puede que el madero se cayera solo.

¿Tenía tierra en las sandalias cuando he entrado? ¿He vuelto a colocar la comida en el orden correcto? No he sido cuidadosa. No puedo creer lo descuidada que he sido.

No recuerdo haber colocado el lápiz de labios en el armarito. Sé que lo saqué y miré de qué color era, pero no si le puse la tapa. Puede que lo dejara

en el lavabo.



Me doy una ducha fría en el hotel. Estoy envuelta en una toalla, cepillándome el pelo, cuando suena el teléfono.

—¿Claire Alden?

—Sí —contesto, y el recuerdo de mi último encuentro con mi hermano me asalta, me aturde. Me preparo para lo que voy a oír sobre él.

—La llamo desde Penbridge. Su hermano está aquí.

—¿Qué?

—Ha llegado esta mañana. No dispondrá de móvil durante la primera semana, pero puede llamarlo usted a este número si hay alguna urgencia.

La mujer me pregunta si tengo dudas sobre el programa de veintiocho días. Tengo la cara mojada y siento que una ligera avalancha me golpea el cuerpo.

—¿Necesita mis datos bancarios?

—Quiere pagarlo él, pero necesitamos un aval.

—Sí, claro.

Tras la llamada, bajo corriendo las escaleras y salgo a las calles empedradas. Los edificios están salpicados de escaparates abiertos y los miro mientras camino, exultante por las noticias.

Ya puedo volver a casa. En Hvar hay una pequeña comisaría de policía. Pueden detenerlo ellos o quizá la Interpol envíe a sus agentes. Pero una vez haga eso, se habrá acabado. Acordonarán su casa y lo detendrán. Solo me llegarán las migajas de las declaraciones oficiales o el juicio. Ya no será como ha sido hasta ahora.

A las ocho de la tarde, la señal de su llavero empieza a moverse. Si se dirige hacia Stari Grad y el transbordador, llamaré a la inspectora Tiernan, pero la señal de detiene en un terreno detrás de DiVino. Cuando camino hacia el puerto, mi padre está cenando en la terraza del restaurante. Lleva un pesado reloj de plata y una camisa con las mangas recogidas. Su amigo —otro hombre, de su edad— separa las espinas de un pescado cocinado a la brasa.

Estoy detrás de mi padre. Ahora llevo otra ropa, pero seguramente me vio en la carretera y no puedo arriesgarme a que vuelva a hacerlo. Lo observo mientras habla con su amigo y usa el tenedor para coger mejillones de un cuenco. Quiero saber si piensa alguna vez en su hijo. Si alguna vez ha sido consciente de lo mucho que ha sufrido Robbie.

Su amigo hace un gesto hacia el gran yate amarrado en el canal y mi padre se vuelve para mirarlo. Veo su cara de perfil, con la barbilla apoyada en la mano. Ayer oí a dos turistas hablar sobre ese yate, decían que las ventanas estaban hechas a prueba de balas. Me pregunto qué habrá hecho el dueño para que eso sea necesario y observo mientras el amigo de mi padre sirve más vino.

A la mañana siguiente, en el hotel, tecleo otra dirección del historial de su navegador. Me lleva a un hilo donde discuten sobre té rojo. Ya he repasado medio historial. Visita a menudo foros y páginas de noticias, sobre todo de buceo y de nutrición, y algunas de política. Mira el tiempo y las mareas, probablemente para planear sus zambullidas. Parece que se plantea comprar un velero.

Tecleo otra dirección y se carga un vídeo. No es precisamente porno. Dos mujeres, con vestidos a cuadros blancos y negros, están sentadas en una cama y se tocan los brazos y el pelo. Sus vestidos se abrochan por delante y tiran de los cordones blancos, como los de unos zapatos, antes de que el vídeo acabe bruscamente.

En su historial de búsquedas hay un puñado de nombres. La mayoría son clientes suyos, los reconozco por los documentos que tenía en el escritorio del ordenador. Pero hay tres que no parecen relacionados con su trabajo. He oído hablar del primero, el heredero de una naviera griega. Su yate ha estado en Hvar; puede que se conozcan, quizá sea un cliente en potencia. El segundo es un granjero del norte de Yorkshire. El tercero es Tessa Martin, una enfermera de Boston. El nombre me resulta familiar, pero no recuerdo dónde lo he oído.

En internet no hay gran cosa sobre ella. La página para recaudar fondos de una carrera en la que participó, una foto borrosa de una fiesta del trabajo, un perfil de una clínica de Boston con una pequeña foto de carnet y una lista de sus títulos: licenciada en el King's College de Londres, 1974; estudió en el Merton College de la Universidad de Oxford, 1968-70. Vuelvo a leerlo. Tessa fue a Oxford, pero no se graduó allí. Se marchó al cabo de dos años y acabó los estudios en Londres. Pero antes de eso, fue alumna de la misma promoción que mi padre y sus amigos.

No consigo decidir si debo llamarla o no. Puede que sea íntima de mi padre y que lo avise después de que hablemos. Pero me parece improbable. ¿Por qué buscaría en internet el nombre de una amiga dos veces el mes pasado? Sobre todo teniendo en cuenta la escasa información sobre ella que aparece en internet.

Dada la diferencia horaria, tengo que esperar a la tarde para llamar.

—¿Puedo hablar con Tessa Martin? —pregunto cuando una recepcionista coge la llamada.

—No puede ponerse. ¿Es usted una paciente?

—No, una amiga. ¿Por favor, puede decirle que me llame? —Le doy mi número y añado—: Me llamo Lydia Spenser.

El teléfono suena media hora más tarde.

—Soy Tessa —dice. Aún tiene acento británico a pesar de que lleva años viviendo en Estados Unidos.

—Gracias por devolverme la llamada —respondo. Espera a que yo continúe. Ha reconocido mi nombre, no ha preguntado de qué nos conocemos —. No sé por dónde empezar. Mi padre es Colin Spenser. ¿Lo conoce?

—¿Por qué?

—Encontré su nombre en algunas de sus cosas.

—¿Está muerto?

—No —contesto, y ella guarda silencio—. Intento entender qué pasó con mi familia. Si usted lo conocía, no se lo diré a nadie.

—¿Es periodista?

—No.

—¿Puede demostrarlo?

—Mi madre habría cumplido sesenta y dos años el 2 de diciembre.

—Eso podría haberlo descubierto en alguna parte.

El problema es que se han publicado tantos datos sobre nosotros que sé pocas cosas que no podría saber un desconocido.

—Cuando mi padre estudiaba en Oxford, prestó su coche a su amigo Sam Brudenell, y Sam tuvo un accidente en Abingdon Road.

Tessa toma aire.

—¿Cuántos años tienes?

—Treinta y cuatro.

—Siempre me he preguntado qué os pasó a tu hermano y a ti.

Su voz resuena, como si se hubiera movido a una habitación diferente. Respondo a sus preguntas sobre adónde nos mudamos luego y cómo permanecemos en el anonimato.

—¿Por qué buscaría mi padre su nombre? ¿De qué lo conoce?

—Iba a una clase con Sam —responde Tessa. Se calla y se aclara la garganta—. Me invitó a una fiesta de sus amigos. Éramos quince, los ocho miembros del club Ramsden, seis chicas y yo. Sam preparaba las copas. Todos bailamos. Recuerdo que vomité delante de todos. Estaba avergonzada, pero Sam fue muy amable. No se enfadó. Dijo que subiera a tumbarme. Me caí por las escaleras y me ayudó a subir. Dijo que iría a por agua. Cuando desperté, mi ropa estaba tirada por el suelo. Había algo de sangre en las

sábanas. Empezaba a amanecer. Cuando bajé, todos estaban en la sala de estar, bebiendo. James me ofreció un zumo de naranja.

Escucho con la mano en la boca y las piernas me tiemblan tanto que los zapatos golpetean el suelo.

—Se lo conté a la universidad —dice Tessa—. Sam vino esa noche a mi cuarto y me dijo que nadie me creería, que había hablado con las otras chicas de la fiesta y que todas jurarían que me lo estaba inventando. Cuando volví a ver a la rectora, pensé que intentaría convencerme para que no retirara la denuncia, pero no lo hizo. Sabía quién era la familia de Sam.

—¿Así que se fue?

—No, quería quedarme. Me encantaba Oxford. Me fui al año siguiente, cuando supe todo lo que había pasado. No fue solo Sam. Habían sido todos.

Agacho la cabeza para combatir el mareo.

Llevo mucho tiempo —no solo cuando era una niña, sino también recientemente— inventándome razones para lo que hizo. Que había tomado algo la noche del asesinato o que tuvo un brote psicótico. Algo en él se desequilibró por un momento, pero su verdadero yo era el que yo conocía, no el que fue aquella noche a casa.

Pero resulta que nunca hubo otra versión de él. Ahora me doy cuenta. No tenía una doble vida. Al final, nadie puede llevarla; solo tenemos una. El hombre que asesinó a Emma es el mismo que me enseñó a leer y que violó a su compañera.

—¿Se lo ha contado a alguien?

—A mi marido y a mi hijo —contesta Tessa. Hace una pausa y entonces añade—: Y también se lo dije a tu madre.

—¿Qué?

—Vino a verme cuando se separaron. Había oído a Colin mencionar mi nombre por teléfono y creyó que tenía un lío. Cuando se lo conté, se quedó sin palabras. Le di la mano. Me preguntó qué quería que les pasara y yo dije que quería que los castigaran.

Se queda sin voz y rompe a llorar.

—Tu madre fue a preguntárselo a tu padre con una grabadora, para llevársela a la policía. Él lo negó, así que ella se tiró un farol. Le dijo que tenía pruebas, que ya no podría mentir.

—¿Por qué no se lo dijo a la policía durante la audiencia?

—Yo le supliqué que no lo hiciera. Estaba asustada, temía ser la siguiente. No sabes cuánto deseé no habérselo contado nunca. Pienso en Emma todos los días.

He querido conocer el motivo durante años. Mi padre quiso matar a mamá porque había descubierto lo de Tessa. La violación no prescribe, podría haber ido a la cárcel. Al igual que Sam, James y el resto de los miembros del club, parlamentarios, banqueros y jueces.

Me alivia haber descubierto la verdad —es una resolución, una pieza que encaja en su sitio—, pero me sorprende cuánto me cuesta respirar. Estoy llorando, me arde la cara y me agarro el estómago con las manos. Creí que habría una escapatoria. Una abertura en este círculo por la que podríamos escabullimos todos, incluido él.

Me presiono la cara hinchada con una toalla húmeda. Me detengo junto a la ventana y observo caminar a la gente por el callejón que hay bajo el hotel. Pienso en sus bolsitas de maca y setas secas. En los rayos de sol que iluminaban los cristales de cuarzo rosa. Me pregunto si creará en sus poderes curativos. Tiene un cojín para meditar. Eso significa que puede cerrar los ojos a voluntad y sentirse en paz.

Mi padre está en la entrada del garaje con un mecánico. Su *jeep* está dentro, elevado por una plataforma. Parece que hablan sobre una reparación. El mecánico separa las manos para indicar el tamaño de algo y mi padre asiente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Parece despreocupado. Es un coche viejo, debe de necesitar reparaciones a menudo.

Los dos se ponen en cuclillas bajo el chasis. Al cabo de un rato, reaparecen en la entrada. El mecánico le ofrece un trapo y mi padre se limpia la grasa negra de las manos. Lo hace durante un largo rato, concentrándose en cada dedo, incluso después de habérselos limpiado. Recuerdo que esa fue una de las cosas que sus amigos dijeron en su defensa. Que era muy suyo, que no le gustaba ensuciarse y que no podía ver la sangre.

Mi padre le estrecha la mano al mecánico y camina de vuelta al centro de la ciudad. Saco el móvil y llamo a la inspectora Tiernan. Me salta el buzón de voz. Llamo al otro número que me dio, de su departamento de Scotland Yard, y el recepcionista me pone con otro inspector de su unidad. Sabe quién soy. En cuanto le doy mi nombre, su voz pierde el tono de aburrimiento e impaciencia.

—La inspectora Tiernan me dio su número, pero tiene el móvil apagado. ¿Sabe cómo puedo contactar con ella?

—Está volando ahora mismo —dice—. Pero yo puedo ayudarla.

No sé nada de este hombre, no sé si lo hará bien. La policía ya dejó que mi padre escapara una vez.

—Vale. ¿Sabe cuándo aterriza?

—Dentro de unas cinco horas —contesta. Siente curiosidad, quiere que se lo cuente en lugar de esperar—. Viene de Singapur.

Le doy las gracias y termino la llamada maldiciendo. Sin el llavero, no tengo forma de saber dónde está mi padre. Doy vueltas por la ciudad y paso por todos los lugares en los que lo he visto, el centro de *reiki*, la cafetería, el restaurante y la ferretería, pero no lo veo por ninguna parte. Puede que se quede en su casa hasta que le arreglen el coche. Que disfrute de esta interrupción de su rutina, que sea una excusa para vagar. Intento no asustarme. No lo han avisado, no tiene motivos para huir. La inspectora Tiernan no tardará en aterrizar, solo son unas horas más.

Camino hasta la cala escondida que hay más allá del pueblo, donde mi padre hizo submarinismo. El sol acaba de ponerse en el horizonte, pero todavía hay luz en la gran cúpula del cielo. Doblo la ropa, la guardo en la parte superior de la mochila y me dirijo a la playa sin sombra. Todo está despejado, sereno y bañado por la misma luz uniforme.

El agua está más caliente que el aire. Las piedras se mueven bajo mis pies y miro hacia abajo para evitar los erizos de mar. El agua me baña las caderas y la cintura. Coloco las palmas sobre la superficie y las muevo para que el agua se agite a mi alrededor. El pelo seco me acaricia la espalda. Unos pájaros vuelan sobre mi cabeza, rumbo a las islas Pakleni.

No hay más bañistas. A mi espalda, la explanada está vacía de coches. Me sumerjo en el agua y unos escalofríos me recorren el cuero cabelludo. Permanezco en el agua mucho tiempo, mirando al horizonte; la sal me mantiene a flote. Entonces, miro atrás.

En la playa hay un hombre.

La cala está rodeada por peñascos. Tendré que pasar por su lado. No hay problema. Todavía hay luz. Y hay gente cerca, en un bote; me oirán si ocurre algo.

Nado de vuelta, moviendo la cabeza de un lado a otro. Camino los últimos metros. Las olas forman espuma alrededor de mis piernas.

Mi padre está a pocos metros de mi mochila. Le sonrío y él asiente en respuesta. Va descalzo y lleva el bañador azul marino y una camisa blanca de lino.

No se vuelve para verme pasar. «No ha venido a por mí», pienso, aliviada. Viene a menudo a esta cala. Me pongo el vestido encima del bañador. Tengo los pies entumecidos y no consigo meterlos en las sandalias. No paran de resbalarse.

—¿Ha disfrutado del baño? —pregunta él.

—Sí.

Mi voz suena distante. Él sigue de pie, con las manos en los bolsillos, pero me mira abiertamente. Se me tensa el cuero cabelludo. Ya lo entiendo. Me ha visto. Sabe que he estado dentro de su casa.

Ya no se ve la barca. Ha vuelto al puerto. Estamos solos. Probablemente crea que he dado con él y que pienso vender la información a un periódico o hacerle chantaje.

—¿Ha acabado de nadar? —pregunta.

No contesto. No corro ni empiezo a gritar, porque eso sería como hacerle una señal para que empiece. Y porque una parte de mí está expectante, como

si estuviera a punto de conocer la respuesta a una pregunta.

No le diré quién soy. Eso no importa, ¿verdad? Como si fuera a hacer una excepción conmigo... Quiero saber lo que le haría a una desconocida.

Me agacho para coger la mochila. Le ofrezco una sonrisa educada y echo a andar hacia la explanada. Entonces lo tengo a la espalda. El miedo es como una capucha que me cubre todo el cuerpo. Solo he dado unos pasos cuando me agarra la muñeca.

Me arrastra hasta el agua. Me salpica mientras forcejeo para librarme de él. No grito, pero emito unos jadeos roncros.

Ya he pasado por esto. Cuando tenía cuatro años, quizá cinco, estábamos en los cálidos bajíos de una costa y me dijo: «¿Puedes nadar hasta mí desde donde estás?».

Todavía me sujeta de la muñeca, pero me está mirando. Me doy cuenta de que no solo me mira. Me ha reconocido. Sabe quién soy. Me doy cuenta y, entonces, el pánico brama en mi interior.

—No —digo—, no, papá.

Me agarra del pelo y me empuja la cabeza bajo el agua. Tengo los ojos abiertos, pero no veo nada, solo el agua arremolinarse. La presión me atenaza la garganta y los pulmones.

Bajo el agua se oye un ruido fuerte; las piedras se mueven bajo sus pies. Le clavo las uñas en la mano para que me suelte y me sacude la cabeza con fuerza, retorciéndome el cuello. La nuca me arde allí donde me tira del pelo. Respiro hondo y se me mete agua en la nariz. La presión de los pulmones ha aumentado y tengo convulsiones en el pecho.

Vuelvo a abrir los ojos. El agua sigue revuelta y blanca. No me ve las manos. Palpo los guijarros con ellas hasta tocar un racimo de agujas afiladas. Rompo una de las púas. Dejo de resistirme y permito que me retenga bajo la superficie. El agua empieza a aclararse y burbujas de aire rompen la superficie.

En cuanto veo de nuevo, le clavo la púa del erizo de mar en la carne blanda del pie que hay entre el dedo gordo y el segundo. Entra fácilmente.

Mi padre gruñe y me suelta la cabeza. Me echo hacia atrás y me quedo en cuclillas. Se agarra el pie herido, frunce el ceño y abre la boca, incrédulo.

Es un hombre alto y parece que tarda siglos en encogerse. Yo me incorporo, agarro una piedra con las dos manos y le golpeo en la cabeza con todas mis fuerzas.

Cae hacia delante con todo su peso, encima de mí, y yo lo aparto de un empujón. Me revuelvo para apartarme de él. Me resbala un pie y sacudo los

brazos en el aire para mantenerme erguida. Me paro, jadeando, con el pelo mojado envolviéndome la cara. Agua y saliva me recorren la barbilla.

Está en el agua, tumbado bocabajo. Espero a que reaccione. Sigo aferrada a la piedra, con tanta fuerza que me empieza a gotear sangre de entre los dedos. No se mueve. Me estremezco, suelto la piedra y me limpio las manos rojas en el vestido.

El corazón me da un vuelco. Miro a la costa, no hay nadie en la explanada, ni entre los pinos. A lo lejos, un taxi acuático acelera hacia el puerto, pero estoy demasiado lejos para ver quién viaja a bordo, y ellos tampoco podrán verme a mí.

Unas pequeñas olas pasan por nuestro lado. El agua se le mete por la camisa y la aparta de su espalda; después, sale y la tela mojada se le pega a la piel.

No sé cuántas veces se repite. El cielo se ha apagado todavía y una oscuridad alquitranada se despliega sobre los pinos, aunque todavía hay algo de luz. Cualquiera podría vernos desde la costa. Me llevo una mano temblorosa a la boca.

Me obligo a acercarme a él y a tomarle el pulso. No tiene, sé que no puede tenerlo, y me tiembla todo el cuerpo. Solo lo he golpeado una vez. No tiene sangre en la cabeza, ni tampoco la hay en el agua a su alrededor. Da la sensación de que todavía podría levantarse.

Algo le sucede al tiempo. Parece que todo se mueve más despacio y hay partes en blanco, así que no recuerdo dónde estaba hace un momento ni en qué pensaba.

Tengo el cuerpo frío. Necesito llegar a la costa e ir a la comisaría de la ciudad. Por fin consigo moverme, pero me detengo. Me miro las manos y los brazos y me toco la nuca. No tengo heridas. Intentaba ahogarme, pero no me ha dejado marcas. No lo ha visto nadie. Y vine aquí a buscarlo. Puede que no se crean que fue en defensa propia.

Me aferro a la tela mojada de mi vestido y me inclino hacia delante. Algo aúlla en mi interior. No puede haber pasado, no puede pasar; no puedo ir a la cárcel.

Levanto la cabeza y miro a la cala. Iba a ahogarme. ¿Qué pensaba hacer con mi cuerpo? La explanada está vacía. No había traído ni el coche ni la lancha. La ciudad está a un kilómetro y medio al oeste y al este es todo costa agreste, con olas que rompen contra peñascos en los que crecen pinos. No veo ninguna casa.

Doy un paso adelante antes de pensarlo. Agarro el borde de su camisa y empiezo a arrastrarlo hacia el agua, hacia la rocosa costa del este. No pienso en su cara ni bajo la mirada.

Empiezan a dolerme el brazo y el hombro, pero tengo que alejarlo más del pueblo. Durante todo el tiempo espero oír el choque de una motora contra el agua, o sandalias en las rocas que hay sobre mí, que aparezca gente de pronto. Estamos muy cerca de la costa.

Más allá, hay un pino caído en el agua. Las olas bañan el oscuro tronco. Una vez lo he dejado atrás, busco entre los peñascos hasta que veo una abertura entre las rocas.

Le doy la vuelta y le desabotono la camisa. No puede llevar una camisa, tiene que parecer que estaba nadando. Los botones se enganchan en la tela mojada. Me agobio, pero lo consigo y se la quito. Me envuelvo las manos con la camisa para no tener que tocarle la piel y lo empujo hasta el estrecho espacio entre los peñascos.

Una ola se nos viene encima y se oye un golpe sordo cuando empuja su cabeza contra las piedras. La ola se retira, arrastrando el cuerpo, y en el siguiente embate vuelve a empujarlo contra el peñasco. Cuando lo encuentren, tendrá el cuerpo cubierto de moratones. El que le hice yo quedará camuflado entre los demás y, para entonces, estaré lejos de aquí.

Salgo del agua y trepo por las rocas. Me quito el vestido mojado, envuelvo su camisa en él y lo llevo en el puño al pasar entre los árboles.

Cuando llego a la cala, el cielo ya está casi oscuro. Las sandalias están en diferentes sitios de la playa, donde se me cayeron cuando me arrastraba. Miro sus formas pálidas bajo la tenue luz.

Después de matarme, habría recogido mis sandalias de la playa. Se las habría llevado a alguna parte para quemarlas o enterrarlas. Solo son de corcho; se quemarían o descompondrían con rapidez y nadie habría sabido nunca dónde estaba. Mi hermano no lo habría sabido jamás.

Las correas no están rotas. Me pongo las sandalias y me sacan de la playa.

Cuando llegué a casa del aeropuerto, dormí dieciséis horas seguidas. Hice un pedido de comida a domicilio, luego otro y otro, ya que seguía estando hambrienta. Me duché a menudo, me teñí el pelo de mi color natural y esperé a que la noticia apareciera en los telediarios.

Su cuerpo se encontró seis días después de que volviera a Londres. Se dictaminó que fue un ahogamiento. No se realizó ninguna investigación, ya que era algo habitual en la isla. Todos los años se ahogan una media de doce personas en la costa dálmata.

Se celebró el funeral. Lo enterraron con el nombre de Grant Holleran. No le habría gustado nada; habría querido que le devolvieran su verdadero nombre y lo enterraran en Inglaterra.

La inspectora Tiernan me devolvió la llamada cuando estaba en el transbordador. Acabábamos de dejar Hvar, aún se veían las luces de la isla. Me asusté, como si me hubiera visto a mí y la ropa manchada de la mochila. Salí a la cubierta en la oscuridad; dejé atrás el interior del camarote, con gente en su interior.

—Me han pasado su mensaje —dijo la inspectora—. ¿Va todo bien?

—Creí haberlo visto.

—¿Dónde?

—En Hampstead Heath.

Me hizo varias preguntas más, pero hablaba con un tono amable y conciliador, como si no creyera que lo hubiera visto o que alguna vez alguien diera con él.

—Probablemente no fuera él —contestó—. Sería algún desconocido.

Tiré su camisa en una papelera cerca del puerto cuando volví al continente y el vestido manchado en otra de un barrio diferente. Aunque se llevara a cabo una investigación, nadie en Hvar podría relacionarlo conmigo. Mi padre se aseguró de eso; nadie de allí sabía quién era.

Los Fraser sí, claro, y también Sam, pero no le pedirán a la policía que investigue. Eso demostraría que estaban en contacto con él. Puede que hasta se sientan aliviados. Sus actos permanecerán ocultos. Alice podría hablarles de mí a sus padres, pero ahora estamos en igualdad de condiciones; ninguno de nosotros hablará.

Alice me envió una factura por la cancelación de la fiesta. Me esperaba junto al resto de las cartas cuando volví de Croacia. Le envié un cheque, pero de momento no lo ha cobrado.

Se ha acabado. O casi.



El viaje a Yorkshire me lleva cinco horas. Tras pasar Hawes me meto por una carretera de un solo carril. Las hojas han cambiado de color. Ya es otoño. Tengo la sensación de que hace siglos que no he vivido un otoño. Conduzco más al norte, atravesando los valles. Las ovejas se amontonan a un lado de la carretera tras una destartalada valla de madera y hay caballos en un corral, cubiertos por gruesas mantas verdes. Me desvíó hacia la entrada de una granja justo cuando pasa otro coche. Unos robles y castaños se arquean en lo alto y las bellotas crujen bajo los neumáticos.

Sobre la puerta de la granja hay un cartel de madera pintada. Aparco en la hierba y paso ante mesas repletas de cajas con manzanas o botellas de sidra. Paro a una mujer con un jersey verde.

—¿Está Mark?

Sale un hombre con camisa de franela y chaleco acolchado. Tiene el pelo corto y los ojos castaños, con arrugas causadas por el sol. Parece más joven de lo que esperaba, aunque encontré su edad en internet. Solo tiene cuarenta y seis.

Me estrecha la mano.

—¿Viene por la caravana?

—No. ¿Tiene un momento?

Antes no estaba segura, pero su expresión me lo confirma. Sabe exactamente quién soy. Me ha estado esperando.

Mientras caminamos hacia un banco en la parte más alejada del granero, me pregunta en un tono casual de dónde vengo, pero hace un momento he visto en su rostro que estaba aterrorizado.

Nos sentamos en el borde del huerto. Nos llega un olor a sidra procedente de las manzanas caídas.

—Soy la hija de Colin Spenser —digo.

Mark no me mira. Se encoge sobre las rodillas y presiona la base de las manos contra los ojos.

—Mi padre murió hace poco.

—¿Qué le pasó? —pregunta Mark.

—Se ahogó.

Mark se derrumba contra el banco.

—¿Quieres que me entregue? —pregunta.

—No. Sé que tiene hijas. —Toma aire. Tiene dos hijas adolescentes, Sophie y Meg—. Quiero que me cuente lo que ocurrió.

—Dijo que lo hacía para salvarte.

—¿Cómo os conocisteis?

—En un *pub* de Kilburn. Yo tenía veinte años. No me iba muy bien. —No le pregunto qué significa eso. Su expediente es público: lo detuvieron por posesión de anfetaminas, la primera vez a los dieciocho años—. Iba todos los días al *pub*. Él empezó a ir a menudo, y hablábamos.

—¿De qué hablabais?

—Al principio, sobre todo de fútbol. De política, de música. Me preguntaba por mi familia. Me gustaba hablar con él. No tenía muchos amigos.

—¿Cómo era tu familia?

—Me crié en casas de acogida.

Ahí está. Por eso lo eligió.

—Me habló de su familia. Dijo que estaba separado de su mujer y que ella tenía la custodia. —Se interrumpe un largo rato, echa la cabeza hacia atrás y abre y cierra la boca—. Me contó que tu madre te pegaba.

—¿Qué?

—Decía que tu madre se burlaba de ti desde que naciste. Que desde que se había ido de casa había empezado a notar que tu hermano y tú teníais cardenales y quemaduras. Que había intentado conseguir la custodia, pero que el juez se la dio a tu madre tras la separación, que los padres casi nunca ganan esos juicios. Quería huir con los dos, pero le daba miedo que lo detuvieran. Una noche llegó llorando y me enseñó una foto de su hija, tenía arañazos en el brazo. Dijo que se la había llevado a la policía pero que no habían hecho nada al respecto.

—¿Cuándo fue eso?

—La primera semana de noviembre.

—Esa semana me caí de la bicicleta —contesto—. Tuve que ir a urgencias.

No recuerdo que mi padre me sacara una foto. Pero pudo hacerlo cuando yo no miraba. Mark está llorando y se presiona el hueso que hay encima del ojo con los pulgares.

—¿Cómo te pidió que lo hicieras?

—La verdad es que no lo hizo. Dijo que ella acabaría matando a los niños y nos pusimos a especular sobre qué noche sería. Me dijo que me pagaría. Me dio los datos de una cuenta de ahorros y dijo que ingresaría veinte mil libras en ella, pero yo no iba a sacar el dinero. No...

—Te creo.

—Se suponía que después debía reunirme con él en Eaton Square. Yo estaba nervioso. Hacía varios días que no dormía y compré unos cuatro gramos de metanfetaminas. Era más de lo que había tomado nunca. No estaba en mis cabales. —Tiene los ojos inyectados en sangre—. Después le vi la cara a la mujer. No era ella. Pensé que me había equivocado de casa.

—¿Oíste a otra mujer?

—No.

—¿Te vio mi madre?

—No, creo que no. Al ver que no acudí a la cita, Colin debió de darse cuenta de que algo había salido mal. Además, llegué tarde. Probablemente me esperó durante un buen rato. Fue a la casa y me dijo que me fuera.

Entonces, mamá no mintió. Mi padre salió de la cocina y le pegó. Ella no sabía que otro hombre había estado en casa.

—Al día siguiente, fui a la comisaría. Iba a confesarlo todo, pero no pude entrar en ella.

—¿Volviste a hablar con él?

—No. ¿Cómo me has encontrado?

—Tu nombre aparecía en su historial de búsquedas. Debía de preocuparle que en algún momento confesaras.

Le tiembla todo el cuerpo y el banco vibra a su vez. En aquel momento, Mark era más joven que Emma.

—Ella te perdonaría —añado.

No sé si es cierto. Intento decidirlo mientras nos despedimos, me dirijo al coche y me alejo. Creo que estaría de acuerdo en que lo importante ahora son sus hijas, Sophie y Meg. La historia no puede repetirse con ellas.



Cuando llego a Penbridge, Robbie está en el extremo del jardín, jugando al ajedrez con otro paciente. Lo miro durante un rato. Robbie ríe y hablan con calma mientras juegan. Parecen amigos. Cuando levanta la mirada, me ve, pero no manifiesta sorpresa. Le dice algo a su amigo y cruza el césped en mi dirección.

—Robbie —lo saludo.

Tiene una expresión tranquila y serena, como si ya conociera el final de la historia que voy a contarle.

Me detengo junto a la orilla del lago y me pongo el traje de neopreno. He tenido que encargarme uno especial para que me quepa. Mientras me sumerjo, mi cuerpo se mantiene caliente dentro del traje, a pesar de que el agua está helada.

El lago tiene el color del mercurio y está rodeado de montañas negras. Ya es primavera; se nota que no hace mucho que había nieve. En la playa, Jasper se sienta sobre las patas traseras al lado de la tienda donde todavía duerme Nell. Estamos en las Highlands. Nell eligió Glen Lyin por la forma del lago, las montañas y el fuerte circular que hay cerca.

Buceo bajo la superficie. Después de lo que sucedió, no he desarrollado miedo a contener el aliento. Pero hay otras cosas que me cuestan. Hay un sonido concreto, un ruido sordo, como el que hacen las rocas al entrecrocarse, que no soporto. Y ya no llevo el pelo largo; sentía que una mano me tiraba de él.

Pero el mar no me inquieta, lo cual está bien, porque lo veo muy a menudo. Hace tres años que me mudé a Edimburgo. Tengo un piso en Windsor Street, al pie de Calton Hill. Todas las mañanas, saco a Jasper a pasear y subo por la colina. Desde la cima, veo el tejado de la clínica de Stockbridge donde trabajo. El paisaje se prolonga por destartaladas carreteras llenas de casas de piedra, puentes, chimeneas y almacenes hasta el fiordo de Forth.

Chapoteo por el lago. Mamá tenía razón en lo de nadar cuando estás embarazada, sí que te sientes como un submarino.

Liam ha sido uno de mis mejores amigos desde que me mudé a Edimburgo. Es médico de familia en Leith; nos conocimos cuando hacíamos prácticas. El verano pasado salimos un par de veces hasta que decidimos ser solo amigos. En octubre, quedé con él en un restaurante de Merchiston.

—Estoy embarazada —dije—. Ha sido un accidente. No sé si te acordarás, pero fue la vez en que...

—¿Es mío? —preguntó Liam. Su acento escocés vibraba por todo el restaurante.

—Sí, pero no espero nada, no tienes por qué implicarte.

—¿Puedo implicarme? —preguntó. Sonreía—. Creí que no podría tener hijos.

Nos quedamos hablando en el restaurante hasta que cerró.

El fin de semana pasado encontré mi diagrama con el árbol genealógico de mamá. Lo pegué con cuidado en la pared y dibujé una línea en el sitio donde, dentro de dos meses, escribiré el nombre de mi hija.

Pero ahora mismo estamos en un lago. Es primavera y bajo un cielo blanco y montañas negras, las dos damos patadas.

Agradecimientos

Gracias:

A Lindsey Schwoeri, mi editora, por aportar su enorme talento, creatividad y profesionalidad a este libro. Has sido maravillosa en todas las etapas y te estoy muy agradecida.

A Emily Forland, mi agente, por ser tremendamente buena y una aguda lectora y guía.

A Allison Carney, Gabriel Levinson, Lindsay Preverte, Gretchen Schmid, Andrea Schulz, Kate Stark, Brian Tart, Olivia Taussig y el resto de Viking Penguin.

A Federico Andornino, Rebecca Gray y todos los trabajadores de Weidenfeld & Nicolson.

A Michelle Weiner de CAA.

A Michael Adams, Marla Akin, Debbie Dewees, James Magnuson, al Centro Michener para Escritores y a Yaddo.

A la doctora Noelle Quann, por hablarme de su experiencia como médica de familia.

A *A Different Class of Murder*, de Laura Thompson, y *Trail of Havoc*, de Patrick Marnham, dos fascinantes ensayos sobre el caso de lord Lucan.

A mis amigos y, sobre todo, a Nick Cherneff, Kate DeOssie, Donna Erlich, Jackie Friedman, Allison Glaser, Lynn Horowitz, Allison Kantor, Suchi Mathur, Justine McGowan, Madelyn Morris, Althea Webber y Marisa Woocher.

A mi familia, en especial a Jon Berry y Robin Dellabough.

Y a Jeff Bruemmer.



FLYNN BERRY es una escritora estadounidense. Graduada en la Brown University y en el Michener Center, y fue miembro de Yaddo. (Yaddo es una comunidad de artistas ubicada en una finca de 400 acres en Saratoga Springs, Nueva York. Su misión es «fomentar el proceso creativo brindando una oportunidad para que los artistas trabajen sin interrupción en un entorno de apoyo»).

Publica en 2017 «*Under the Harrow*» (*En la tormenta*), que ganó el Premio Edgar a la mejor primera novela. Traducida a dieciséis idiomas, ha sido objeto de un contrato para una serie de televisión para Paramount.

En julio de 2018 publica «*A Double Life*» (*Una doble vida*).

Notas

[1] El asiento de Arturo es el pico principal de un grupo de colinas, al este del centro de Edimburgo. (*Todas las notas son del traductor*). <<

[2] Programa televisivo británico similar a *Master Chef*, pero sobre pastelería.
<<

[3] «*Verdugos*», obra de Martin McDonagh estrenada en el Royal Court Theatre en 2016 sobre la abolición de la pena de muerte en Inglaterra en 1963 desde el punto de vista de un verdugo. <<

[4] Carrera de vallas. <<

[5] Popular culebrón radiofónico británico. <<



FLYNN BERRY

UNA
DOBLE
VIDA



Lectulandia